

Adolfo Bioy Casares



**Máscaras  
venecianas  
y otros cuentos**

MÁSCARAS VENECIANAS  
Y OTROS CUENTOS

Adolfo Bioy Casares

# Máscaras venecianas y otros cuentos

EDICIONES DEL SUR



Imagen de la portada: máscara veneciana de Thetaworld  
Venetian Masks, Marionettes and Dolls.

«Máscaras venecianas y otros cuentos», de Adolfo Bioy Casares,  
fue editado y publicado por Ediciones del Sur. Córdoba.  
Argentina, en noviembre de 2003.

La presente obra se distribuye gratuitamente.

Visítenos y disfrute de más libros gratis en:  
<http://www.edicionesdelsur.com>

---

## ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| El calamar opta por su tinta .....          | 6   |
| El caso de los viejitos voladores .....     | 22  |
| El gran serafín .....                       | 26  |
| En memoria de Paulina .....                 | 63  |
| La salvación .....                          | 81  |
| La sierva ajena .....                       | 82  |
| La trama celeste .....                      | 127 |
| Las vísperas de Fausto .....                | 163 |
| Margarita o el poder de la farmacopea ..... | 167 |
| Máscaras venecianas .....                   | 170 |
| Nóumeno .....                               | 192 |

---

## EL CALAMAR OPTA POR SU TINTA

MÁS ocurrió en este pueblo en los últimos días que en el resto de su historia. Para medir como corresponde mi palabra recuerden ustedes que hablo de uno de los pueblos viejos de la provincia, de uno en cuya vida abundan los hechos notables: la fundación, en pleno siglo XIX; algo después el cólera —un brote que felizmente no llegó a mayores— y el peligro del malón, que si bien no se concretaría nunca, mantuvo a la gente en jaque a lo largo de un lustro en que partidos limítrofes conocieron la tribulación por el indio. Dejando atrás la época heroica, pasará por alto tantas otras visitas de gobernadores, diputados, candidatos de toda laya, amén de cómicos y uno o dos gigantes del deporte. Para morderme la cola concluiré esta breve lista con la fiesta del Centenario de la Fundación, genuino torneo de oratoria y homenajes.

Como he de comunicar un hecho de primer orden, presento mis credenciales al lector. De espíritu amplio e ideas avanzadas, devoro cuanto libro atrapo en la librería de mi amigo el gallego Villarroel, desde el doctor Jung hasta Hugo, Walter Scott y Goldoni, sin olvidar el últi-

mo tomito de *Escenas matritenses*. Mi meta es la cultura, pero bordeo los “malditos treinta años” y de veras temo que me quede por aprender más de lo que sé. En resumen, procuro seguir el movimiento e inculcar las luces entre los vecinos, todos bellas personas, platita labrada, eso sí muy afectos a la siesta que hereditariamente acunan desde la edad media y el oscurantismo. Soy docente —maestro de escuela— y periodista. Ejercicio la cátedra de la péndola en modestos órganos locales, ora *factotum* de *El Mirasol* (título mal elegido, que provoca pullas y atrae una enormidad de correspondencia errónea, pues nos tomas por tribuna cerealista), ora de *Nueva Patria*.

El tema de esta crónica ofrece una particularidad que no quiero omitir: no sólo ocurrió el hecho en mi pueblo; ocurrió en la manzana donde transcurre mi vida entera, donde se halla mi hogar, mi escuelita —segundo hogar— y el bar de un hotel frente a la estación, al cual acudimos noche a noche, en altas horas, el núcleo con inquietud de la juventud lugareña. El epicentro del fenómeno, el foco si prefieren, fue el corralón de Juan Camargo, cuyos fondos lindan por el costado este con el hotel y por el norte con el patio de casa. Un par de circunstancias, que no cualquiera vincularía, lo anunciaron: me refiero al pedido de los libros y al retiro del molinete de riego.

*Las Margaritas*, el *petit-hôtel* particular de don Juan, verdadero *chalet* provisto de florido jardín a la calle, ocupa la mitad del frente y apenas parte del fondo del terreno del corralón, donde se amontonan incalculables materiales, como reliquias de buques en el fondo del mar. En cuanto al molinete, giró siempre en el apuntado jardín, al extremo de configurar una de las más viejas tradiciones y una de las más interesantes peculiaridades de nuestro pueblo.

Un día domingo, a principios de mes, misteriosamente el molinete faltó. Como al cabo de la semana no había reaparecido, el jardín perdió color y brillo. Mientras muchos miraron sin ver, hubo uno a quien la curiosidad embargó desde el primer momento. Ese uno infestó a otros, y a la noche, en el bar, frente a la estación, la muchachada bullía de preguntas y comentarios. De tal modo, al calor de una comezón ingenua, natural, destapamos algo que tenía poco de natural y resultó una sorpresa.

Bien sabíamos que don Juan no era hombre de cortar el agua del jardín, por descuido, un verano seco. Por de pronto lo reputamos pilar del pueblo. Con fidelidad la estampa retrata el carácter de nuestro cincuentón: elevada estatura, porte corpulento, cabello cano peinado en dóciles mitades, cuyas ondas dibujan arcos paralelos a los del bigote y a los inferiores de la cadena del reloj. Otro detalles revelan al caballero chapado a la antigua: *breeches*, polainas de cuero, botín. En su vida, regida por la moderación y el orden, nadie, que yo recuerde, computó una debilidad, llámela borrachera, mujerzuela o traspié político. En un ayer que de buen grado olvidaríamos —¿quién de nosotros, en materia de infamia, no arrojó su canita al aire?— don Juan se mantuvo limpio. Por algo le reconocieron autoridad los mismos interventores de la Cooperativa, etcétera, gente muy poco expectable, francamente pelandrunes. Por algo en años ingratos aquel bigotazo constituyó el manubrio del que la familia sana del pueblo se mantuvo colgada.

Obligatorio es reconocer que este varón señero milita ideas de viejo cuño y que nuestras filas, de suyo idealistas, hasta ahora no produjeron prohombres de temple comparable. En un país nuevo, las ideas nuevas carecen de tradición. Ya se sabe, sin tradición no hay estabilidad.



Por arriba de esta figura, nuestra jerarquía *ad usum* no pone a nadie, salvo a doña Remedios, madre y consejera única de tan abultado hijo. Entre nosotros, no sólo porque *manu militari* arregla cuanto conflicto le someten o no, la llamamos Remedio Heroico. Aunque burlesco, el mote es cariñoso.

Para completar el cuadro de quienes viven en el *chalet*, ya no falta sino un apéndice indudablemente menor, el ahijado, don Tadeíto, alumno del turno de la noche de mi escuela. Como doña Remedios y don Juan no toleran casi nunca extraños en la casa, ni en calidad de colaboradores ni de invitados, el muchacho reúne sobre la testa los títulos de peón y dependiente del corralón y de sirvientillo de *Las Margaritas*. Agreguen a lo anterior que el pobre diablo acude regularmente a mis clases y comprenderán por qué respondo con cajas destempladas a cuantos, por pifia y maldad pura, le endosan el sonsonete de un apodo. Que olímpicamente lo rechazaran del servicio militar me tiene sin cuidado, porque de envidioso no peco.

El domingo en cuestión, a una hora que se me extravió entre las dos y las cuatro de la tarde, llamaron a mi puerta, con el deliberado afán, a juzgar por los golpes, de voltearla. Tambaleando me incorporé, murmuré: “No es otro”, proferí palabras que no están bien en boca de un maestro y como si esta no fuera época de visitas desagradables abrí, seguro de encontrar a don Tadeíto. Tuve razón. Ahí sonreía el alumno, con la cara tan flacucha que ni siquiera servía de pantalla contra el sol, de lleno en mis ojos. A lo que entendí solicitaba a boca de jarro y con esa voz que de pronto se ahuyenta, textos de primer grado, segundo y tercero. Irritadamente inquirí:

—¿Podrías informar para qué?

—Pide padrino —contestó.

En el acto entregué los libros y olvidé el episodio como si fuera parte de un sueño.

Horas después, cuando me dirigía a la estación y alargaba el camino con una vuelta para matar el tiempo, advertí en *Las Margaritas* la falta del molinete. La comenté en el andén, mientras esperábamos el expreso de Plaza de las 19.30 que llegó a las 20.54, y la comenté a la noche, en el bar. No me referí al pedido de textos, ni menos aún vinculé un hecho con otro, porque al primero, ya dije, lo registré apenas en la memoria.

Supuse que tras un día tan movido retomaríamos el tranco habitual. El lunes, a la hora de la siesta, alborozadamente me dije: “Ésta va de veras”, pero todavía cosquilleaba el fleco del poncho la nariz, cuando empezó el estruendo. Murmurando: “Y hoy qué le ha dado. Si lo peso a las patadas en la puerta pagará lágrimas de sangre”, enfilé las alpargatas y me encaminé al zaguán.

—¿Ya es una costumbre interrumpir a tu maestro?  
—espeté al recibir de vuelta la pila de libros.

La sorpresa me confundió enteramente, porque oí por toda conversación:

—Pide padrino los de tercero, cuarto y quinto.

Logré articular:

—¿Para qué?

—Pide padrino —explicó don Tadeíto.

Entregué los libros y volví al lecho, en pos del sueño. Admito que dormí, pero lo hice, ruego que me crean, en el aire.

Luego, camino de la estación, comprobé que el molinete no había retomado su puesto y que el tono amarillo se difundía en el jardín. Conjeturé, por lógica, despropósitos y en pleno andén, mientras el físico se lucía ante frívolas bandadas de señoritas, la mente aún trabajaba en la interpretación del misterio.

Mirando la luna, enorme allá por el cielo, uno de nosotros, creo que Di Pinto, entregado siempre a la quimera romántica de quedar como hombre de campo (¡por favor, ante los amigos de toda la vida!), comentó:

—La luna se hizo de seca. No atribuyamos, pues, a un pronóstico de lluvia el retiro de un artefacto. ¡Su móvil habrá tenido nuestro don Juan!

Badaracco, mozo despierto, que presenta un lunar, porque en otra época, aparte del sueldo bancario, cobraba un tanto por delación, me preguntó:

—¿Por qué no apestillas al respecto al taradito?

—¿A quién? —interrogué por decoro.

—A tu alumno — respondí.

Aprobé el temperamento y lo apliqué esa misma noche, después de clase. Traté de marear primero a don Tadeíto con la perogrullada de que la lluvia entona al vegetal, para atacar por fin a fondo. El diálogo fue como sigue:

—¿Se descompaginó el molinete?

—No

—No lo veo en el jardín.

—¿Cómo lo va a ver?

—¿Por qué cómo lo voy a ver?

—Porque está regando el depósito.

Aclaro que entre nosotros llamamos depósito a la última barraca del corralón, donde don Juan amontona los materiales de poca venta, por ejemplo, estrafalarias estufas y estatuas, monolitos y malacates.

Urgido por el deseo de notificar a los muchachos de la novedad sobre el molinete, ya despachaba a mi alumno sin interrogarlo sobre el otro punto. Recordar y chillar fue todo uno. Desde el zaguán don Tadeíto me miró con ojos de oveja.

—¿Qué hace don Juan con los textos? —grité.

—Y... —gritó de vuelta— los deposita en el depósito.

Alalado corrí al hotel, ante mis comunicaciones, tal como lo preví, cundió la perplejidad entre la juventud. Todos formulamos alguna opinión, pues el buen callar en aquel momento era un bochorno, y por fortuna nadie prestó oídos a nadie. O quizá prestara oídos el patrón, el enorme don Pomponio del vientre hidrópico, a quien los del grupo a gatas distinguimos de las columnas, mesas y vajilla, porque la soberbia del intelecto nos ofusca. La voz de bronce, apagada por ríos de ginebra, de don Pomponio, llamó al orden. Siete caras miraron para arriba y catorce ojos quedaron pendientes de una sola cara roja y brillante, que se partía en la boca, para inquirir:

—¿Por qué no se dan traslado en comitiva y piden explicación a don Juan en persona?

El sarcasmo despabiló a uno, de apellido Aldini, que estudia por correspondencia y lleva corbata blanca. Enarcando cejas me dijo:

—¿Por qué no ordenas a tu alumno que espíe las conversaciones entre doña Remedios y don Juan? Después le aplicas la picana.

—¿Qué picana?

—Tu autoridad de maestro ciruela —aclaró con odio.

—¿Don Tadeíto tiene memoria? —preguntó Badaracco.

—Tiene —afirmé—. Lo que entra en su caletre, por un rato queda fotografiado.

—Don Juan —continuó Aldini— para todo se aconseja de doña Remedios.

—Ante un testigo como el ahijado —declaró Di Pinto— hablarán con entera libertad.

—Si hay misterio, saldrá a relucir —vaticinó Toledo.

Chazarreta, que trabajaba de ayudante en la feria, gruñó:

—Si no hay misterio ¿qué hay?

Como el diálogo se desencaminaba, Badaracco, famoso por la ecuanimidad, contuvo a los polemistas.

—Muchachos —los reconvino—, no están en edad de malgastar energías.

Para tener la última palabra, Toledo repitió:

—Si hay misterio, saldrá a relucir.

Salió a relucir, pero no sin que antes giraran días enteros.

A la otra siesta, cuando me hundía en el sueño, resonaron, cómo no, los golpes. A juzgar por las palpitaciones, resonaron a un tiempo en la puerta y en mi corazón. Don Tadeíto traía los libros de la víspera y reclamaba los de primer año, segundo y tercero, del ciclo secundario. Porque el texto superior escapa a mi órbita, hubo que comparecer en el negocio de librería de Villarroel, a vivo golpe en la puerta despertar al gallego y aplacarlo posteriormente con la satisfacción de que don Juan reclamaba los libros. Como era de temer, el gallego preguntó:

—¿Qué mosca picó al tío ese? En la perra vida compró un libro y a la vejez viruela. Va de suyo que el muy chulo los pide en préstamo.

—No lo tome a la tremenda, gallego —le razoné con palmaditas—. Por lo amargado parece criollo.

Referí los pedidos previos de textos primarios y mantuve la más estricta reserva en cuanto al molinete, de cuya desaparición, según él mismo me dio a entender, estaba perfectamente compenetrado. Con los libracos debajo del brazo, agregué:

—A la noche nos reunimos en el bar del hotel para debatir todo esto. Si quiere aportar su grano de arena, allá nos encuentra.

En el trayecto de ida y vuelta no vimos un alma, salvo al perro barcino del carnicero, que debía de estar de nuevo empachado, porque en sus cabales ni el más humilde irracional se expone a la resolana de las dos de la tarde.

Adoctriné al discípulo para que me reportara *verbatim* de las conversaciones entre don Juan y doña Remedios. Por algo afirman que en el pecado está el castigo. Esa misma noche emprendí una tortura que, en mi gula de curioso, no había previsto: escuchar aquellos coloquios puntualmente comunicados, interminables y de lo más insulsos. De cuando en cuando llegó a la punta de mi lengua alguna ironía cruel sobre que me tenían sin cuidado las opiniones de doña Remedios acerca de la última partida de jabón amarillo y la franeleta para el reuma de don Juan; pero me refrené, pues ¿cómo delegar en el criterio del mozo la estimación de lo que era importante o no?

Por descontado que al otro día me interrumpió la siesta con los libros en devolución para Villarroel. Ahí se produjo la primera novedad: don Juan, dijo don Tadeíto, ya no quería textos; quería diarios viejos, que él debía procurar al kilo, en la mercería, la carnicería y la panadería. A su debido tiempo me enteré de que los diarios, como antes los libros, iban a parar al depósito.

Después hubo un período en que no ocurrió nada. El alma no tiene arreglo: eché de menos los mismos golpes que antes me arrancaban de la siesta. Quería que pasara algo, bueno o malo. Habitado a la vida intensa, ya no me resignaba a la pachorra. Por fin una noche el alumno, tras un prolijo inventario de los efectos de la sal y otras materias nutritivas en el organismo de doña Remedios, sin la más leve alteración de tono que preparara para un cambio de tema, recitó:

—Padrino dijo a doña Remedios que tienen una visita viviendo en el depósito y que por poco no se la lleva por delante los otros días, porque miraba a una especie de columpio de parque de diversiones al que no había dado entrada en los libros y que él no perdió el aplomo aunque el estado de la misma daba lástima y le recordaba un bague boqueando fuera de la laguna. Dijo que atinó a traer un balde lleno de agua, porque sin pensarlo comprendió que le pedían agua y él no iba a permitir cruzado de brazos que un semejante muriera. No obtuvo resultado apreciable y prefirió acercar un bebedero a tocar la visita. Llenó el bebedero a baldazos y no obtuvo resultado apreciable. De pronto se acordó del molinete y como el médico de cabecera que prueba, dijo, a tientas los remedios para salvar a un moribundo, corrió a buscar el molinete y lo conectó. A ojos vista el resultado fue apreciable porque el moribundo revivió como si le cayera de lo más bien respirar el aire mojado. Padrino dijo que perdió un rato con su visita, porque le preguntó como pudo si necesitaba algo y que la visita era francamente avispada y al cabo de un cuartito de hora ya picoteaba por acá y por allá alguna palabra en castilla y le pedía los rudimentos para instruirse. Padrino dijo que mandó al ahijado a pedir los textos de los primeros grados al maestro. Como la visita era francamente avispada aprendió todos los grados en dos días y en uno lo que tuvo ganas del bachillerato. Después, dijo padrino, se puso a leer los diarios para enterarse de cómo andaba el mundo.

Aventuré la pregunta:

—¿La conversación fue hoy?

—Y, claro —contestó—, mientras tomaban el café.

—¿Dijo algo más tu padrino?

—Y, claro, pero no me acuerdo.

—¿Cómo no me acuerdo? —protesté airadamente.

—Y, usted me interrumpió —explicó el alumno.

—Te doy la razón. Pero no me vas a dejar así —argumenté—, muerto de curiosidad. A ver, un esfuerzo.

—Y, usted me interrumpió.

—Ya sé. Te interrumpí. Yo tengo toda la culpa.

—Toda la culpa —repitió.

—Don Tadeíto es bueno. No va a dejar así al maestro, en la mitad de la charla, para seguir mañana o nunca.

Con honda pena repitió:

—O nunca.

Yo estaba contrariado, como si me sustrajeran una ganancia de gran valor. No sé por qué reflexioné que nuestro diálogo consistía en repeticiones y de repente entreví en eso mismo una esperanza. Repetí la última frase del relato de don Tadeíto:

—Leyó los diarios para enterarse de cómo andaba el mundo.

Mi alumno continuó indiferentemente:

—Dijo padrino que la visita quedó pasmada al enterarse de que el gobierno de este mundo no estaba en manos de gente de lo mejorcito, sino más bien de medias cucharas, cuando no de pelafustanes. Que tal morralla tuviera a su arbitrio la bomba atómica, dijo la visita, era de alquilar balcones. Que si la tuviera a su arbitrio la gente de lo mejorcito, acabaría por tirarla, porque está visto que si alguien la tiene, la tira; pero que la tuviera esa morralla no era serio. Dijo que en otros mundos antes de ahora descubrieron la bomba y que tales mundos fatalmente reventaron. Que los tuvo sin cuidado que reventaran, porque estaban lejos, pero que nuestro mundo está cerca y que ellos temen que una explosión en cadena los envuelva.

La increíble sospecha de que don Tadeíto se burlaba de mí, me llevó a interrogarlo con severidad:



—¿Estuviste leyendo *Sobre cosas que se ven en el cielo* del doctor Jung?

Por fortuna no oyó la interrupción y prosiguió:

—Dijo padrino que la visita dijo que vino de su planeta en un vehículo especialmente fabricado a puro pulmón, porque por allá escasea el material adecuado y que es el fruto de años de investigación y trabajo. Que vino como amigo y como libertador, y que pedía el pleno apoyo de padrino para llevar adelante un plan para salvar el mundo. Dijo padrino que la entrevista con la visita tuvo lugar esta tarde y que él, ante la gravedad, no trepidó en molestar a doña Remedios, para recabarle su opinión, que desde ya descontaba era la suya.

Como la pausa inmediata no concluía, pregunté cuál fue la respuesta de la señora.

—Ah, no sé — contestó.

—¿Cómo ah no sé? —repetí enojado de nuevo.

—Los dejé hablando y me vine, porque era hora de clase. Pensé yo solo: cuando no llego tarde el maestro se pone contento.

Envanecida la cara de oveja esperaba congratulaciones. Con admirable presencia de ánimo reflexioné que los muchachos no creerían mi relato, si no llevaba como testigo a don Tadeíto. Violentamente lo empuñé de un brazo y a empujones lo llevé hasta el bar. Ahí estaban los amigos, con el agregado del gallego Villarroel.

Mientras tenga memoria no olvidaré aquella noche:

—Señores —grité, a tiempo que proyectaba a don Tadeíto contra nuestra mesa—. Traigo la explicación de todo, una novedad de envergadura y un testigo que no me dejará mentir. Con lujo de detalle don Juan comunicó el hecho a su señora madre y mi fiel alumno no perdió palabra. En el depósito del corralón, aquí nomás, pared de por medio, está alojado —¿adivinen quién?— un

habitante de otro mundo. No se alarmen, señores: aparentemente el viajero no dispone de constitución robusta, ya que tolera mal el aire seco de nuestra ciudad —todavía resultaremos competidores de Córdoba— y para que no muera como pescado fuera del agua, don Juan le enchufó el molinete, que de continuo humedece el ambiente del depósito. Es más: aparentemente el móvil del arribo del monstruo no debe provocar inquietud. Llegó para salvarnos, persuadido de que el mundo va camino de estallar por la bomba atómica y a calzón quitado informó a don Juan de su punto de vista. Naturalmente, don Juan, mientras degustaba el café, consultó con doña Remedios. Es de lamentar que este mozo aquí presente —agité a don Tadeíto, como si fuera monigote— se retiró justo a tiempo de no oír la opinión de doña Remedios, de modo que no sabemos qué resolvieron.

—Sabemos —dijo el librero, moviendo como trompa labios mojados y gordos.

Me incomodó que me corrigieran la plana en una novedad de la que me creía único depositario. Inquirí:

—¿Qué sabemos?

—No se amosque usted —pidió Villarroel, que ve bajo el agua—. Si es como usted dice aquello de que el viajero muere si le quitan el molinete, don Juan le condenó a morir. De acá pasé frente a *Las Margaritas* y a la luz de la luna vi perfectamente el molinete que regaba el jardín como antes.

—Yo también lo vi —confirmó Chazarreta.

—Con la mano en el corazón —murmuró Aldini— les digo que el viajero no mintió. Tarde o temprano reventamos con la bomba atómica. No veo escapatoria.

Como hablando solo preguntó Badaracco:

—No me digan que esos viejos, entre ellos, liquidaron nuestra última esperanza.

—Don Juan no quiere que le cambien su composición de lugar —opinó el gallego—. Prefiere que este mundo estalle, a que la salvación venga de otros. Vea usted, es una manera de amar a la humanidad.

—Asco por lo desconocido —comenté—. Oscurantismo.

Afirman que el miedo aviva la mente. La verdad es que algo extraño flotaba en el bar aquella noche, y que todos aportábamos ideas.

—Coraje, muchachos, hagamos algo —exhortó Badaracco—. Por amor a la humanidad.

—¿Por qué tiene usted, señor Badaracco, tanto amor a la humanidad? —preguntó el gallego.

Ruborizado, Badaracco balbuceó:

—No sé. Todos sabemos.

—¿Qué sabemos, señor Badaracco? ¿Si usted piensa en los hombres, los encuentra admirables? Yo todo lo contrario: estúpidos, crueles, mezquinos, envidiosos —declaró Villarroel.

—Cuando hay elecciones —reconoció Chazarreta—, tu bonita humanidad se desnuda rápidamente y se muestra tal cual es. Gana siempre el peor.

—¿El amor por la humanidad es una frase hueca?

—No, señor maestro —respondió Villarroel—. Llamamos amor a la humanidad a la compasión por el dolor ajeno y a la veneración por las obras de nuestros grandes ingenios, por el *Quijote* del Manco Inmortal, por los cuadros de Velásquez y de Murillo. En ninguna de ambas formas vale ese amor como argumento para demorar el fin del mundo. Sólo para los hombres existen las obras y después del fin del mundo —el día llegará, por la bomba o por muerte natural— no tendrán ni justificación ni asidero, créame usted. En cuanto a la compasión, sale gananciosa con un fin próximo... Como de ninguna

manera nadie escapará a la muerte ¡que venga pronto, para todos, que así la suma del dolor será la mínima!

—Perdemos tiempo en el preciosismo de una charla académica y aquí nomás, pared por medio, muere nuestra última esperanza —dije con una elocuencia que fui el primero en admirar.

—Hay que obrar ahora —observó Badaracco—. Pronto será tarde.

—Si le invadimos el corralón, don Juan a lo mejor se enoja —apuntó Di Pinto.

Don Pomponio, que se arrimó sin que lo oyéramos y por poco nos derriba con el susto, propuso:

—¿Por qué no destacan a este mozo don Tadeíto como piquete de avanzada? Sería lo prudente.

—Bueno —aprobó Toledo—. Que don Tadeíto conecte el molinete en el depósito y que espíe, para contarnos cómo es el viajero de otro planeta.

En tropel salimos a la noche, iluminada por la impasible luna. Casi llorando rogaba Badaracco:

—Generosidad, muchachos. No importa que pongamos en peligro el pellejo. Están pendientes de nosotros todas las madres y todas las criaturas del mundo.

Frente al corralón nos arremolinamos, hubo marchas y contramarchas, cabildeos y corridas. Por fin Badaracco juntó coraje y empujó adentro a don Tadeíto. Mi alumno volvió después de un rato interminable, para comunicar:

—El bagre se murió.

Nos desbandamos tristemente. El librero regresó conmigo. Por una razón que no entiendo del todo su compañía me confortaba.

Frente a *Las Margaritas*, mientras el molinete monótonamente regaba el jardín, exclamé:

—Yo le echo en cara la falta de curiosidad —para agregar con la mirada absorta en las constelaciones—. Cuántas Américas y Terranovas infinitas perdimos esta noche.

—Don Juan —dijo Villarroel— prefirió vivir en su ley de hombre limitado. Yo le admiro el coraje. Nosotros dos, ni siquiera a entrar aquí nos atrevemos.

Dije:

—Es tarde.

—Es tarde —repitió.

---

## EL CASO DE LOS VIEJITOS VOLADORES

UN DIPUTADO, que en estos años viajó con frecuencia al extranjero, pidió a la cámara que nombrara una comisión investigadora.

El legislador había advertido, primero sin alegría, por último con alarma, que en aviones de diversas líneas cruzaba el espacio en todas direcciones, de modo casi continuo, un puñado de hombres muy viejos, poco menos que moribundos. A uno de ellos, que vio en un vuelo de mayo, de nuevo lo encontró en uno de junio. Según el diputado, lo reconoció “porque el destino lo quiso”.

En efecto, al anciano se lo veía tan desmejorado que parecía otro, más pálido, más débil, más decrepito. Esta circunstancia llevó al diputado a entrever una hipótesis que daba respuesta a sus preguntas.

Detrás de tan misterioso tráfico aéreo, ¿no habría una organización para el robo y la venta de órganos de viejos? Parece increíble, pero también es increíble que exista para el robo y la venta de órganos de jóvenes. ¿Los órganos de los jóvenes resultan más atractivos, más convenientes? De acuerdo: pero las dificultades para conse-

guirlos han de ser mayores. En el caso de los viejos podrá contarse, en alguna medida, con la complicidad de la familia.

En efecto, hoy todo viejo plantea dos alternativas: la molestia o el geriátrico. Una invitación al viaje procura, por regla general, la aceptación inmediata, sin averiguaciones previas. A caballo regalado no se le mira la boca.

La comisión bicameral, para peor, resultó demasiado numerosa para actuar con la agilidad y eficacia sugeridas. El diputado, que no daba el brazo a torcer, consiguió que la comisión delegara su cometido a un investigador profesional. Fue así como *El caso de los viejos voladores* llegó a esta oficina.

Lo primero que hice fue preguntar al diputado en aviones de qué líneas viajó en mayo y en junio.

“En Aerolíneas y en Líneas Aéreas Portuguesas” me contestó. Me presenté en ambas compañías, requerí las listas de pasajeros y no tardé en identificar al viejo en cuestión. Tenía que ser una de las dos personas que figuraban en ambas listas; la otra era el diputado.

Proseguí las investigaciones, con resultados poco estimulantes al principio (la contestación variaba entre “Ni idea” y “El nombre me suena”), pero finalmente un adolescente me dijo “Es una de las glorias de nuestra literatura”. No sé cómo uno se mete de investigador: es tan raro todo. Bastó que yo recibiera la respuesta del menor, para que todos los interrogados, como si se hubieran parado en San Benito, me contestaran: “¿Todavía no lo sabe? Es una de las glorias de nuestra literatura”.

Fui a la Sociedad de Escritores donde un socio joven, confirmó en lo esencial la información. En realidad me preguntó:

—¿Usted es arqueólogo?

—No, ¿Por qué?

—¿No me diga que es escritor?

—Tampoco.

—Entonces no lo entiendo. Para el común de los mortales, el señor del que me habla tiene un interés puramente arqueológico. Para los escritores, él y algunos otros como él, son algo muy real y, sobre todo, muy molesto.

—Me parece que usted no le tiene simpatía.

—¿Cómo tener simpatía por un obstáculo? El señor en cuestión no es más que un obstáculo. Un obstáculo insalvable para todo escritor joven. Si llevamos un cuento, un poema, un ensayo a cualquier periódico, nos postergan indefinidamente, porque todos los espacios están ocupados por colaboraciones de ese individuo o de individuos como él. A ningún joven le dan premios o le hacen reportajes, porque todos los premios y todos los reportajes son para el señor o similares.

Resolví visitar al viejo. No fue fácil. En su casa, invariablemente, me decían que no estaba. Un día me preguntaron para qué deseaba hablar con él. “Quisiera preguntarle algo”, contesté. “Acabáramos”, dijeron y me comunicaron con el viejo. Éste repitió la pregunta de si yo era periodista. Le dije que no. “¿Está seguro?” preguntó. “Segurísimo” dije. Me citó ese mismo día en su casa.

—Quisiera preguntarle, si usted me lo permite, ¿por qué viaja tanto?

—¿Usted es médico? —me preguntó—. Sí, viajo demasiado y sé que me hace mal, doctor.

—¿Por qué viaja? ¿Por qué le han prometido operaciones que le devolverán la salud?

—¿De qué operaciones me está hablando?

—Operaciones quirúrgicas.

—¿Cómo se le ocurre? Viajaría para salvarme de que me las hicieran.

—Entonces, ¿por qué viaja?



—Porque me dan premios.

—Ya un escritor joven me dijo que usted acapara todos los premios.

—Sí. Una prueba de la falta de originalidad de la gente. Uno le da un premio y todos sienten que ellos también tienen que darle un premio.

—¿No piensa que es una injusticia con los jóvenes?

—Si los premios se los dieran a los que escriben bien, sería una injusticia premiar a los jóvenes, porque no saben escribir. Pero no me premian porque escriba bien, sino porque otros me premiaron.

—La situación debe de ser muy dolorosa para los jóvenes.

—Dolorosa ¿por qué? Cuando nos premian, pasamos unos días sonseando vanidosamente. Nos cansamos. Por un tiempo considerable no escribimos. Si los jóvenes tuvieran un poco de sentido de la oportunidad, llevarían en nuestra ausencia sus colaboraciones a los periódicos y por malas que sean tendrían siquiera una remota posibilidad de que se las aceptaran.

”Eso no es todo. Con estos premios el trabajo se nos atrasa y no llevamos en fecha el libro al editor. Otro claro que el joven despabilado puede aprovechar para colocar su mamotreto. Y todavía guardo en la manga otro regalo para los jóvenes, pero mejor no hablar, para que la impaciencia no los carcoma.

—A mí puede decirme cualquier cosa.

—Bueno, se lo digo: ya me dieron cinco o seis premios. Si continúan con este ritmo ¿usted cree que voy a sobrevivir? Desde ya le participo que no. ¿Usted sabe cómo le sacan la frisa al premiado? Creo que no me quedan fuerzas para aguantar otro premio.

---

## EL GRAN SERAFÍN

BORDEÓ los acantilados para encontrar una playa un poco apartada. La exploración fue breve, pues en aquel paraje ni la soledad ni la lejanía misma estaban lejos. Aun en las playas contiguas al pequeño espigón de pesca, bautizadas Negresco y Miramar por la patrona de la hostería, era escasa la gente. Alfonso Álvarez descubrió así un lugar que de modo admirable correspondía al anhelo de su corazón: una ensenada romántica, desgarrada, salvaje, a la que reputó uno de los puntos más remotos del mundo, Última Tule, Seno de la Última Esperanza o todavía más allá —Álvarez ahora articuló su divagación en un arrobado murmullo— las Largas y Prodigiosas Playas, Furdurstrandi... El mar entraba encajonado en acantilados pardos y abruptos, en los que se abrían cavernas. Hacia afuera, a los lados, empinábanse picos o agujas, modelados por la erosión de la espuma, de los huracanes y del tiempo. Todo ahí era grandioso para el observador echado en la arena, que sin dificultad olvidaba las dimensiones del paisaje, en verdad minúsculas. Despertó Álvarez de su ensimismamiento, descalzó unos piecitos

blancos que, a la intemperie, resultaron patéticamente desnudos, hurgó en una bolsa de lona, encendió la pipa, contempló el mar y preparó el ánimo para un prolongado paladeo de la beatitud perfecta. Con asombro advirtió que no estaba feliz. Lo embargaba una desazón que apuntaba como vago recelo. Miró en derredor y afirmó: “Nada ocurrirá.” Descartó la ilógica hipótesis de un asalto; escrutó la conciencia, luego el cielo, por fin el mar y no descubrió el motivo de su alarma.

Buscando distracción, Álvarez meditó sobre la recóndita virtud del mar, que nos urge a contemplarlo ávidamente. Se dijo: “En el mar nunca pasa nada, si no es una lancha o la consabida tropilla de toninas, que progresa con arreglo a horario, a mediodía rumbo al sur, después al norte: tales juguetes bastan para que en la costa la gente apunte con el dedo y prorrumpa en júbilo. Moneda falsa únicamente cobra el observador: sueños de viajes, de aventuras, de naufragios, de invasiones, de serpientes y de monstruos, que anhelamos porque no llegan.” Se abandonó a ellos Álvarez, cuya ocupación favorita era hacer proyectos. Sin duda creía que viviría infinitamente y que siempre tendría por delante tiempo para todo. Aunque su profesión concernía al pasado —era profesor de historia en el Instituto Libre— había sentido siempre curiosidad por el porvenir.

A ratos olvidó su inquietud, y logró así una mañana casi agradable. Mañanas y tardes agradables, noches bien dormidas, eran para él necesarias. El médico había dictaminado:

—Cada vez que usted abra la boca no me tragaré una farmacia, óigame bien; pero se me aleja de Buenos Aires, del trabajo y de las obligaciones. Óigame bien: no salga de la urbe para recaer en la muchedumbre de Mar

del Plata o de Necochea. Su remedio se llama tranquilidad, tranquilidad.

Álvarez habló con el rector y obtuvo licencia. En el colegio todos resultaron expertos en playas tranquilas. El rector recomendó Claromecó, el jefe de celadores Mar del Sur, el profesor de castellano San Clemente. En cuanto a F. Arias, su colega de Oriente, Grecia y Roma (de puro displicente ni encendía ni arrojaba la colilla pegada a perpetuidad en el labio inferior), se reanimó para explicar:

—Va hasta Mar del Plata, sale de Mar del Plata, deja a la izquierda Miramar y Mar del Sur y a mitad camino a Necochea está San Jorge del Mar, el balneario que usted busca.

Inexplicablemente la elocuencia de F. Arias lo arrasó; compró un boleto, preparó el maletín, subió al ómnibus. Viajó una larga noche, cuya única imagen, evidente a través de cabeceos y vigiliadas, era la de un tubo infinito, iluminado por una línea de lámparas colgadas del techo.

La mañana refulgía cuando divisó el arco del letrero que rezaba:

San Jorge del Mar – Bienvenidos

La muralla donde el cartelón estaba sostenido se prolongaba a los lados un buen trecho y en partes empezaba a desmoronarse. Por debajo del arco entraron en una calle de tierra dura, apisonada, rumbo a una arboleda próxima. A mano izquierda quedaba el mar, le explicaron. La comarca no le pareció triste. En esa primera visión predominaban los blancos y colorados de las casitas y el verde del pasto. Murmuró: “Verde de esperanza, de esperanza.” No cabía definir aquello como caserío, sino como campo tendido, con algunas casas desparramadas. Entre todas, por la altura descollaba una que tenía me-

nos aspecto de vivienda que de tinglado provisorio, con agudo mojinete asimétrico y el techo ladeado, acaso por derrumbe, probablemente por travesura arquitectónica. Antes de ver la cruz, Álvarez entendió que se trataba de la capilla, pues como todo el mundo tenía el ojo acostumbrado al estilo llamado moderno, de rigor, por aquel entonces, para los ramos de administración pública, clero y banca. Siguiendo un albo sendero de conchillas penetraron en la arboleda —trémulos eucaliptos, algún sauce claro— y pronto encontraron un basto *bungalow* de madera, pintado de color té con leche: la hostería El Bucanero Inglés, donde se hospedaría Álvarez. Con él bajaron del ómnibus un anciano de piel vagamente traslúcida, de la tonalidad blanca y celeste de las escamas, y una señora joven, de anteojos oscuros con el aire ambiguo y atractivo que suelen tener, en las fotografías de los periódicos, las litigantes en pleitos de divorcio. En ese momento salía de la hostería un pescador cargado de pescados, que automáticamente ofreció:

—¿*Pesche*?

Era un viejo de piel curtida, pipa en boca, ancho pecho en tricota azul botas de goma: uno de tantos personajes típicos, entre fabricados y genuinos, que se dan en todas partes.

Tras de apartarse un poco del pescador, la señora joven respiró a pleno pulmón y exclamó:

—Qué aire.

El pescador se golpeó el pecho con la mano que empuñaba la pipa y afirmó fatuamente:

—Aire puro. Aire de mar. Ah, el mar.

Cuando ya no se oía el humo dejado por el ómnibus, respiró con fuerza Álvarez y comentó:

—En efecto, qué aire.

No correspondía al de sus recuerdos; tenía una carga, tal vez pesada, de olor indefinido. ¿A pescados o algas? No, protestó para sí Álvarez, de ninguna manera, aunque tan saludable probablemente.

—¡Qué flores! —ponderó la señora—. Esto parece una estancia, no un hotel

—Nunca vi tantas juntas —observó el anciano.

Convino Álvarez:

—Yo tampoco, salvo...

Lo invadió una inopinada pesadumbre y no supo concluir la frase. La señora rezongó:

—La casa está muerta. Nadie sale a recibirnos.

No estaba muerta. Adentro resonó un piano y los viajeros oyeron una trillada melodía norteamericana, que Álvarez no identificó. El viejo, momentáneamente rejuvenecido, tarareó:

—Cuando los santos del cielo vengan marchando...

Esbozó un zapateo criollo y se reintegró a la habitual flacidez. Por una puerta de resorte, tras dos portazos aparecieron dos mujeres: una criadita joven, alemana o suiza, rubia, rosada, de sonrisa muy dulce, y la patrona, una bella mujer en la ósea plenitud de los cincuenta años, erguida, majestuosa, a quien pechos eminentes y peinado en torre conferían algo de nave o de bastión.

Precedidos por esta señora, seguidos por la criadita, prodigiosamente cargada de equipajes, los viajeros entraron en la hostería. En un cuaderno Álvarez firmó.

—Alfonso Álvarez —leyó en voz alta la patrona, para agregar con una sonrisa encantadoramente mundana—: A. A.: qué gracioso.

—Yo diría monótono —acotó Álvarez, que más de una vez había oído la observación.

—Aquí está el teléfono —continuó la patrona, como quien da una prueba de ingenio. Al mover la mano pro-

dujo un relumbrón verde: lo originaba un anillo con esmeralda—. Y allá en lo alto el alojamiento del señor: pieza trece. Hilda lo va a acompañar.

Por una escalera ruidosa, tal vez frágil, subieron. La pieza tenía algo de cabina; desde luego, la estrechez. La mesita de pino-tea, la silla, el lavatorio, apenas dejaban lugar libre. Álvarez, por un tiempo que le pareció interminable, se mantuvo inmóvil: tan cerca estaba la muchacha. Para romper esa incómoda quietud inclinó el cuerpo en sesgo, apoyó una mano en el borde del lavatorio, con la otra abrió el grifo. Como acróbata inseguro intentó una sonrisa. Ni bien manó el agua reparó en un aroma que le trajo vagos recuerdos.

—Olor a azufre —explicó la criada—. Ahora el agua sale termal, dice la señora.

Él puso el dedo en el chorro.

—Está caliente —advirtió

—Ahora toda el agua se volvió caliente. Y allá —indicó en dirección a la ventana— sale sola, en grandes chorros de la tierra.

El aire que la muchacha movía al hablar le soplaba cosquillas en la nuca; eso, por lo menos, creyó Álvarez. Pasó, como pudo, al otro lado del lavatorio y miró por la ventana. Vio el jardín de flores el sendero de granza blanca, una abertura en la arboleda, más allá el campo. A lo lejos divisó un grupo de gente y un humo tenue.

—El terreno aquel es de la señora —prosiguió la criada—. Mandó a los peones cavar para descubrir qué hay abajo.

—En las entrañas —murmuró Álvarez.

—¿Cómo?

—Nada.

Entonces la miró de frente. Con una mano corta, graciosamente la alemanita levantó la mecha que le caía so-

bre los ojos ladeó su cara de cachorro, sonrió con extrema dulzura y partió. Álvarez recorrió con la mirada el cuarto. Por vez primera — ¿desde cuándo? ya no recordaba— se encontró feliz. Tenía en ello parte cierta vanidad un tanto infantil, común a todos los hombres, y parte el cuartito que le destinaron, con algo de celda de refugio; y también la ventana sobre el campo. No importa sin embargo, el motivo del contento; importa el hecho por su cronología por casi inmediatamente preceder a la desazón y al temor en la playa. Desde luego, por motivos imponderables, un convaleciente pasa del bienestar a la depresión; pero la verdad es que Álvarez bajó al mar con el ánimo alegre.

Estuvo en la playa no menos de tres horas, al sol primero, luego a la sombra del acantilado, porque recordó vagas historias de veraneantes, inevitablemente comparados con camarones, que por un momento de descuido o por una demasiado íntima comunión con la naturaleza, tuvieron que envolver a la noche en aceite blanco las quemaduras de segundo grado, mientras el delirio les refería cuentos fantásticos. Álvarez no quería que un percance tan trillado le arruinara las vacaciones.

Como tampoco quería disgustos con la patrona, a la una menos cuarto emprendió el camino de vuelta. A pesar del acostumbramiento del olfato, notó que el extraño olor marino aumentaba.

En una mesa de largura interminable almorzaron Álvarez, el anciano de piel traslúcida —que se llamaba Lynch y era profesor en un colegio de Quilmes— y la patrona; según ésta explicó, tanto su hija como la señora recién llegada y los demás pensionistas, todos gente joven, no volverían a la hostería hasta la caída del sol.

—¿Así que usted es profesor en Quilmes? —preguntó Álvarez a Lynch—. ¿De álgebra y de geometría?



—¿Y usted en el Instituto Libre? —Lynch preguntó a Álvarez—. ¿De historia?

Conversaron de planes de estudio, de la juventud y de las consecuencias, para la mente del profesor, de los sucesivos años de cátedra.

—Me gusta enseñar, pero... —empezó Álvarez.

—Hubiera querido otra cosa. ¡Yo también! —concluyó Lynch.

La coincidencia los maravilló.

El comedor era una vasta sala, con una araña de hierro en el centro. De la araña colgaban, probablemente desde las fiestas de fin de año guirnaldas de colores. La mesa estaba arrimada a un ángulo, para dejar espacio libre a posibles parejas de bailarines. Contra la pared se alineaban botellas; una puerta se abría sobre una visión de cocinas, mesas con tachos y algún atareado peón de campo, disfrazado de marmitón. En el otro extremo del comedor había un piano vertical.

La alemanita sirvió la mesa; entre plato y plato se sentaba detrás del mostrador; cuando trajo la jarra de agua, la patrona dijo:

—Hoy yo bebo vino blanco, Hilda. ¿Ustedes?

—¿Yo? —preguntó Álvarez, que se había distraído—. Un poco de agua y, para acompañar a la señora, vino blanco.

—Yo, agua, siempre agua —exclamó el viejo Lynch.

—Ahora sale termal —con satisfacción explicó la patrona—. Es un algo fuerte, hay que acostumbrarse, rica en sales sulfurosas, a mí me gusta.

—Pero no la bebe —acotó el viejo.

—Tengo grandes proyectos —anunció la patrona—. Habrá que incorporar capitales foráneos y levantaremos un conglomerado termal, llámelo nuestro Vichy, nuestro Contrexéville, aun nuestro Cauterets.

—La señora —reconoció el viejo— lleva la hotelería en las venas.

—Hasta aquí viene el aroma —observo Álvarez, tras alejar el vaso.

—Más que termal, podrida —puntualizó Lynch, en un intervalo entre dos tragos.

—Óiganlo —comentó graciosamente la patrona, moviendo con altivez la cabeza.

Álvarez inquirió:

—Señora, ¿cuál es el origen del nombre?

—¿Qué nombre? —preguntó la señora.

—El de la hostería.

—El bucanero inglés fue un tal Dobson —explicó la señora— que a fines del siglo dieciocho llegó a estas playas, con una cotorra llamada *Fantasía*, posada en el hombro. Se enamoró de la hija del cacique.

—Y adiós cotorra —declaró Lynch—. El cuentito parece una alegoría moral y también un emblema copiado de un libro de emblemas.

—Óiganlo —repitió la patrona—. En un gran día, señores, llegaron ustedes. Concurrirán después del almuerzo a las carreras. Espectáculo romano. Carreras de caballos junto al mar. Y al final de la tarde paseo; una caminata agradable los trasladará hasta las nuevas emanaciones de humo, los chorros de agua, legítimos géiseres y, ¿por qué no?, solfataras, de innegable valor termal y turístico. En las grietas donde sale humo verán a mi gente cavando. ¿Qué descubriremos? ¿Un volcán subterráneo?

Naturalmente tímido, Álvarez interrogó:

—Si hay un volcán abajo ¿agrandar las grietas no es imprudencia?

Ni le contestaron. Álvarez, pensó: “Todo cobarde es un solitario, un Robinsón”.

—Mañana, otro gran día —continuó la patrona—. Mejor dicho: gran noche. Fiesta en honor de mi hija Blancheta que cumple dieciocho años. Comilona, convidados, cordialidad. Ya la palparán ustedes: nuestra pequeña ciudad balnearia es todavía un paraíso no corrompido. Somos como una familia cariñosa, en San Jorge, libre de pelandrunes y hampones. ¿Hasta cuándo le repetiré que no queremos delincuentes juveniles peleados con el peluquero? ¡Afuera, mal entrazado!

Perplejos y alarmados por el exabrupto, ambos pensionistas interrumpieron la masticación de un caliente *navarrín* con marcado sabor a azufre. Rápidamente se volvieron, porque a sus espaldas resonó una voz masculina:

—No se sulfure, doña. Me pidió Blanquita que le pidiera el pic-nic.

—¿Qué tiene que pedirle la Blancheta? Si lo veo junto a mi hija, con estas propias manos lo acogoto.

Quien así enojaba a la patrona era un tremendo muchachón, muy arropado y muy desnudo, hirsuto y lampiño, sin duda torvo, quizá afeminado, cuya redonda cabeza estaba rodeada de un círculo completo de pelo rubio, de espesura y largo parejos en el cuero cabelludo y en la barba. Desde el pelambre miraban dos ojillos que se movían a impulsos jactanciosos o furtivos o se aquietaban fríamente. Arropaban el busto una toalla, una tricota y del breve taparrabos colorado emergían piernas tan desprovistas de vello como las de una mujer; pero los aspectos más evidentes del conjunto quizá fueran pelos enmarañados y lanas sucias.

Incorporada a medias, preguntó la patrona:

—¿Se retira, joven Terranova, o de la oreja lo retiro?

Partió el animalote; la patrona se dejó caer en la silla y ocultó la cara entre las manos. Acudió, solícita, la criadita, con un vaso de agua.

—No, Hilda —protestó la patrona, que había recuperado la compostura—. Hoy bebo vino blanco.

El almuerzo concluyó por fin y cada cual se encaminó a su cuarto.

“Estoy débil o el aire es muy fuerte”, pensó Álvarez, que por poco se duerme con el cepillo de dientes en la boca. Ya echado, durmió un rato, hasta que lo despertó un peso en los pies. Era Hilda, que se había sentado en el borde de la cama.

—Vine a verlo —explicó la muchacha.

—Ya veo —contestó Álvarez.

—Quería ver si quería algo.

—Dormir.

—¿Dormía?

—Sí.

—Qué suerte. Mañana a la noche es la fiesta de Blanquita.

—Ya sé.

—Terranova no viene, porque a espetaperros lo sacaría *madame* Medor.

—¿Quién es *madame* Medor?

—La patrona. Y la pobre Blanquita enamorada.

—¿De Terranova?

—De Terranova, que no la quiere. Él quiere dinero. Un malo, un matón sin alma, carne y uña con Martín.

—¿Quién es Martín?

—El pianista. *Madame* Medor, que no traga a Terranova, mete al cómplice en la casa, porque toca bien el piano. Todo el mundo sabe que son agentes locales de la banda de Miramar.

Oyeron la voz de la patrona, que abajo gritaba:

—¡Hilda! ¡Hilda!

La muchacha dijo:

—Me voy. Si me pesca, me llama perra y palabras horribles.

Los pasos de la alemanita descendieron la crujiente escalera, subió el clamor de la reprimenda de *madame* Medor y acallando todo resonó en el piano la *Marcha de los santos*.

Se levantó Álvarez, porque ya no tenía ánimo para dormir. Estaba peor que antes. A pesar de las precauciones en la playa, la cabeza le dolía como si hubiera tomado mucho sol. Quería beber algo, para sacarse el gusto a azufre y aplacar la sed; una gran sed. Entró en el comedor. Martín machacaba *Los santos* en el piano, la patrona, acodada en la mesa, tildaba facturas y desde el mostrador Hilda miraba tiernamente.

—Un vinito blanco, bien helado —pidió.

La patrona ponderó:

—¡Qué siesta! Corrían las horas y yo pensé: con el solazo y el vinito el trece no aterrizaba hasta mañana. Es un hecho; no llega a las carreras, pero todavía hay luz y puede entretenerse con los géiseres.

Descorchó Hilda la botella; Álvarez bebió dos vasos y dijo:

—Gracias.

La patrona ordenó:

—Se la guardas, chica. El señor a la noche incorpora lo que queda.

Preguntó Álvarez:

—¿Cómo voy?

La patrona lo acompañó hasta la puerta y lo encaminó. Siguió la calle más allá de la arboleda, por campo abierto; de trecho en trecho había un *chalet*, una vaca. La brisa marina traía olor a podredumbre. Caía la tarde.

Cuando llegó al lugar, la jornada había concluido; los peones, la pala al hombro, emprendían el camino de regreso. Con un cura que examinaba los chorros de agua caliente y la humosa excavación, de borde a borde entabló diálogo Álvarez.

—No creí que fuera tan profunda —gritó—. Da vértigo.

—¿Qué me cuenta de la temperatura del suelo? —gritó a su vez el cura—. Ponga la mano.

—Quema ¿Qué buscan?

—No importa lo que buscan, sino lo que encuentran —replicó el cura—. ¿Encuentran algo?

—Casi nada. ¡Mire! A gritos no caben sutilezas; de todos modos, la enfática exhortación a mirar sugería, para las palabras *casi nada*, intención irónica.

—¿Dónde? —preguntó Álvarez.

El cura se le acercó, lo tomó paternalmente de los hombros y lo condujo hasta un eucalipto. En el suelo, apoyadas contra el tronco del árbol, vieron dos amplias alas y algunas plumas negras.

—¡Diablos! —exclamó Álvarez—. Padre, perdone, pero estas alas, no me negará, suponen un pajarraco infernal.

—No sé —contestó el cura—. Con franqueza, ¿qué ave tiene *in mente*?

—¿Un águila?

—No es bastante grande.

—¿Me atreveré a decir: un cóndor?

—¿En estas regiones? ¿Usted no lo reputaría un tanto improbable?

—Si usted lo permite, me vuelvo a la hostería —declaró Álvarez.

—Lo acompaño —dijo el cura—. Determinar la especie no es todo... Créame: hay otras dificultades.

—Qué barbaridad —comentó Álvarez, a quien el tema ya fatigaba.

—Si estaban en la tierra ¿por qué no se pudrieron?

Álvarez, aventuró:

—¿La acción del fuego?

El cura lo miró con indulgencia; después habló animadamente:

—Dejemos el capítulo. Nadie está obligado a saber química, pero la moral incumbe a todos. Vea a dónde lleva la curiosidad de los hombres. O de las mujeres, que es lo mismo. Para la incorregible curiosidad, un trofeo enigmático. Un castigo, ¿por qué no?

—¿De quién? —preguntó Álvarez

—No crea, la madama tiene sus enemigos. Un tal Terranova, sin ir más lejos, un cachorrón capaz de gastarse cada bromita.

—¿Opina que se trata de una broma?

—¿Por qué no?

Juntó coraje Álvarez y preguntó:

—¿También el agua caliente y el humo?

Envalentonado, ahora devolvió la mirada indulgente

—Estoy muy cansado —protestó el cura—. Vamos yendo. Créame usted, soy hombre de paz y de un año a esta parte me toca vivir en plena guerra, entre los dos bandos del Comité para Obras de la Capilla.

—¿Y si los deja pelear entre ellos?—propuso Álvarez.

—Los dejo —afirmó el cura—. Mañana voy de caza, con mi perro *Tom*, aunque el comité sesione. Los tradicionalistas porfían en pro del estilo moderno, los renovadores en pro del gótico y el padre Bellod, este servidor, con moderación de mártir, de tanto en tanto pone su semillita *pro domo*: sepa usted, favorezco el románico. Cuando los dos bandos se avengan no habrá capilla.

Se despidieron. Ni bien entró en la hostería, Álvarez divisó a la alemanita al pie de la escalera. La muchacha

miró hacia arriba, corrió arriba y Álvarez quedó por un instante inmóvil, dobló por fin hacia el comedor, embistió con resolución al viejo Lynch.

—¿Qué le pasa amigo? ¿En qué piensa? —preguntó el viejo.

—En proverbios —contestó Álvarez—. Cazador sin munición...

*Madame Medor* anunció:

—Voy a presentarlo. El número trece...

—Álvarez —modestamente agregó Álvarez.

—Mi hija Blancheta...

La muchacha, de pelo claro, suave y largo, de tez lechosa, de ojos graves, casi tristes, de nariz delicadamente dibujada, era pequeña y bonitilla.

—La señora del once —prosiguió la patrona

—La señora de Bianchi Vionnetn —corrigió la interesada.

—Martín, nuestro hombre orquesta —dijo con voz firme la patrona—. Él y su piano constituyen la totalidad de la orquesta que anima nuestros bailes. Nunca hubo quejas, le ruego que tome nota, por falta de animación y buena música.

—Deja a este mozo en el tintero —observó el viejo.

Tratábase de un joven alto, con el pelo cortado a modo de cepillo de jabalí, con ojillos redondos, con risa permanente y cara de expresión atribulada.

—Aquilino Campolongo —dijo la patrona, moviendo los labios como quien articula no un nombre, sino una mala palabra.

—Estudio ciencias económicas —aclaró Campolongo.

En un aparte poco menos que gritado —los viejos son invulnerables, porque no esperan nada, y también sordos— comentó Lynch:

—Sálvese quien pueda.



—¿Por qué? —preguntó Álvarez.

—¿Cómo por qué? ¿Es argentino y pregunta por qué? Si Adam Smith viera su progenie de doctores en ciencias económicas, se retorcería en la tumba. ¿Oímos las noticias?

El viejo puso en funcionamiento el receptor de radio. El boletín informativo había empezado. Nítidamente surgió una voz que explicaba:

—...vastos movimientos migratorios, comparables a las trágicas evacuaciones de tiempos de guerra.

Como por influjo de una asociación de ideas, ni bien fue pronunciada la palabra *guerra* rompió con animación y dianas una marcha militar. A dos manos retomó el viejo el receptor. Afanarse era inútil. Todos los programas habían desembocado en la misma marcha.

—Qué afición por *La avenida de las palmeras* —comentó.

Reflexionó Álvarez en voz alta:

—Culto el viejo. Lo que es yo, no distingo una marcha de otra.

—Otra revolución —vaticinó lúgubrementemente Campolongo—. Estos militares...

*Madame* Medor replicó en tono sarcástico:

—Mejor estaríamos con los bolcheviques. —En un movimiento en espiral y ascendente irguió el corpacho, dio la espalda al mequetrefe, golpeó el piso con patadita irritada y, debajo de las pirámides, las torres y los caireles del peinado, orientó la cara, de suyo un poquito feroz, en dirección a los otros pensionistas, la endulzó con una sonrisa mundana, anunció—: Cuando gusten pueden sentarse a la mesa.

La obedecieron. Durante la comida todos hablaron. Pasaron de la política, que encona, a la situación del país, que aviene.

—Aquí ¿quién trabaja?

—Roba quien puede.

—El ejemplo llega de arriba: de los grandes ladrones públicos.

Aunque las tendencias contrarias eran perceptibles, generosamente las ahogaba cada cual, para fraternizar en un torneo de anécdotas y hechos probatorios de nuestra bancarrota.

—No crea que están mucho mejor en otras partes —dijo Martín.

—Sin ir más lejos, el África negra —admitió la señora de Bianchi Vionnet.

Suspiró Álvarez; el diálogo lo aburría. Lo conocía de memoria, como si fuera un libreto que él mismo hubiera escrito. Preveía precisamente: ahora viene la pregunta retórica sobre el valor del dinero, ahora la anécdota que ilustra el triunfo de la codicia y lo mal que anda todo. Ahora dirán que perdimos el coraje, “las ganas de pelear” como el malevo del tango.

—No lo creerá —susurró Álvarez al viejo—. Ya oí esta retahíla de punta a punta.

El viejo empezó:

—A nuestra edad...

—Cruz diablo —replicó Álvarez.

—A nuestra edad —replicó el viejo—, ¿quién no tiene un pasado rico en conversaciones con *chauffeurs* de taxi y otros interlocutores ocasionales?

—Me dan ganas de contarles lo que sentí en la playa...

—Anímese.

—Le contaba al señor Lynch —levantando la voz, declaró Álvarez— que esta mañana, en la playa.

Refirió que tuvo miedo, como si presintiera un ataque o algo más terrible. Concluyó:

—Una idea fija que totalmente me arruinó la mañana.

—Un ataque... ¿por la espalda? —inquirió Martín.

—¿Por qué no? —respondió Álvarez—. O del lado del mar.

—¿Qué temía? —interrogó Blanquita—, ¿que saliera un monstruo y lo tragara? Yo en la playa sueño cada locura.

Intervino la patrona .

—Un monstruo, sí pero tal vez mecánico, ¿qué opina el señor Campolongo?

Éste preguntó, molesto:

—¿Yo? ¿Qué tengo que ver?

—Exactamente —replicó la patrona—. Es lo que me pregunto. ¿Qué tiene que ver el señor Campolongo todas las tardes en la costa? O si ustedes prefieren, ¿qué mira? o ¿quién lo mira? Cara al mar hace gimnasia sueca. O haciéndose el sueco, hace señales. ¿A un pez espada, señor Campolongo? ¿A un submarino?

—A lo mejor —opinó la de Bianchi Vionnet— el señor Álvarez vio, sin saberlo, el submarino y se alarmó. Puede suceder.

—¿Por qué no algo más raro? —a su vez preguntó Lynch—. ¿Conocen la teoría de Dunne? Yo me paso la vida contándola. Pasado, presente y futuro existen al mismo tiempo...

—O no lo sigo —dijo Campolongo— o no hay relación alguna.

—Puede haberla —afirmó Lynch— porque los tiempos ocasionalmente empalman. Individuos extraordinarios, verdaderos videntes, ven el pasado y el futuro. Le hago notar que si no existe el futuro son inconcebibles las profecías. ¿Cómo ver lo que no está?

Campolongo interrogó:

—¿Usted reputa profeta al señor Álvarez?

—De ningún modo —aseveró Lynch—. Las personas más corrientes y hasta vulgares empalman en otro tiempo, cuando se dan las condiciones, ¿entiende o no? ¿Por qué el señor Álvarez no tendría esta mañana una premonición del desembarco del bucanero Dobson?

—Imposible —dictaminó la patrona—. Dobson contaría hoy más de ciento cincuenta años, edad a la que nadie llega.

Ignoró el reparo Lynch y prosiguió:

—El color de la cara del señor Álvarez, ¿no les dice que se le fue la mano con el sol? He puesto el dedo en la llaga. Insolación, infección, fiebre, según los entendidos, abren la puerta a estas visiones extraordinarias.

—¿Por qué suponer algo tan ingrato? —inquirió la señora de Bianchi Vionnet— ¿Por un momento siquiera, imaginan la grosería de un bucanero de entonces?

—Un ser tosco tiene su interés —afirmó *madame* Medor.

—Póngase al día, señor Lynch —rogó Blanquita—. Yo prefiero cosas modernas.

Hoy la gente habla de platos voladores.

—En efecto —corroboró Martín—. La juventud despierta se agrupa en círculos para la observación de platos voladores. Ya hay uno en Claromecó. Soy amigo del tesorero.

Henchido el pecho, altiva la cabeza, *madame* Medor pronosticó:

—Si Terranova también es amigote, poco les durará el tesoro a los de Claromecó.

Álvarez aquella noche durmió pesadamente, como quien está envenenado. Al otro día, en procura de aire, abrió de par en par la ventana. Pronto la cerró, porque en ese primer momento, con el estómago vacío el olor de afuera se le antojó nauseabundo. No le pareció mejor el

gusto del café con leche y hasta en la dulzura de la miel encontró un dejo sulfuroso. Desayunó galletas viejas. Como pudo apartó a la alemanita que insistía en hablarle. En el espejo del corredor entrevistó su melancólica imagen de hombre maduro, con *chambergo* desteñado, con pantalón de baño y comentó airadamente: “El acabóse.” Cuando bajó la escalera sintió la falta de aire, y por si acaso llevó una mano a la baranda. Abajo estaba *madame* Medor.

—Va a tener que abrir las ventanas —indicó Álvarez—. La atmósfera aquí dentro está un poco pesada.

La señora replicó:

—¿Ventilación? ¿Corrientes de aire? Ni loca. Además, cómo le diré, afuera usted nota la atmósfera cargada, comprometida del fuerte olor.

—¿A mar? —preguntó Álvarez.

La patrona se encogió de hombros, irguió corpacho y testa, partió a sus menesteres.

Cuando abrió la puerta, Álvarez por poco se vuelve. Salir afuera esa mañana era como entrar en un invernáculo: el aire libre estaba más pesado que el de adentro; en cuanto al olor, le sugirió una fantasía: el horizonte en círculo de carroñas monumentales. Era un día tormentoso. “Un chaparrón con vendaval —reflexionó—, tal vez limpiara.” Porque no quería perder una mañana de playa —eran cortas y caras estas vacaciones— encontró coraje para alejarse de la hostería, para aventurar unos pasos en la turbiedad y el mal olor. Al ver marchitas las flores de los canteros, murmuró:

—Perecen las flores de todo jardín

¿De dónde había sacado el verso? Le pareció que estaba a punto de recuperar recuerdos, para él exaltados y maravillosos... Después de un rato de perplejidad re-

solvió que a la hora del almuerzo consultaría con Lynch. “El viejo leyó mucho.”

Cerca de la costa el hedor aumentaba notablemente. Álvarez se dijo que después de una breve fracción de tiempo uno se acostumbra a cualquier olor y ya en el borde del acantilado se preguntó si él aguantaría durante esa fracción. Advirtió que la bajante de la marea había sido pronunciada y que había descubierto un trecho de playa borrosa. En la superficie del agua divisó grumos y espuma; luego, con sobresalto, vio que los grumos y la espuma estaban quietos, que el mar estaba quieto y por último reparó en la circunstancia que por su misma extrañeza era más evidente: el ruido del mar había cesado. Sólo graznidos de coléricas gaviotas interrumpían el deprimido silencio. Álvarez descalzó los piecitos, como un perro que escrupulosamente elige donde no caben distinciones, buscó un lugar para echarse y acampó en la arena.

No se arrimó a los acantilados, para que lo protegieran del sol, porque un sucio manto de nubes cubría el firmamento. Cerró los ojos. Al rato lo invadió el mismo vago recelo de la víspera. Contrariado notó que la cargada atmósfera de la mañana gravitaba sobre él narcóticamente. En cualquier orden balbuceó las palabras: “Indefenso quedaré dormido.”

Estaba en el centro de la playa, a mitad camino entre los acantilados y el mar. Pensó: “Expuesto. Como en una bandeja. Junto a los acantilados al menos tendría protegida la espalda. Una idea nomás, pues bien podría el atacante surgir de pronto en lo alto y dejarse caer. Pero no; del mar viene lo que viene.” Porque olvidó la conclusión o porque lo dominaba el sueño, no se movió de donde estaba. Las gaviotas —nunca hubo tantas— perdían altura, para remontarse a último momento, con aleteos

frenéticos y graznidos furiosos. Un nuevo ruido, que silenció a las gaviotas, evocó en la mente de Álvarez la mezcla final de agua y aire que un sumidero traga. Vio que el mar estaba todavía ahí y advirtió, en insólito movimiento en la superficie, los borbotones del comienzo del hervor. Le pareció después que la causa de toda esa agitación acuática debía de ser un cuerpo extremadamente largo, que en movimientos y planos desparejos emergía desde quién sabe qué abismos. Con menos temor que interés dedujo: “Una serpiente marina”. Bajo el misterioso cuerpo pulularon seres cuya actividad recordaba a los diligentes operarios que entre un número y otro levantan la red y la jaula en la pista del circo. La tendencia de tal actividad era hacia adelante, hacia tierra; un movimiento único, de abajo arriba, la terminó. En la quietud inmediata Álvarez vio un arco; luego descubrió que era la boca de un largo túnel que se hundía en la profundidad del océano; en esa boca, a la oscuridad sucedieron colores, que se ordenaron para componer una comitiva. El conjunto lentamente se adelantaba hacia él, con pompa y determinación. Marchaba al frente un sujeto corpulento, de exótico aspecto rumboso un rey en quien la tiniebla verdosa de rostro y manos diríase encuadrada enfáticamente por los estrepitosos colores del atavío. Era Neptuno. Las fiestas rituales, las grandes carreras de caballos, ahora se desataban en la playa. Congraciadamente, Álvarez elogió el espectáculo. El rey respondió con tristeza.

—Es el último.

Importaban las tres palabras proferidas por Neptuno una revelación: había llegado el fin del mundo. Cuando lo rozó un desbocado caballo negro, gritando despertó.

Abrió los ojos junto a una superficie oscura, reluciente como caballo sudado, de mayor volumen, e instintiva-

mente se apartó. La mirada abarcó un pez. Absorto, reprimió como pudo el miedo, el asco, y se dijo en tono de broma: “Que esto me pase a mí, tan luego.” Con estertores la monstruosa mole moría.

Álvarez había despertado a una pesadilla verdadera, pues desde los acantilados hasta el mar colmaban la bahía enormes peces enfermos o muertos. Olían a barro, también a podredumbre. Huir cuanto antes fue su único anhelo. Se incorporó, sinuosamente sorteó los monstruos, escaló el sendero por donde un rato antes había bajado. En plena confusión y temor, formuló una opinión concreta: “Más que pez por su aspecto éste es cetáceo.” Ya en lo alto, desde una saliente, descubrió que en todas las playas —en algunos sectores alcanzaban ahora proporciones nunca vistas, de kilómetros tal vez, antes de llegar al mar— el tendal de cetáceos gordos, de enormes peces, de no pocos pececillos, infinitamente se repetía y se extendía.

Miró en rumbo opuesto, tierra adentro. El aire estaba turbio de pájaros. En la ofuscación de su mente los identificó por un segundo con las gaviotas de allá abajo, ennegrecidas quién sabe cómo. Eran cuervos, atraídos por la hecatombe de la playa.

Emprendió con paso rápido el regreso, porque lo dominaba la incongruente convicción de que en la hora del fin del mundo se hallaría más protegido en la hostería que en la intemperie. Ante el peligro quiso volver a casa, y ya se sabe que el viajero confiere sin demora el carácter de tal a cualquier cuarto de hotel, como en cualquier hombre ve a un padre el huérfano. Junto al *bungalow* oyó una música de iglesia, que le recordó una noche en que llegó, muchos años atrás, a un pueblito de las sierras de Córdoba, en cuya desmoronada capilla, nítida a la luz de la luna, cantaban la misa coros de chicos. Tan



lejano como ese recuerdo le pareció de pronto el mismo día de ayer, en que aún ignoraba la irrevocable inminencia del fin de todo.

De rodillas en el comedor las mujeres le rezaban al aparato de radio, que transmitía el *Requiem* de Mozart. “Lo que me faltaba —dijo para sí, Álvarez—. Como si no tuviera bastante miedo. Ah, no —corrigió— *la* que faltaba es ésta.” En efecto, Blanquita salió de la cabina del teléfono, entró en puntas de pie en el comedor, se arrodilló. Hilda se recogió el flequillo y con una mirada significativa buscó los ojos de Álvarez.

Concluida la misa, la patrona se incorporó, empezó a mandar.

—Hilda, la comida. La vida sigue, chica.

Álvarez, comentó:

—Hum.

—El buque se hunde, pero el capitán se mantiene en el puente —observó el viejo Lynch.

—Si me permite, señor Álvarez, lo pongo al tanto —propuso Campolongo—. El gobierno se arrancó la máscara. Las radios informan sin tapujos, aunque alternando misas y consejos paternales, fuera de lugar.

—¿Por qué fuera de lugar? —protestó Lynch—. No hay que perder la compostura.

Álvarez, que no quería contradecirlo ante Campolongo, le susurró al viejo:

—¿Compostura? La palabra resulta irónica, mi amigo. Sospecho que la máquina entera se nos descompone.

—No lo dude —respondió Lynch.

—Parece que el mar se pudre —declaró Blanquita—. Tanta agua abombada debe de ser de lo más malsano. No me creerán, pero a mí el agua abombada me da no sé qué.

—Qué porquería —exclamó la de Bianchi Vionnet.

—Es un fenómeno generalizado —puntualizó Martín—. ¿No oyeron el telegrama de Niza? En toda la costa de Europa...

Dolido, Campolongo argumentó:

—Deje en paz a Niza y a Europa. La mirada fija en el extranjero es el drama del argentino. ¿Hasta cuándo? Si aquí tenemos de todo, señor Martín, y bien cerca, en Necochea, en Mar del Sur, en Miramar, en Mar del Plata, los grandes caminitos de hormiga del éxodo han comenzado pavorosamente.

—Una tragedia. ¡A mí se me rompe el corazón! —afirmó Blanquita—. La pobre gente carga con lo que puede y engrosa la columna que marcha sin destino. Miren, se me caen las lágrimas.

—Vanidosa, pero compasiva —diagnosticó fríamente el viejo.

—Con tal que una columna sin destino no se nos meta por acá —suspiró gesticulando la de Bianchi Vionnet.

—El sentido general de la marcha —aseguró Martín— es para adentro. En este punto coincide Niza con las estaciones locales.

—Dale con Niza —rezongó Campolongo.

Martín le previno:

—Usted aburre una vez más y lo dejo sin fin del mundo.

—Ahí el matón intuye una verdad, amigo Álvarez —Lynch señaló—. Asistir al espectáculo es un privilegio único, por lo menos para gente como usted y yo.

Involuntariamente contestó Álvarez:

—Hum.

—Lo que pido es quedarme donde estoy —confió la de Bianchi Vionnet—. Me muero si nosotros también formamos nuestra comparsa de gitanos y tomamos la calle.

—¿Para qué? —interrogó la patrona—. El sismo te prende donde vayas.

—Habrá que ver si no se nos vuelve irrespirable el aire de mar —opinó el viejo.

La señora de Bianchi Vionnet lo contradijo:

—A la larga uno se acostumbra a cualquier cosa.

—Mientras el mar se pudre y el agua de la tierra se ha vuelto remedio —declaró la patrona—la clientela del Bucanero Inglés degustará hasta último momento bebidas de calidad y refrescos finos. De regreso a casita no dejen de contarle a sus amistades: no pido propaganda mejor.

Apuntalado por fenómenos cósmicos, el tema del fin del mundo duró todo el almuerzo, pero a la altura del café había perdido actualidad. Madre e hija se toparon en una disputa acre. Analizó Blanquita:

—No te resignas a mi dicha, a mi belleza, a mi juventud.

*Madame* Medor replicó:

—En verdad, eres joven, mi Blancheta, y te queda una larga vida por delante. —Resoplando agregó—: Mientras yo bufe, no te la arruinaré el matasiete.

—Miren —pidió Lynch.

La luz de afuera variaba espectacularmente, como si estallaran en ininterrumpida sucesión de auroras anacrónicas. Mientras los demás miraban por la ventana Martín salió del comedor en puntas de pie, y se encerró en la cabina del teléfono. Con una mano de dedos cortos, Hilda recogió el flequillo y de nuevo buscó los ojos de Álvarez; instantes después ella también salió del comedor.

—Esto se veía venir —aseguró *madame* Medor—. La locura del dinero llegó al colmo. La dueña de La Legua vendió los pinos, le prometo que centenarios, de la calle de entrada. ¡Y qué me cuentan de la política! ¿Saben quién

tiene una vara alta en la casa de gobierno? El loco del pueblo, Palacin, mejor conocido por el Gran Palacin, que hasta ayer pedía limosna en un caballo francamente im- presentable.

—Aduce causas morales. Aquí nadie toma en serio el fin del mundo —lamentó Álvarez.

—Nadie cree en el fin del mundo —confirmó el viejo; tras una pausa preguntó—: ¿En qué piensa?

—En nada —contestó Álvarez.

Mintió; pensaba: “Con gente, quiero estar solo; solo, quiero estar con gente.” Volvió a mentir, dijo:

—Vuelvo en seguida.

Salió del comedor y, ni bien llegó al vestíbulo de entrada, no supo qué hacer. Cuando vio a Hilda se decidió resueltamente por la fuga. La muchacha alcanzó la manija de la puerta antes que él.

—¿Qué pasa? —preguntó Álvarez.

—Escuché la conversación entre Martín y Terranova. Si usted levanta el tubo en el escritorio, oye todo. Esta noche, a las doce, en la fiesta de cumpleaños, *madame* Medor regala el anillo a Blanquita. Al rato, Blanquita escapa de la fiesta y baja a la playa de los acantilados, donde la espera el Terranova. Ella está lo más creída que se va a fugar con su gran amor, pero los matones tienen otro plan: de un tirón le arrancan la esmeralda, le ponen un puntapié, no le digo dónde dijeron, y enderezan para el Gran Buenos Aires, como dos potentados. ¡Pobre Blanquita!

—No he visto chica más vanidosa.

—Es buena. ¿Usted sabe la desilusión que se va a llevar?

—Usted no tiene un pelo de sonsa, pero ¿qué importa una desilusión ahora? Ya nada importa nada. ¿Cuándo les entrará en la cabeza —preguntó, mientras con el re-

vés de la mano tocaba repetidamente la frente de Hilda— que ha llegado el fin del mundo?

—Si nada importa... —protestó interrogativamente la chica.

Álvarez dijo:

—Tan de cerca la veo turbia.

Riendo nerviosamente la esquivó; aprovechó la circunstancia de que la mano de la muchacha había soltado el pomo de la puerta, para empuñarlo, abrir y saltar afuera. Mientras comía pensó: “Por suerte no me faltó coraje.” Con rapidez admirable se encontró a veinte o treinta metros de la casa, en plena intemperie. Ahí lo sosegó otro miedo. “Esto es horrible —dijo—. Qué colores. Todo se ha puesto violeta Y un olor verdaderamente infecto. No sé por qué huyo de Hilda. Para un viejo como yo... ¿Estaré loco?”

En ese momento entrevió una sombra que se movía entre los árboles. Era el cura, escopeta al hombro, con el perro *Tom*.

—Padre —balbuceó Álvarez, un poco ahogado por el olor y la sorpresa—. ¿Usted, en un día como hoy, va de caza?

—¿Por qué no? —preguntó el padre Bellod.

—Lo imaginaba atareado en la extremaunción para medio mundo.

—Todavía no llegó el trance. Cuando llegue, habrá que darla al mundo entero. Para ello un solo cura queda corto. Entonces yo predico que cada cual siga la vida de todos los días. La actividad del hombre (¡en estos momentos no le digo nada!) tiene su lado de plegaria, porque es una prueba de fe en el Creador.

—Predica con el ejemplo y sale de caza.

—No seas pedante, hijo. Siempre el hombre, en plena inocencia, ha matado criaturas.

—¿Es pedantería la compasión?

—No; lo malo es que yo cavé mi propia tumba. Cuando dije: “Hay que seguir como si nada”, olvidé que había citado al Comité pro Obras de la Capilla. No está bien que hoy yo me escape, pero, hijo mío, no tengo salud ni resignación cristiana para entregar mi última tarde a esas fieras. Yo me voy al campo, con mi perro *Tom*, que ha perdido el habla con el susto. No se dirá que lo desamparo.

—¿Y usted cree, padre, que realmente habrá llegado el fin del mundo?

—Es una cosa en la que nadie íntimamente cree; pero tal vez importen menos nuestras creencias que el mar podrido y el agua dulce con olor a azufre.

—¿Olor a Lucifer?

—Hablando en serio, pienso que ustedes están mejor que yo, en materia de líquido, porque la madama se ufana de buena bodega, y mis reservas, todas de *Lacrima Christi*, no irán más allá de tres o cuatro días.

—Las nuestras, cuatro o cinco, seguramente. ¿Eso qué importa, padre?

—La vida del hombre siempre se contó por días.

—No por tan pocos. Ahora uno más quizá nos exponga a asaltos de los que no se resignan a morir. A lo mejor tienen razón. A lo mejor no es el fin del mundo...

—Para cada cual la muerte siempre fue el fin del mundo. Esta vez la hora de preparar el alma llegó para todos. Cuando una repartición tan acreditada como el Observatorio de La Plata lanza la bomba de ese boletín, deja poco lugar a dudas. ¿Lo oyeron ustedes en la radio?

—Me entristece que dentro de pocos días no haya Observatorio, ni La Plata, ni reparticiones públicas.

—Te ríes porque eres valiente. El alma ha de sobrevivir y llegará entonces la hora de echar mano a todo nuestro coraje.

—Hago bromas para distraerme, porque soy cobarde. ¿Le cuento algo que es verdad, que no tiene importancia y que me parece bastante raro? Lo que está pasando en el mundo, continuamente me trae a la memoria versitos olvidados, tan olvidados que si yo fuera capaz de versificar los creería de mi cosecha. Por ejemplo, ahora mismo oigo en la cabeza un sonsonete y estoy diciendo: Amigos, ya veo acercarse la fin.

—Admirable, admirable. Pronóstico que ha de llegar el día en que aquilatarán tus quilates de vate.

—¿Y usted cree que yo digo la fin?

—Una licencia.

—En todo caso, no quiero que me agarre el fin o la fin, sin haberle preguntado al viejo de quién son estos versos. Pero tengo tan mala memoria.

—Y yo me pregunto si *Tom* y yo cobraremos hoy una sola pieza. ¿Como siempre volarán las perdices?

—A lo mejor se animan, si los ven a ustedes dos. Aunque con esta luz, francamente.

Caminaron juntos un breve tramo y se despidieron. Álvarez volvió sus pasos en dirección de la hostería, pues, aunque la tuviera a la vista, temía extraviarla: los cambios de tonalidad en la luz y la penumbra de aquel atardecer transfiguraban los lugares. De pronto resonó cerca un relincho. Alarmado, Álvarez divisó el caballo —testa y orejas levantadas, ojos ariscos, belfo resoplante y abierto— que se aproximaba nerviosamente. Recordó: “De los perros no hay que huir”, y se amonestó: “Hombre de ciudad, ¿quién te manda salir al campo?” Ahora el caballo lo había alcanzado, caminaba a su lado, como si la compañía lo confortara. La caminata duró lo sufi-

cientemente para que Álvarez también se tranquilizara y aun para que se apiadara de su compañero, que se quedaría afuera.

Antes de llegar a la hostería, oyó la *Marcha de los santos*. Estaba la gente en el comedor. Por la ventana vio a Hilda, sobre la mesa, descalza, plumero en mano, atareada en quitar el polvo a las guirnaldas. “Es una chiquilina —se dijo—. No puede ser”, para prestamente agregar: “Y yo, lo primero que veo, la chica.” Martín tocaba el piano, Lynch y la señora de Bianchi Vionnet, sentados como espectadores, conversaban; Blanquita distribuía por la mesa platos, servilletas, panes, y *madame Meador* el torreón del peinado sublime, el dedo con esmeralda activo y relumbrante, daba órdenes. Aliviado de librarse del caballo, entró en la casa; con sigilo subió la crujiente escalera y se metió en su cuarto. Ni bien cerró la puerta —puso llave, sin saber por qué— se enfrentó con la situación. “Debe uno estar solo en su cuarto, para entender las cosas”, reflexionó, mientras un frío le bajaba por la espalda. El pensamiento rápidamente degeneró en imágenes más o menos fortuitas: una esquina de la infancia, con el cupuloso colegio como postre gris o como proa cuyo mascarón innegable era don Benjamín Zorrilla, en busto diminuto; o la gallina de hierro que por monedas ponía huevos confitados en el Pabellón de los Lagos. Para recordarlas ¿no quedará nadie? En ese momento la realidad de la historia se parecía a los sueños de un moribundo, y si le dolía que cesaran con él recuerdos de sus padres, de su casa y quizá totalmente la cara de alguna muchacha (Ercilia Villoldo), la idea de que desaparecieran auténticos bienes de la herencia universal —como la muerte en alta mar de Mariano Moreno o como las promesas del Preámbulo de la Constitución *para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los*



*hombres del mundo*— le resultaba intolerablemente patética. Se echó en la cama, trató de dormir, aunque dormir, desde luego, no era posible. Mientras pensaba esto soñaba con el olor a alucemas de un gran armario oscuro con lunas de espejo. Ese perfume persuasivamente evocador de la cercanía de su madre, le comunicó una seguridad tan completa que se preguntó si no soñaba y, angustiado, despertó. Asimismo tuvo parte en despertarlo una suerte de clamor que atribuyó en el primer momento a algún perro que arañaba una puerta y ululaba lejos en la noche. De repente comprendió que arañazos y ululatos ocurrían en su propia puerta y que parecían lejanos de puro suaves. ¡Hilda temía a la patrona! La chica suplicaba que le abrieran, lloraba y reía sofocadamente, tuteaba, mimaba de palabra, prometía caricias, prorrumpía en besos.

Providencialmente resonó la voz de *madame* Medor: —¡Hilda ¡Pronto! ¡Pícara!

Corrió abajo la chica. Álvarez, naturalmente compasivo, acotó: “Un pobre animalito ahuyentado. Si lo dejan, terco, eso sí.” Consideró también que a él le convenía salir cuanto antes del cuarto, no fueran de nuevo a ponerle sitio. Saltó de la cama recordó la comida para Blanquita, se felicitó por no perder la cabeza, echó mano a la muda nueva, en voz baja repitió la palabra coraje, con temor entreabrió la puerta, precavidamente se asomó, a pasos de tres escalones bajó la escalera (que por poco se derrumba) y ni bien entró en el comedor desembocó en Hilda. Mirándolo de frente, con ojos que habían llorado la chica dijo:

—Tiene un corazón de piedra. ¿Por qué no quiere que le hablen de Blanquita?

—Oh las mujeres —murmuró, para agregar algún lugar común sobre la imposibilidad de entenderlas.

¿De veras Hilda había acudido a su cuarto para interceder por la hija de la patrona? Otro móvil le atribuyó él, tal vez por influjo de sus propios deseos, pero ahora todo aquello era un recuerdo, ¿cómo cotejarlo con las afirmaciones de la muchacha? No estaba seguro de nada, salvo de que Blanquita por tonta y vanidosa no merecía ningún sacrificio. ¿Qué le importaba una desilusión para Blanquita, si en un rato el mundo acabaría con ellos adentro? Todavía si fuera Hilda la amenazada. Pensó: “Para mantener una conducta, para cometer delitos o siquiera para caer en tentaciones, hay que contar con un mínimo de futuro; el universo lo niega, pero esta gente no lo descarta”.

En confirmación de tales reflexiones habló la patrona:

—A usted quiero consultarlo —anunció, con el dedo de la esmeralda en alto y una voz cuando se le escapaba, hombruna—. ¿Qué opina de los planes de ahorro? Aquí tengo el prospecto de una sociedad (¡piratas financieros, no lo dudo!) para las ampliaciones que sueño, el establecimiento termal...

—Yo, en su lugar, me emborracharía —contestó Álvarez.

—¿Me cree tonta? ¿Qué estoy haciendo? —hipó la señora y tras un mohín encantador le dio la espalda.

—Medio alegrones en verdad estamos todos —le explicó la de Bianchi Vionnet—. Pero usted ¿por qué no me quiere? No sea pesado, soy una buena chica y echarse enemigos a la larga embroma.

—La humanidad es incorregible —Álvarez dijo al viejo.

—Incorregible —concedió éste— pero voy a pedirle un favor. ¿Usted oyó hablar de la velocidad de la luz? Yo descubrí lo que todo el mundo sospechaba: que la luz no tiene velocidad. Al diablo con la relatividad, al diablo con Einstein.

—Buen tema para distraernos de las catástrofes —convino Álvarez.

Casi enojado el viejo replicó:

—¿Qué me importan las distracciones? Por favor, grábeselo en esa mente: la luz no tiene velocidad. Al diablo con Einstein. Si muero en el fin del mundo, dícales: Lynch descubrió que la luz no tiene velocidad.

—Tú también —murmuró Álvarez.

—No le escucho —articuló finamente Campolongo.

—No le oigo —corrigió Álvarez y para sí añadió—: Lo que es yo no transijo. Al fin y al cabo siempre supe que moriría solo.

Cuando trajo la fuente de la carbonada, Hilda le susurró al oído:

—Mire la Blanquita confiada. Tenga compasión.

Álvarez preguntó:

—¿Qué puedo hacer? —Agregó irritadamente—: Yo no transijo.

Se explicó a sí mismo que no debía preocuparse por la suerte de Blanquita porque a la vista del fin del mundo la suerte para todos era pareja y lo que entretanto pudiera ocurrir, retrospectivamente perdería significación. “La preocupación —concluyó— no prueba que compadezco a la chica sino que tengo una mente obsesiva: defecto que debo corregir.”

Apuntalada por la mano derecha en un respaldo de silla y por la izquierda en un hombro de Lynch, se incorporó la patrona; luego empuñó concienzudamente una copa, que levantó en alto, y brindó:

—Por mi hija Blancheta.

Entre aplausos corrió la hija al abrazo de la madre.

—¡Por muchos años! —gritó, ya frenético, Lynch.

—Martín, música —*madame* Medor ordenó con dignidad irrefutable.

Por respuesta la señora obtuvo el primer instante de completo silencio. Todos se volvieron al taburete del piano. Martín no lo ocupaba. ¡Sin que lo advirtieran el músico había desaparecido! Significativamente Hilda buscó la mirada de Álvarez.

Campolongo, atento y ágil, puso en funcionamiento el aparato de radio, que atronó con los acordes más fúnebres de la séptima sinfonía de Beethoven. Manteniendo una soberbia rayana en testas coronadas *madame* Meador llevó de su dedo a uno de Blanquita el anillo de la esmeralda.

Campolongo observó:

—De vez en cuando riñen, pero mire cómo se quieren, ¡es humano!

—Grotesco. Pura gente loca —protestó Álvarez.

—No sé. Pobre chica. Me da lástima —reconoció la de Bianchi Vionnet.

—¡Por favor! —argumentó él.

—Yo estoy conmovida.

—Como en el cine. Mientras despreciamos la película, lloramos. Yo no transijo.

—¿Qué tiene que ver el cine? Madre e hija: nada más natural.

—Fíjese —dijo Álvarez en un arranque de orgullo—. Seguramente soy el más cobarde, y ahora descubro que soy el único que tiene valor para mirar las cosas de frente. ¿Usted cree que estoy con ganas de aflojar? De ningún modo. Yo sigo así hasta el fin ¿Qué le parece?

—Que no ha crecido, que es un chico. Nada más deprimente que un hombre alardeando coraje.

Álvarez la miró con detención, tomando tiempo para entender.

—Ah ¿usted es partidaria de la compasión? Una mujer que conocí, una muchacha joven, me pedía siempre que fuera compasivo.

Con instintiva brusquedad replicó la de Bianchi Vionnet:

—Esa niña era una hipócrita. Yo no creo en el sacrificio por el prójimo.

Álvarez respondió suavemente:

—Alguna vez hay que pensar por sí mismo. Yo creo en la compasión. La virtud humana por excelencia.

—¡Malo! —la de Bianchi Vionnet gimió mimosamente—: ¿Por qué te gusta tanto esa niña?

Álvarez no oyó la pregunta, porque seguía con los ojos a Blanquita a través del comedor, del vestíbulo, hasta el cuarto de *toilette*. Se excusó:

—Ya vuelvo.

Se levantó, se dirigió al cuarto de *toilette*, entreabrió la puerta, vio a la chica, peine en mano, ensimismada en el espejo. Sacó la llave, que estaba en la cerradura, del lado de adentro, y casi inaudiblemente murmuró:

—Aunque patalee, con Beethoven no la oyen.

Con suavidad cerró la puerta, echó llave. Al volverse encontró a Hilda.

—Si lo ve al cura —dijo Álvarez, arrimándose a la puerta que daba afuera— le dice que los versos no eran míos. Que hice memoria, que son de un tocayo.

—¿Adónde va? —preguntó la chica, alarmada.

Álvarez empuñó el picaporte y contestó:

—A la playa. A decirles a los rufianes que avisé a la policía y que se larguen de San Jorge.

—Lo van a matar.

—¿Nunca entenderás, Hilda? Nada importa nada.

Álvarez entreabrió la puerta y la chica repitió una pregunta que en otra ocasión había formulado:

—¿Si nada importa...?

—Yo tampoco —respondió Álvarez.

Hilda tendió ansiosamente la mano, pero a él un paso afuera le bastó para ocultarse en esa noche horrible. Otros pasos dio, se creyó perdido, hasta que divisó a lo lejos una luz en vaivén. Orientado, se encaminó hacia allá.

---

## EN MEMORIA DE PAULINA

SIEMPRE quise a Paulina. En uno de mis primeros recuerdos, Paulina y yo estamos ocultos en una oscura glorieta de laureles, en un jardín con dos leones de piedra. Paulina me dijo: Me gusta el azul, me gustan las uvas, me gusta el hielo, me gustan las rosas, me gustan los caballos blancos. Yo comprendí que mi felicidad había empezado, porque en esas preferencias podía identificarme con Paulina. Nos parecimos tan milagrosamente que en un libro sobre la final reunión de las almas en el alma del mundo, mi amiga escribió en el margen: *Las nuestras ya se reunieron*. “Nuestras” en aquel tiempo, significaba la de ella y la mía.

Para explicarme ese parecido argumenté que yo era un apresurado y remoto borrador de Paulina. Recuerdo que anoté en mi cuaderno: *Todo poema es un borrador de la Poesía y en cada cosa hay una prefiguración de Dios*. Pensé también: En lo que me parezca a Paulina estoy a salvo. Veía (y aún hoy veo) la identificación con Paulina como la mejor posibilidad de mi ser, como el refugio en

donde me libraría de mis defectos naturales, de la torpeza, de la negligencia, de la vanidad.

La vida fue una dulce costumbre que nos llevó a esperar, como algo natural y cierto, nuestro futuro matrimonio. Los padres de Paulina, insensibles al prestigio literario prematuramente alcanzado, y perdido, por mí, prometieron dar el consentimiento cuando me doctorara. Muchas veces nosotros imaginábamos un ordenado porvenir, con tiempo suficiente para trabajar, para viajar y para querernos. Lo imaginábamos con tanta vividez que nos persuadíamos de que ya vivíamos juntos.

Hablar de nuestro casamiento no nos inducía a tratarnos como novios. Toda la infancia la pasamos juntos y seguía habiendo entre nosotros una pudorosa amistad de niños. No me atrevía a encarnar el papel de enamorado y a decirle, en tono solemne: Te quiero. Sin embargo, cómo la quería, con qué amor atónito y escrupuloso yo miraba su resplandeciente perfección .

A Paulina le agradaba que yo recibiera amigos. Preparaba todo, atendía a los invitados, y, secretamente, jugaba a ser dueña de casa. Confieso que esas reuniones no me alegraban. La que ofrecimos para que Julio Montero conociera a escritores no fue una excepción.

La víspera, Montero me había visitado por primera vez. Esgrimía, en la ocasión, un copioso manuscrito y el despótico derecho que la obra inédita confiere sobre el tiempo del prójimo. Un rato después de la visita yo había olvidado esa cara hirsuta y casi negra. En lo que se refiere al cuento que me leyó —Montero me había encargado que le dijera con toda sinceridad si el impacto de su amargura resultaba demasiado fuerte—, acaso fuera notable porque revelaba un vago propósito de imitar a escritores positivamente diversos. La idea central era que si una determinada melodía surge de una relación



entre el violín y los movimientos del violinista, de una determinada relación entre movimiento y materia surgía el alma de cada persona. El héroe del cuento fabricaba una máquina para producir almas (una suerte de bastidor, con maderas y piolines). Después el héroe moría. Velaban y enterraban el cadáver; pero él estaba secretamente vivo en el bastidor. Hacia el último párrafo, el bastidor aparecía, junto a un esteroscopio y un trípode con una piedra de galena, en el cuarto donde había muerto una señorita.

Cuando logré apartarlo de los problemas de su argumento, Montero manifestó una extraña ambición por conocer a escritores.

—Vuelva mañana por la tarde —le dije—. Le presentaré a algunos.

Se describió a sí mismo como un salvaje y aceptó la invitación. Quizá movido por el agrado de verlo partir, bajé con él hasta la puerta de calle. Cuando salimos del ascensor, Montero descubrió el jardín que hay en el patio. A veces, en la tenue luz de la tarde, viéndolo a través del portón de vidrio que lo separa del hall, ese diminuto jardín sugiere la misteriosa imagen de un bosque en el fondo de un lago. De noche, proyectores de luz lila y de luz anaranjada lo convierten en un horrible paraíso de caramelo. Montero lo vio de noche.

—Le seré franco —me dijo, resignándose a quitar los ojos del jardín—. De cuanto he visto en la casa esto es lo más interesante.

Al otro día Paulina llegó temprano; a las cinco de la tarde ya tenía todo listo para el recibo. Le mostré una estatuita china, de piedra verde, que yo había comprado esa mañana en un anticuario. Era un caballo salvaje, con las manos en el aire y la crin levantada. El vendedor me aseguró que simbolizaba la pasión.

Paulina puso el caballito en un estante de la biblioteca y exclamó: Es hermoso como la primera pasión de una vida. Cuando le dije que se lo regalaba, impulsivamente me echó los brazos al cuello y me besó.

Tomamos el té en el antecomedor. Le conté que me habían ofrecido una beca para estudiar dos años en Londres. De pronto creímos en un inmediato casamiento, en el viaje, en nuestra vida en Inglaterra (nos parecía tan inmediata como el casamiento). Consideramos pormenores de economía doméstica; las privaciones, casi dulces, a que nos someteríamos; la distribución de horas de estudio, de paseo, de reposo y, tal vez, de trabajo; lo que haría Paulina mientras yo asistiera a los cursos; la ropa y los libros que llevaríamos. Después de un rato de proyectos, admitimos que yo tendría que renunciar a la beca. Faltaba una semana para mis exámenes, pero ya era evidente que los padres de Paulina querían postergar nuestro casamiento.

Empezaron a llegar los invitados. Yo no me sentía feliz. Cuando conversaba con una persona, sólo pensaba en pretextos para dejarla. Proponer un tema que interesara al interlocutor me parecía imposible. Si quería recordar algo, no tenía memoria o la tenía demasiado lejos. Ansioso, fútil, abatido, pasaba de un grupo a otro, deseando que la gente se fuera, que nos quedáramos solos, que llegara el momento, ay, tan breve, de acompañar a Paulina hasta su casa.

Cerca de la ventana, mi novia hablaba con Montero. Cuando la miré, levantó los ojos e inclinó hacia mí su cara perfecta. Sentí que en la ternura de Paulina había un refugio inviolable, en donde estábamos solos. ¡Cómo anhelé decirle que la quería! Tomé la firme resolución de abandonar esa misma noche mi pueril y absurda vergüenza de hablarle de amor. Si ahora pudiera (suspiré) comuni-

carle mi pensamiento. En su mirada palpité una generosa, alegre y sorprendida gratitud.

Paulina me preguntó en qué poema un hombre se aleja tanto de una mujer que no la saluda cuando la encuentra en el cielo. Yo sabía que el poema era de Browning y vagamente recordaba los versos. Pasé el resto de la tarde buscándolos en la edición de Oxford. Si no me dejaban con Paulina, buscar algo para ella era preferible a conversar con otras personas, pero estaba singularmente ofuscado y me pregunté si la imposibilidad de encontrar el poema no entrañaba un presagio. Miré hacia la ventana. Luis Alberto Morgan, el pianista, debió de notar mi ansiedad, porque me dijo:

—Paulina está mostrando la casa a Montero.

Me encogí de hombros, oculté apenas el fastidio y simulé interesarme, de nuevo, en el libro de Browning. Oblicuamente vi a Morgan entrando en mi cuarto. Pensé: Va a llamarla. En seguida reapareció con Paulina y con Montero.

Por fin alguien se fue; después, con despreocupación y lentitud partieron otros. Llegó un momento en que sólo quedamos Paulina, yo y Montero. Entonces, como lo temí, exclamó Paulina:

—Es muy tarde. Me voy.

Montero intervino rápidamente:

—Si me permite, la acompañaré hasta su casa.

—Yo también te acompañaré —respondí.

Le hablé a Paulina, pero miré a Montero. Pretendí que los ojos le comunicaran mi desprecio y mi odio.

Al llegar abajo, advertí que Paulina no tenía el cabaillito chino. Le dije:

—Has olvidado mi regalo.

Subí al departamento y volví con la estatueta. Los encontré apoyados en el portón de vidrio, mirando el jar-

dín. Tomé del brazo a Paulina y no permití que Montero se le acercara por el otro lado. En la conversación prescindí ostensiblemente de Montero.

No se ofendió. Cuando nos despedimos de Paulina, insistió en acompañarme hasta casa. En el trayecto habló de literatura, probablemente con sinceridad y con fervor. Me dije: Él es el literato; yo soy un hombre cansado, frívolamente preocupado con una mujer. Consideré la incongruencia que había entre su vigor físico y su debilidad literaria. Pensé: una caparazón lo protege; no le llega lo que siente el interlocutor. Miré con odio sus ojos despiertos, su bigote hirsuto, su pescuezo fornido.

Aquella semana casi no vi a Paulina. Estudié mucho. Después del último examen, la llamé por teléfono. Me felicitó con una insistencia que no parecía natural y dijo que al fin de la tarde iría a casa.

Dormí la siesta, me bañé lentamente y esperé a Paulina hojeando un libro sobre los *Faustos* de Müller y de Lessing.

Al verla, exclamé:

—Estás cambiada.

—Si —respondió—. ¡Cómo nos conocemos! No necesito hablar para que sepas lo que siento.

Nos miramos en los ojos, en un éxtasis de beatitud.

—Gracias —contesté.

Nada me conmovía tanto como la admisión, por parte de Paulina, de la entrañable conformidad de nuestras almas. Confiadamente me abandoné a ese halago. No sé cuándo me pregunté (incrédulamente) si las palabras de Paulina ocultarían otro sentido. Antes de que yo considerara esta posibilidad, Paulina emprendió una confusa explicación. Oí de pronto:

—Esa primera tarde ya estábamos perdidamente enamorados.

Me pregunté quiénes estaban enamorados. Paulina continuó.

—Es muy celoso. No se opone a nuestra amistad, pero le juré que, por un tiempo, no te vería.

Yo esperaba, aún, la imposible aclaración que me tranquilizara. No sabía si Paulina hablaba en broma o en serio. No sabía qué expresión había en mi rostro. No sabía lo desgarradora que era mi congoja. Paulina agregó:

—Me voy. Julio está esperándome. No subió para no molestarnos.

—¿Quién? —pregunté.

En seguida temí —como si nada hubiera ocurrido— que Paulina descubriera que yo era un impostor y que nuestras almas no estaban tan juntas.

Paulina contestó con naturalidad:

—Julio Montero.

La respuesta no podía sorprenderme; sin embargo, en aquella tarde horrible, nada me conmovió tanto como esas dos palabras. Por primera vez me sentí lejos de Paulina. Casi con desprecio le pregunté:

—¿Van a casarse?

No recuerdo qué me contestó. Creo que me invitó a su casamiento.

Después me encontré solo. Todo era absurdo. No había una persona más incompatible con Paulina (y conmigo) que Montero. ¿O me equivocaba? Si Paulina quería a ese hombre, tal vez nunca se había parecido a mí. Una abjuración no me bastó; descubrí que muchas veces yo había entrevisto la espantosa verdad.

Estaba muy triste, pero no creo que sintiera celos. Me acosté en la cama, boca abajo. Al estirar una mano, encontré el libro que había leído un rato antes. Lo arrojé lejos de mí, con asco.

Salí a caminar. En una esquina miré una calesita. Me parecía imposible seguir viviendo esa tarde.

Durante años la recordé y como prefería los dolorosos momentos de la ruptura (porque los había pasado con Paulina) a la ulterior soledad, los recorría y los examinaba minuciosamente y volvía a vivirlos. En esta angustiada cavilación creía descubrir nuevas interpretaciones para los hechos. Así, por ejemplo, en la voz de Paulina declarándome el nombre de su amado, sorprendí una ternura que, al principio, me emocionó. Pensé que la muchacha me tenía lástima y me conmovió su bondad como antes me conmovía su amor. Luego, recapacitando, deduje que esa ternura no era para mí sino para el nombre pronunciado.

Acepté la beca, y, silenciosamente, me ocupé en los preparativos del viaje. Sin embargo, la noticia trascendió. En la última tarde me visitó Paulina.

Me sentía alejado de ella, pero cuando la vi me enamoré de nuevo. Sin que Paulina lo dijera, comprendí que su aparición era furtiva. La tomé de las manos, trémulo de agradecimiento. Paulina exclamó:

—Siempre te querré. De algún modo, siempre te querré más que a nadie.

Tal vez creyó que había cometido una traición. Sabía que yo no dudaba de su lealtad hacia Montero, pero como disgustada por haber pronunciado palabras que entrañarían —si no para mí, para un testigo imaginario— una intención desleal, agregó rápidamente:

—Es claro, lo que siento por ti no cuenta. Estoy enamorada de Julio.

Todo lo demás, dijo, no tenía importancia. El pasado era una región desierta en que ella había esperado a Montero. De nuestro amor, o amistad, no se acordó.

Después hablamos poco. Yo estaba muy resentido y fingí tener prisa. La acompañé en el ascensor. Al abrir la puerta retumbó, inmediata, la lluvia.

—Buscaré un taxímetro —dije.

Con una súbita emoción en la voz, Paulina me gritó:

—Adiós, querido.

Cruzó, corriendo, la calle y desapareció a lo lejos. Me volví, tristemente. Al levantar los ojos vi a un hombre agazapado en el jardín. El hombre se incorporó y apoyó las manos y la cara contra el portón de vidrio. Era Montero.

Rayos de luz lila y de luz anaranjada se cruzaban sobre un fondo verde, con boscajes oscuros. La cara de Montero, apretada contra el vidrio mojado, parecía blanquecina y deforme.

Pensé en acuarios, en peces en acuarios. Luego, con frívola amargura, me dije que la cara de Montero sugería otros monstruos: los peces deformados por la presión del agua, que habitan el fondo del mar.

Al otro día, a la mañana, me embarqué. Durante el viaje, casi no salí del camarote. Escribí y estudié mucho.

Quería olvidar a Paulina. En mis dos años de Inglaterra evité cuanto pudiera recordármela: desde los encuentros con argentinos hasta los pocos telegramas de Buenos Aires que publicaban los diarios. Es verdad que se me aparecía en el sueño, con una vividez tan persuasiva y tan real, que me pregunté si mi alma no contrarrestaba de noche las privaciones que yo le imponía en la vigilia. Eludí obstinadamente su recuerdo. Hacia el fin del primer año, logré excluirla de mis noches, y, casi, olvidarla.

La tarde que llegué de Europa volví a pensar en Paulina. Con aprehensión me dije que tal vez en casa los recuerdos fueran demasiado vivos. Cuando entré en mi

cuarto sentí alguna emoción y me detuve respetuosamente, conmemorando el pasado y los extremos de alegría y de congoja que yo había conocido. Entonces tuve una revelación vergonzosa. No me conmovían secretos monumentos de nuestro amor, repentinamente manifestados en lo más íntimo de la memoria; me conmovía la enfática luz que entraba por la ventana, la luz de Buenos Aires.

A eso de las cuatro fui hasta la esquina y compré un kilo de café. En la panadería, el patrón me reconoció, me saludó con estruendosa cordialidad y me informó que desde hacía mucho tiempo —seis meses por lo menos— yo no lo honraba con mis compras. Después de estas amabilidades le pedí, tímido y resignado, medio kilo de pan. Me preguntó, como siempre:

—¿Tostado o blanco?

Le contesté, como siempre:

—Blanco.

Volví a casa. Era un día claro como un cristal y muy frío.

Mientras preparaba el café pensé en Paulina. Hacia el fin de la tarde solíamos tomar una taza de café negro.

Como en un sueño pasé de una afable y ecuánime indiferencia a la emoción, a la locura, que me produjo la aparición de Paulina. Al verla caí de rodillas, hundí la cara entre sus manos y lloré por primera vez todo el dolor de haberla perdido.

Su llegada ocurrió así: tres golpes resonaron en la puerta; me pregunté quién sería el intruso; pensé que por su culpa se enfriaría el café; abrí, distraídamente.

Luego —ignoro si el tiempo transcurrido fue muy largo o muy breve— Paulina me ordenó que la siguiera. Comprendí que ella estaba corrigiendo, con la persuasión de los hechos, los antiguos errores de nuestra conducta. Me



parece (pero además de recaer en los mismos errores, soy infiel a esa tarde) que los corrigió con excesiva determinación. Cuando me pidió que la tomara de la mano (“¡La mano!”, me dijo. “¡Ahora!”) me abandoné a la dicha. Nos miramos en los ojos y, como dos ríos confluentes, nuestras almas también se unieron. Afuera, sobre el techo, contra las paredes, llovía. Interpreté esa lluvia —que era el mundo entero surgiendo, nuevamente— como una pánica expansión de nuestro amor.

La emoción no me impidió, sin embargo, descubrir que Montero había contaminado la conversación de Paulina. Por momentos, cuando ella hablaba, yo tenía la ingrata impresión de oír a mi rival. Reconocí la característica pesadez de las frases; reconocí las ingenuas y trabajosas tentativas de encontrar el término exacto; reconocí, todavía apuntando vergonzosamente, la inconfundible vulgaridad.

Con un esfuerzo pude sobreponerme. Miré el rostro, la sonrisa, los ojos. Ahí estaba Paulina, intrínseca y perfecta. Ahí no me la habían cambiado.

Entonces, mientras la contemplaba en la mercurial penumbra del espejo, rodeada por el marco de guirnaldas, de coronas y de ángeles negros, me pareció distinta. Fue como si descubriera otra versión de Paulina; como si la viera de un modo nuevo. Di gracias por la separación, que me había interrumpido el hábito de verla, pero que me la devolvía más hermosa.

Paulina dijo:

—Me voy. Julio me espera.

Advertí en su voz una extraña mezcla de menosprecio y de angustia, que me desconcertó. Pensé melancólicamente: Paulina, en otros tiempos, no hubiera traicionado a nadie. Cuando levanté la mirada, se había ido.

Tras un momento de vacilación la llamé. Volví a llamarla, bajé a la entrada, corrí por la calle. No la encontré. De vuelta, sentí frío. Me dije: “Ha refrescado. Fue un simple chaparrón”. La calle estaba seca.

Cuando llegué a casa vi que eran las nueve. No tenía ganas de salir a comer; la posibilidad de encontrarme con algún conocido, me acobardaba. Preparé un poco de café. Tomé dos o tres tazas y mordí la punta de un pan.

No sabía siquiera cuándo volveríamos a vernos. Quería hablar con Paulina. Quería pedirle que me aclarara unas dudas (unas dudas que me atormentaban y que ella aclararía sin dificultad). De pronto, mi ingratitud me asustó. El destino me deparaba toda la dicha y yo no estaba contento. Esa tarde era la culminación de nuestras vidas. Paulina lo había comprendido así. Yo mismo lo había comprendido. Por eso casi no hablamos. (Hablar, hacer preguntas hubiera sido, en cierto modo, diferenciar-nos.)

Me parecía imposible tener que esperar hasta el día siguiente para ver a Paulina. Con premioso alivio determiné que iría esa misma noche a casa de Montero. Desistí muy pronto; sin hablar antes con Paulina, no podía visitarlos. Resolví buscar a un amigo —Luis Alberto Morgan me pareció el más indicado— y pedirle que me contara cuanto supiera de la vida de Paulina durante mi ausencia.

Luego pensé que lo mejor era acostarme y dormir. Descansado, vería todo con más comprensión. Por otra parte, no estaba dispuesto a que me hablaran frívolamente de Paulina. Al entrar en la cama tuve la impresión de entrar en un cepo (recordé, tal vez, noches de insomnio, en que uno se queda en la cama para no reconocer que está desvelado). Apagué la luz.

No cavilaría más sobre la conducta de Paulina. Sabía demasiado poco para comprender la situación. Ya que no podía hacer un vacío en la mente y dejar de pensar, me refugiaba en el recuerdo de esa tarde.

Seguiría queriendo el rostro de Paulina aun si encontraba en sus actos algo extraño y hostil que me alejaba de ella. El rostro era el de siempre, el puro y maravilloso que me había querido antes de la abominable aparición de Montero. Me dije: Hay una fidelidad en las caras, que las almas quizá no comparten.

¿O todo era un engaño? ¿Yo estaba enamorado de una ciega proyección de mis preferencias y repulsiones? ¿Nunca había conocido a Paulina?

Elegí una imagen de esa tarde —Paulina ante la oscura y tersa profundidad del espejo— y procuré evocarla. Cuando la entreví, tuve una revelación instantánea: dudaba porque me olvidaba de Paulina. Quise consagrarme a la contemplación de su imagen. La fantasía y la memoria son facultades caprichosas: evocaba el pelo despeinado, un pliegue del vestido, la vaga penumbra circundante, pero mi amada se desvanecía.

Muchas imágenes, animadas de inevitable energía, pasaban ante mis ojos cerrados. De pronto hice un descubrimiento. Como en el borde oscuro de un abismo, en un ángulo del espejo, a la derecha de Paulina, apareció el caballito de piedra verde.

La visión, cuando se produjo, no me extrañó; sólo después de unos minutos recordé que la estatuita no estaba en casa. Yo se la había regalado a Paulina hacía dos años.

Me dije que se trataba de una superposición de recuerdos anacrónicos (el más antiguo, del caballito; el más reciente, de Paulina). La cuestión quedaba dilucidada, yo estaba tranquilo y debía dormirme. Formulé entonces una reflexión vergonzosa y, a la luz de lo que averi-

guaría después, patética. “Si no me duermo pronto”, pensé, “mañana estaré demacrado y no le gustaré a Paulina”.

Al rato advertí que mi recuerdo de la estatuita en el espejo del dormitorio no era justificable. Nunca la puse en el dormitorio. En casa, la vi únicamente en el otro cuarto (en el estante o en manos de Paulina o en las mías).

Aterrado, quise mirar de nuevo esos recuerdos. El espejo reapareció, rodeado de ángeles y de guirnaldas de madera, con Paulina en el centro y el caballito a la derecha. Yo no estaba seguro de que reflejara la habitación. Tal vez la reflejaba, pero de un modo vago y sumario. En cambio el caballito se encabritaba nítidamente en el estante de la biblioteca. La biblioteca abarcaba todo el fondo y en la oscuridad lateral rondaba un nuevo personaje, que no reconocí en el primer momento. Luego, con escaso interés, noté que ese personaje era yo.

Vi el rostro de Paulina, lo vi entero (no por partes), como proyectado hasta mí por la extrema intensidad de su hermosura y de su tristeza. Desperté llorando.

No sé desde cuándo dormía. Sé que el sueño no fue inventivo. Continuó, insensiblemente, mis imaginaciones y reprodujo con fidelidad las escenas de la tarde.

Miré el reloj. Eran las cinco. Me levantaría temprano y, aun a riesgo de enojar a Paulina, iría a su casa. Esta resolución no mitigó mi angustia.

Me levanté a las siete y media, tomé un largo baño y me vestí despacio.

Ignoraba dónde vivía Paulina. El portero me prestó la guía de teléfonos y la Guía Verde. Ninguna registraba la dirección de Montero. Busqué el nombre de Paulina; tampoco figuraba. Comprobé, asimismo, que en la antigua casa de Montero vivía otra persona. Pensé preguntar la dirección a los padres de Paulina.

No los veía desde hacía mucho tiempo (cuando me enteré del amor de Paulina por Montero, interrumpí el trato con ellos). Ahora, para disculparme, tendría que historiar mis penas. Me faltó el ánimo.

Decidí hablar con Luis Alberto Morgan. Antes de las once no podía presentarme en su casa. Vagué por las calles, sin ver nada, o atendiendo con momentánea aplicación a la forma de una moldura en una pared o al sentido de una palabra oída al azar. Recuerdo que en la plaza Independencia una mujer, con los zapatos en una mano y un libro en la otra, se paseaba descalza por el pasto húmedo.

Morgan me recibió en la cama, abocado a un enorme tazón, que sostenía con ambas manos. Entreví un líquido blancuzco y, flotando, algún pedazo de pan.

—¿Dónde vive Montero? —le pregunté.

Ya había tomado toda la leche. Ahora sacaba del fondo de la taza los pedazos de pan.

—Montero está preso —contestó.

No pude ocultar mi asombro. Morgan continuó:

—¿Cómo? ¿Lo ignoras?

Imaginó, sin duda, que yo ignoraba solamente ese detalle, pero, por gusto de hablar, refirió todo lo ocurrido. Creí perder el conocimiento: caer en un repentino precipicio; ahí también llegaba la voz ceremoniosa, implacable y nítida, que relataba hechos incomprensibles con la monstruosa y persuasiva convicción de que eran familiares.

Morgan me comunicó lo siguiente: Sospechando que Paulina me visitaría, Montero se ocultó en el jardín de casa. La vio salir, la siguió; la interpeló en la calle. Cuando se juntaron curiosos, la subió a un automóvil de alquiler. Anduvieron toda la noche por la Costanera y por los lagos y, a la madrugada, en un hotel del Tigre, la mató

de un balazo. Esto no había ocurrido la noche anterior a esa mañana; había ocurrido la noche anterior a mi viaje a Europa; había ocurrido hacía dos años.

En los momentos más terribles de la vida solemos caer en una suerte de irresponsabilidad protectora y en vez de pensar en lo que nos ocurre dirigimos la atención a trivialidades. En ese momento yo le pregunté a Morgan:

—¿Te acuerdas de la última reunión, en casa, antes de mi viaje?

Morgan se acordaba. Continué:

—Cuando notaste que yo estaba preocupado y fuiste a mi dormitorio a buscar a Paulina, ¿qué hacía Montero?

—Nada —contestó Morgan, con cierta vivacidad—. Nada. Sin embargo, ahora lo recuerdo: se miraba en el espejo.

Volvía a casa. Me crucé, en la entrada, con el portero. Afectando indiferencia, le pregunté:

—¿Sabe que murió la señorita Paulina?

—¿Cómo no voy a saberlo? —respondió—. Todos los diarios hablaron del asesinato y yo acabé declarando en la policía.

El hombre me miró inquisitivamente.

—¿Le ocurre algo? —dijo, acercándose mucho—. ¿Quiere que lo acompañe?

Le di las gracias y me escapé hacia arriba. Tengo un vago recuerdo de haber forcejeado con una llave; de haber recogido unas cartas, del otro lado de la puerta; de estar con los ojos cerrados, tendido boca abajo, en la cama.

Después me encontré frente al espejo, pensando: “Lo cierto es que Paulina me visitó anoche. Murió sabiendo que el matrimonio con Montero había sido un equivocación —una equivocación atroz— y que nosotros éramos la verdad. Volvió desde la muerte, para completar su destino, nuestro destino”. Recordé una frase que Paulina es-

cribió, hace años, en un libro: *Nuestras almas ya se reunieron*. Seguí pensando: “Anoche, por fin. En el momento en que la tomé de la mano”. Luego me dije: “Soy indigno de ella: he dudado, he sentido celos. Para quererme vino desde la muerte”.

Paulina me había perdonado. Nunca nos habíamos querido tanto. Nunca estuvimos tan cerca.

Yo me debatía en esta embriaguez de amor, victoriosa y triste cuando me pregunté —mejor dicho, cuando mi cerebro, llevado por el simple hábito de proponer alternativas, se preguntó— si no habría otra explicación para la visita de anoche. Entonces, como una fulminación, me alcanzó la verdad.

Quisiera descubrir ahora que me equivoco de nuevo. Por desgracia, como siempre ocurre cuando surge la verdad, mi horrible explicación aclara los hechos que parecían misteriosos. Éstos, por su parte, la confirman.

Nuestro pobre amor no arrancó de la tumba a Paulina. No hubo fantasma de Paulina. Yo abracé un monstruoso fantasma de los celos de mi rival.

La clave de lo ocurrido está oculta en la visita que me hizo Paulina en la víspera de mi viaje. Montero la siguió y la esperó en el jardín. La riñó toda la noche y, porque no creyó en sus explicaciones —¿cómo ese hombre entendería la pureza de Paulina?— la mató a la madrugada.

Lo imaginé en su cárcel, cavilando sobre esa visita, representándosela con la cruel obstinación de los celos.

La imagen que entró en casa, lo que después ocurrió allí, fue un a proyección de la horrenda fantasía de Montero. No lo descubrí entonces, porque estaba tan conmovido y tan feliz, que sólo tenía voluntad para obedecer a Paulina. Sin embargo, los indicios no faltaron. Por ejemplo, la lluvia. Durante la visita de la verdadera Paulina

—en la víspera de mi viaje— no oí la lluvia. Montero, que estaba en el jardín, la sintió directamente sobre su cuerpo. Al imaginarnos, creyó que la habíamos oído. Por eso anoche oí llover. Después me encontré con que la calle estaba seca.

Otro indicio es la estatuita. Un solo día la tuve en casa: el día del recibo. Para Montero quedó como un símbolo del lugar. Por eso apareció anoche.

No me reconocí en el espejo, porque Montero no me imaginó claramente. Tampoco imaginó con precisión el dormitorio. Ni siquiera conoció Paulina. La imagen proyectada por Montero se condujo de un modo que no es propio de Paulina. Además, hablaba como él.

Urdir esta fantasía es el tormento de Montero. El mío es más real. Es la convicción de que Paulina no volvió porque estuviera desengañada de su amor. Es la convicción de que nunca fui su amor. Es la convicción de que Montero no ignoraba aspectos de su vida que sólo he conocido indirectamente. Es la convicción de que al tomarla de la mano —en el supuesto momento de la reunión de nuestras almas— obedecí a un ruego de Paulina que ella nunca me dirigió y que mi rival oyó muchas veces.



---

## LA SALVACIÓN

ÉSTA es una historia de tiempos y de reinos pretéritos. El escultor paseaba con el tirano por los jardines del palacio. Más allá del laberinto para los extranjeros ilustres, en el extremo de la alameda de los filósofos decapitados, el escultor presentó su última obra: una náyade que era una fuente. Mientras abundaba en explicaciones técnicas y disfrutaba de la embriaguez del triunfo, el artista advirtió en el hermoso rostro de su protector una sombra amenazadora. Comprendió la causa. “¿Cómo un ser tan ínfimo” —sin duda estaba pensando el tirano— “es capaz de lo que yo, pastor de pueblos, soy incapaz?” Entonces un pájaro, que bebía en la fuente, huyó alborozado por el aire y el escultor discurrió la idea que lo salvaría. “Por humildes que sean” —dijo indicando al pájaro— “hay que reconocer que vuelan mejor que nosotros”.

---

## LA SIERVA AJENA

EN ALGUNA parte leí que un apretado tejido de infortunios labra la historia de los hombres, desde la primera auro-  
ra pero a mí me agrada suponer que hubo períodos tran-  
quilos y que por un inapelable golpe de azar me toca vi-  
vir el momento, confuso y épico de la culminación. Di-  
rán, tal vez, que éste es el clamor, nada filosófico, de un  
sujeto oscuro y apocado; yo replicaría que, justamente,  
porque soy un sujeto oscuro y apocado, es curioso, aun  
significativo, que pueda testimoniar sobre más de un he-  
cho tremendo. Sirva de prueba: yo he visto, con mis pro-  
pios ojos, el fin, el derrumbe, la aniquilación de una gran  
dama. Como siempre ocurre (por mucho que aguce cada  
cual la facultad de prever), inesperadamente, actores y  
espectadores, nos encontramos en medio de la tragedia.

Según mi experiencia, lo que pasa, pasa en las reunio-  
nes. El escenario de aquella reunión era la sala de la re-  
ferida gran dama, Tatá Laserna, no menos inolvidable  
porque hoy muy pocos la recuerdan. No describiré a Tatá  
como una señora obesa, pero tampoco afirmaré que era  
alta. Eso sí, tenía —para emplear una frase que hoy tal

vez parezca audaz, pero que entonces andaba de boca en boca, porque la había acuñado un hombre valioso y querido, un maestro de la juventud, un crítico de arte, una pluma de primera— tenía, repito, *sentido de color*. Gordada, baja, abundantemente maquillada, envuelta en hermosas telas que reproducían, íntegra, la paleta del artista o el mismo espectro luminoso, dando gritos cortos, jadeante, festiva, seguida del joven de turno; ¡qué alejada estaba la pobre —como todos nosotros, por demás— de la inminente catástrofe!

—Parece una gallina de lienzo, una gallina seguida por el pollo único —exclamó Keller.

Pensé: Nada de eso. Corregí:

—Una gallina fabricada con multitud de pequeños trapos, cada uno de color distinto. En cuanto a lo de “pollo único”, ¡cómo no!

Escribo para gente culta, *non recito cuiquam nisi amicis*; creo, pues, que no turbo la clara memoria de una matrona si lo confieso: Tatá era —repitiendo otra frase del mismo crítico de arte— un ojo alegre. M. Vallet (autor de *Le chic a cheval*) comentó:

—¿Cómo conseguirá la vieja tanto mozalbete?

—Ha de tener sus rebusques —opinó una de mis primas.

Las mujeres, las castas y las otras, movidas por una suerte de envidia profesional, propia de cortesanas, pero también por una ingenuidad incurable, imaginan que en la alcoba las posibilidades son infinitas. Las tomaría uno por devotas de los desacreditados recetarios indios.

—Tiene plata —dictaminó M. Vallet.

He aquí otro error. El único encanto de la gente rica no es la plata; no hay que olvidar lo que yo denomino factores imponderables. Todos recordarán un caso reciente: el de la muchacha que se comprometió, ante la irrita-

da desaprobación de nuestro medio, con el más horrible de los industriales. Conozco a la muchacha, sé que es imaginativa y poética, estoy seguro de que ha soñado con príncipes. Los príncipes, hoy en día, son los industriales; sus castillos, las altas chimeneas de las fábricas.

Departíamos, pues, apacible y frívolamente, cuando cayó la fulminación. La trajo, como un ángel que lleva una espada, el explorador belga Jean Wauteurs. El viajero (vivíamos aún en el Buenos Aires, acaso aldeano, que percibía a los viajeros) había bajado del país de los jíbaros, de un rincón de la selva tenebrosa que ocupa la mayor parte del continente, a nuestra ciudad, con el consabido propósito de pronunciar conferencias (vivíamos aún en la época en que extranjeros y conferencias formaban un todo inevitable). Tatá, que no perdonaba personaje, nos había invitado para que lo conociéramos. Tocándome con el codo, mi prima murmuró:

—Ése es Wauteurs.

Vi a un hombre pálido, de ojos prominentes, que extraía de algún bolsillo un envoltorio de papel blanco; lo abrió y mostraba un objeto oscuro. Como impelido por un movimiento reflejo, me levanté de la confortable *bergère*, me aproximé cuanto pude, examiné, entre las cabezas de ese corrillo de curiosos, el objeto que el belga, con una reverencia torpe, ofrecía a Tatá: una cabeza humana, con su piel, pelo, sus ojos, sus dientes, perfectamente; es decir horriblemente momificada y reducida por los indios; una cabeza del tamaño de un puño. Tatá abrió la boca y después de un rato exclamó con voz ahogada:

—¡Celestín!

Aquel grito de dolor, que le brotaba del pecho, era demasiado genuino para que lo confundiéramos con una elegía por el amante innoblemente ultrajado; todos aun los más insensibles, comprendimos en el acto que se tra-

taba del estertor de una verdadera señora que concurre al hundimiento de la propia reputación, escarnecida, hollada cruelmente, por un trance grotesco.

Es verdad que nadie, en su entero juicio, podría concebir el buen nombre de Tatá arrastrado por los caprichos de un solo varón; pero también es verdad que las mujeres, como lo observa Walter Pater citado por Moore, aun las triunfales y luminosas, tienen algo de satélite. La luna, tenue y perentoria, brilla por la luz de un sol que no vemos; de igual modo, la considerable Tatá conquistó su lugar de privilegio, se afirmó en él, porque la fama la ha vinculado a un hombre extraordinario, Celestín Bordenave, el sabio, el don Juan, el explorador, el clubman, que ha paseado su prestigio por las comarcas más extrañas del globo. El amor de estos dos titanes —un asunto bastante sórdido, por otra parte— ocurrió por el año treinta, pero el renombre de Tatá no declinó con el tiempo; por el contrario, se diría que reverdeció y aumentó al influjo de cada una de las aventuras del lejano Bordenave. Hace poco —pero los días vuelan y quizá pasaron años— lo vimos partir, en un noticiero Pathé, acusado de periodistas, de fotógrafos y de señoritas con álbum, a la región de los jíbaros. También lo vi en una ilustración en colores: era un apuesto hombre de un metro ochenta, en quien la blancura de la ondeada cabellera, en violento contraste con el rojo, un poco feroz, de la piel, enfatizaba, por así decirlo, la vitalidad. Ahora regresaba, portado por un colega belga, limitado a una cabeza desprovista de cuerpo, momificada, reducida al tamaño de un puño. Tatá se desplomó. La retiraron a cámaras privadas. Ojalá que haya perdido el conocimiento antes de que resonaran mi grito de “¡Vergüenza!” y la risita del mozalbete de turno, risita particularmente aleve si consideramos que el individuo había ensayado los primeros

picotazos (hablo por metáforas) en la blanca mano de nuestra amiga.

La falta de sensibilidad me aterra. ¿Saben cuáles fueron las palabras de Keller, cuando retiraron a la vieja y restablecieron, siquiera en parte, el orden? Tranquilamente preguntó a Wauteurs:

—Los jíbaros ¿matan siempre a la víctima?

—Claro que sí —contestó el belga.

—Pues me consta que los pigmeos del África —afirmó Keller, que es uno de tantos derrotistas, que no creen en América y se embelesan con todo lo que viene de afuera— logran reducciones sobre el cuerpo entero y, lo que es fundamental, no matan.

Muy pronto empezó a contarnos la historia de Rafael Urbina. Un pariente pobre, hablando en voz baja y estrujando un pañuelo con ademanes aparatosos, nos rogó que disculpáramos a Tatá. Entendimos que nos echaban. Partimos al *Tropezón*, a comer un puchero tibio, mientras Keller hablaba prolijamente. He aquí en lo esencial, la terrible historia que nos refirió:

—No faltan ejemplos —dijo— de hombres que obedecieron a una vocación profunda, a un destino indudable, pero que en algún momento de la juventud enderezaron por caminos incongruentes. ¿Quién imagina a Keats como boticario, a Maupassant como empleado de ministerio, a Urbina como escribano?

—Yo ni siquiera imaginé que Urbina hubiera necesitado nunca ganarse la vida —respondí.

Keller continuó:

—La plata (la herencia de un tío rico y olvidado, llamado Joaquín) le llegó con el amor. La idea que tenemos de Urbina es la de un hombre de medios, que vive retraídamente en un lugar mundano, un solitario entre el bullicio, un poeta de producción escasa...

—Tan escasa —comentó un muchacho que empiezo a encontrar en todas partes, pero que felizmente no conozco aún—, tan escasa que inferimos que debe ser cuidada y exquisita. Grave error.

—Yo sabía que era argentino —dijo mi prima—, pero nunca pensé que hubiera vivido en el país. Creí que era uno de esos desterrados voluntarios del tiempo en que el peso pisaba fuerte.

—Ahora son menos voluntarios —acotó Keller—. Lo cierto es que Urbina partió en un barco que lo dejó en Villefranche. Allí quedó para siempre.

Entregado, visiblemente, al encanto de la evocación, M. Vallet apuntó:

—Yo oí hablar de un rosarino, el Negro Chaves —la voz bajó, se torno confidencial—, un ñato de lo más moreno y bastante inculto, créame, que desembarcó en Marsella y se estableció ahí. Hay que ver las monografías que prepara sobre la Massilia de los antiguos. También me hablaron de otro, un pariente de alguien, que se afincó en Vigo.

—El caso de Urbina es diferente —protestó Keller.

—Por cierto —exclamé— no van a comparar Marsella que se parece al Rosario o a Milán, con Villefranche. ¡Qué clima!

Keller parecía mirarme de muy lejos y aguardar resignadamente el término de mis viajes y exclamaciones: pero, ¿qué podía entender de mi entusiasmo por Villefranche un *habitué* de Necochea?

—Cuando Urbina era escribano —dijo por fin—, allá en sus mocedades porteñas, intervino en la escrituración de bienes que vendió o compró la sucesión de don Juan Larquier. La viuda y su hija vivían entonces en *La retama*, la quinta del Tigre y, una vez, para recoger firmas, Urbina las visitó. Era una mañana de septiembre, fría y

vaporosa. Envuelta en un halo de bruma y en la desorbitada vegetación, la casa aparecía en la vaguedad de un recuerdo. En los *Apuntes para un diario íntimo*, que Urbina me dejó leer cuando lo visité el año pasado en Villefranche, hay una referencia al momento en que empujó el pesado y chirriante portón de hierro y cruzó el jardín. *Todo era extremadamente verde, no sólo el follaje, sino los troncos de los árboles, cubiertos de musgo. Caminé sobre muchas hojas. Había olor a vegetales podridos y a magnolia fuscata.* Llamó a la puerta. Mientras aguardaba, seguro de que le abriría algún criado con librea, lamentó no haber mandado al socio. La debilidad, como siempre, lo había perdido. Esa mañana, cuando se encontraron en la escribanía, Urbina, adivinando que el socio tenía tanta pereza como él de ir al Tigre, se apresuró a decir: Voy yo. Era débil y tímido, pero también huraño. Nunca se le veía en reuniones y se jactaba de no conocer a nadie. Era un rebelde: había encabezado la llamada revolución carbonaria contra el soneto. Como no le abrían, de nuevo apretó el timbre, levemente para no molestar. Pensó que los criados de las grandes casas nunca perderían el estilo, pero que sin duda escupían la sopa y tardaban en abrir la puerta, para que el invitado se resfriara. O tal vez él era víctima de la división del trabajo. Había un criado para cada tarea; sin duda rondaba uno, armado de plumero, del otro lado de la puerta, pero nada debía esperar de ese hombre, aunque hundiera el timbre y pidiera socorro; el criado destinado a abrirle progresaba continuamente desde el fondo, venía de tan lejos que aún no había llegado y quién sabe cuándo llegaría.

Abrieron la puerta. No se encontró frente a un criado, sino ante la señorita de la casa, Flora Larquier Urbina, que me refirió la historia con pormenores, como quien



guardó demasiado un secreto y una pena, y está feliz de hablar, me dijo con vehemencia lírica:

—En el marco de la puerta apareció la misma Palas Atenea.

Siguió la muchacha por un pasillo, por una sala en que entrevió muebles enfundados. Flora Larquier, con voz limpia y alegre, exclamó:

—Deme la mano, si no va a tropezar. Por nada prendo la luz. Prefiero que tropiece a que vea la tierra que hay en estos cuartos.

Llegaron al hall de la escalera; del piso alto venía alguna luz. La escalera —una solemne construcción de cedro— no tenía alfombra, y diríase que desde años no la enceraban. Subieron hasta el hall de arriba, amplio y vacío, triste según Urbina iluminado por una claraboya. Tenía piso de *parquet*, cinco puertas y, contra las paredes, empapeladas en gris, largos armarios grises. No había allí ningún adorno, salvo uno, monumental: un espejo, de toda la altura de la pared, curvo en la parte superior, encuadrado en pesadas cortinas violetas, que recordaban el telón de un teatro. En el extremo opuesto se agrupaban tres muebles: un sillón de paja, de respaldo muy alto y estrecho, con un almohadón en el asiento, de color aceituna, bastante desteñido; y, de algún juego de afuera, de madera pintada de blanco, una mesa endeble, y un silloncito con el respaldo y el asiento de lona. Flora indicó a Urbina el sillón principal y, pidiendo que la excusara, se fue, para volver a los pocos instantes, con una hermosa bandeja de plata, en que traía un jarrón de cristal tallado, con jerez, dos copas del mismo cristal, un plato de porcelana blanca, con guarda azul y borde dorado, con bizcochitos muy viejos, que figuraban animales. Tenía la muchacha veintitantos años, una belleza plácida y helénica, formas amplias, impecables, ojos verdes,

nariz recta, manos hermosas y delicadas, extrañamente delicadas para el volumen del cuerpo, Urbina dijo que parecía la imagen alegórica de la República, Hubo un breve altercado, porque ambos querían ceder el sillón principal. Por fin lo ocupó Flora. Allí sentada como en un trono, jugando con un pequeño cetro de dos puntas —Urbina describió el objeto como un tridente de dos puntas— Ya no era la República, sino una reina, la reina emblemática de una escultura. Inmediatamente Urbina se sintió cómodo con ella, la juzgó tranquila, llana, alegre, segura de sí misma sin afectaciones, dispuesta a llamar las cosas por su nombre (¿no reconoció que tenía la casa a oscuras para que no se viera el polvo?). Cuando dijo que su madre, con los fríos, andaba un tanto achacosa del reumatismo y de las gripes, le creyó en el acto; no recordó lo que mucha gente murmuraba: que la señora estaba loca y que Flora, aterrada de que se la llevaran al manicomio, no la dejaba ver de nadie y vivía recluida, con ella, en la quinta. De recordarlo, no lo hubiera creído, lo hubiera repudiado como una difamación. Bastaba mirar a Flora para comprender que en su familia no tenía cabida la locura. En todo caso, Urbina entregó confiadamente los papeles a Flora, para que la señora los firmara en su dormitorio. Pocos minutos después los recibía de vuelta, comprobaba que las firmas coincidían con las cruces marcadas por él, bajaba las escaleras acompañado de Flora, y le estrechaba la mano, junto a la puerta. Increíblemente, de esta visita Urbina sólo dejó testimonios literarios laterales: el párrafo de los *Apuntes para un diario íntimo*, ya citado, y el poema:

*Tu mansión.*

*Fuente de plata.*

*Desde un rincón  
guiña una rata.*

La estrofa rememora una circunstancia menuda. Urbina y Flora saboreaban el perfumado jerez, cuando algo, un golpe de viento o un roedor, estremeció el cortinado violeta del espejo. Por un momento pareció que la muchacha perdía el aplomo, como si temiera que el visitante descubriese algo vergonzoso. Todo pasó pronto: la rata, si la hubo, la turbación de Flora.

Al día siguiente, unas señoritas Boyd —amigas de infancia, a las que no veía nunca— invitaron a Urbina a una reunión en honor de un pintor español; ni siquiera se preguntó si aprobaba o no al pintor: aceptó esa invitación y luego otras. De tal manera renegó de su rebeldía carbonaria (que excedía la esfera del soneto) y sin buscar justificación, como quien no argumenta con razones, porque obedece a una razón profunda, se lanzó a la vida mundana. Es indudable que tardó menos en enamorarse que en advertir que estaba enamorado. Sin embargo, la fijación de sentimientos no ocurrió inmediatamente. Al principio, casi todas las muchachas que encontraba en los salones lo deslumbraban por igual: “Me parecían”, confesó, “gente sin defectos, por lo menos en el trato y en la piel. Desde luego para mí, el dechado de todas estas mujeres brillantes, limpias, delicadas, perfumadas, felices, era Flora.” Ignoraba que al considerar mundana a su amiga cometía un error que ninguna persona mundana hubiera cometido. Como ya se dijo, Flora, a pesar de su belleza y de su juventud, vivía retirada en la quinta, y cabe inferir que su aparición en los salones coincidió con la de Urbina.

Cuando éste vio a Flora en aquella primera reunión no se sorprendió; tampoco sospechó que su propia presencia fuera el fruto de maquinaciones. Sin embargo era

así: Flora había indagado diligentemente, entre las amigas, quiénes lo conocían, y nunca se aclaró hasta qué punto la reunión en honor del pintor no era un pretexto para que ella y Urbina se encontraran.

De modo paulatino, las demás mujeres de los salones mundanos perdieron, para Urbina, la individualidad que tan recientemente habían logrado y quedaron convertidas en las figuras encantadoras, desde luego, de una suerte de coro fulgurante, cuyo fin era dar aún mayor relieve a Flora.

En este período, la conducta de cada uno de ellos es típica, la de Urbina ilustra la áspera inmadurez del hombre; la de Flora, la sabiduría de la mujer. El hombre es un desheredado que debe aprenderlo todo; para cuestiones sentimentales, a los veinticuatro años tiene seis u ocho de edad. En la mujer obran casi intactos los defectos y las virtudes del instinto; cada una hereda la experiencia acumulada desde el origen del mundo. Flora supo, cuando miró a Urbina por primera vez, en aquella mañana del Tigre, lo que quería, y obró en consecuencia; de esto no hay que deducir que fuera una mujer inescrupulosa; Urbina me dijo que él no conoció a ninguna persona en quien la pureza y la rectitud fueran tan auténticas. Agregó: *Yo era, ante ella, como un niño; como un niño que, por no estar formado, puede ser impuro o procaz. Para distinguir el bien del mal debía mirarla.*

Probablemente de aquella época es el poema —demasiado famoso, demasiado personal para mi gusto— que recogen todas las antologías:

*La alegría de amor  
Quise explicarte.  
No alcanza el arte.*

Ahí el poeta enfrenta y soslaya el más arduo, acaso, de los temas literarios: la dicha. Lo cierto es que, por entonces, Urbina fue muy feliz, porque se querían con un amor que no parecía una guerra, con tácticas y estrategias, porque Flora era perfectamente cándida, afable, franca sin limitación alguna, salvo en lo concerniente a la quinta. No volvió a recibirlo en *La retama* y una vez que él porfió en acompañarla, no lo dejó ir más allá de la estación del Tigre, de modo que la quinta fue tomando el carácter de lugar prohibido, una suerte de castillo inaccesible, un poco fabuloso y un poco funesto; pero Urbina no pensó mucho en el asunto, porque se dijo: “Si cavilo, preguntaré, y si pregunto, quién sabe qué penosa respuesta obtendré de Flora.” Empezaba a creer, indudablemente, en la locura de la madre. Además no quería que nada turbara su propia felicidad.

Mientras bajaba por Cangallo hacia Reconquista, un día en que debía encontrarse con Flora, para tomar el té, en el *London Grill*, Urbina advirtió que llegaba tarde, y pasó, no sé cómo, de la contrariedad lindante con la angustia, que le provocaba la imagen de su amiga esperándolo a pensar: “No ha de haber llegado. Y si llegó, no importa. Vaya esta vez por todas las que yo esperé.” Deliberadamente caminó con lentitud, miró alguna vidriera, sonrió como quien descubre, menos alarmado que divertido, que es un monstruo. Estaban tan enamorados, eran tan solícitos el uno con el otro, ella confiaba tanto en su afecto, y ahora él caía en esta insensibilidad, peor que una traición, porque no tenía motivo... “Todo esto configura”, reflexionó, “alguna crueldad y mucha grosería de alma”. Con el espíritu alegre, como si fuera vengativo (no lo era) y se hubiese vengado (¿de qué?), entró en el *London Grill*.

Los días empezaban a alargarse; en la calle había mucha luz. Entró corriendo, acaso en un despliegue de involuntaria hipocresía, pero se detuvo, porque entre la claridad de afuera y la penumbra del interior el contraste era violento. Cuando vio por fin, comprobó que no había nadie en las mesas, creyó —con asombro, con incredulidad, con irritación— que Flora no estaba. Llegó al centro del salón, dobló a la izquierda, miró a un lado y otro. A la izquierda, en la última mesa, la vio. En la escena —él mirando a la muchacha, ella ignorando que él la miraba— creyó descubrir un símbolo de la propia infidencia y del confiado amor de Flora. Quiso implorar perdón, jurar que nunca sería indiferente ni cometería traiciones, quiso estrecharla en los brazos, pero algo lo contuvo; notó leves movimientos en la espalda de Flora, estremecimientos quizá, y oyó o imaginó el murmullo de una conversación; se preguntó si su amiga no estaría hablando sola; luego distinguió claramente las palabras:

—Te quiero.

Conmovido, pensó que su retardo había perturbado a Flora. Corrió hacia ella y exclamó:

—¡Mi querida!

Con una compostura un tanto forzada, desmentida por lágrimas que no enjugó, Flora lo miró, como sosteniéndole la mirada, con los cándidos ojos verdes, y guardó el pañuelo —grande, poco femenino— en la espaciosa cartera. Esas lágrimas, o la circunstancia de que Flora hubiera guardado el pañuelo sin secarlas —para cobrarlas en todo su valor, se dijo Urbina— lo contrariaron. Su estado de ánimo cambió radicalmente. A un mozo, hasta ese momento casi inadvertido, ordenó con gravedad:

—Un té bien caliente, con masitas.

Pensó: “La vida no es dramática, pero hay personas dramáticas, que debemos evitar. La madre es loca y la hija es rara.” Por su parte no fomentaría tales rarezas. No advertía las lágrimas, ni la tensión con que Flora estaba mirándole. Le hablaría de cualquier tema, como si no notara nada. El único signo de que notaba algo —signo que no escaparía a Flora— era negativo: no hablaría de ellos dos ni de su amor. Hubiera requerido un esfuerzo notable, una aptitud histriónica, para hablar de amor en ese momento. Habló de una conferencia sobre Tablada, que él había pronunciado (por los buenos oficios de un amigo, un tal Otero, que arregló todo con la comisión del Ateneo Calabria, para hacerle ganar unos pesos) en el Rosario.

Le trajeron el té. Bebió y comió vorazmente.

—Lo que discutimos de literatura en los tres días y las tres noches que pasé allá —dijo Urbina—. Hasta muy altas horas íbamos de café en café, deambulando como sonámbulos, recitando versos, alegando los áureos nombres de Apollinaire y de Max Jacob. Créeme; a veces me maravillo pensando cómo no me atropelló un tranvía.

Evocaba el año anterior como una remota edad de oro. En esto se parecía a todos los jóvenes.

—¿Eras más feliz entonces que ahora? —preguntó ella y le tomó una mano.

Contestó brevemente:

—No.

Sonrió, la miró y siguió perorando. Flora escuchaba, sin duda arrastrada por el contagioso fervor, un poco hostil, un poco celosa, ante el inesperado descubrimiento de que ella no fuera la única pasión de Urbina. Éste no advirtió nada, llegó a las confidencias:

—Te dije que escribo un libro. Tanto como un libro, no sé. Escribo *hai-kais*. Una forma de poesía japonesa

legislada por Tablada. ¿Quieres que te recite uno? Bueno, ahí va:

*Alamedas de sueño  
voy caminando,  
te veré ¿cuándo?*

Para no darle tiempo a que descubriera que ella era la inspiración del poema, recitó otro:

*Portadora de polen, mariposa  
en ti fulgura  
la rosa  
futura.*

—Me gusta mucho —dijo sin entusiasmo Flora.

—De acuerdo. Tiene el mérito de ajustarse al severo canon de Tablada. Uno más —insistió Urbina—, uno más. El último. El que prefiero, porque de modo bastante vívido, al menos para mí, canta toda esa inolvidable aventura rosarina.

*Oh noches del Rosario,  
vuestro asfalto oriné  
con fervor literario.*

—¿Te choca? —preguntó el poeta—. Te choca porque la métrica es meramente japonesa. Perdóname.

No hay que ver en la frase anterior una broma de gusto equívoco. Por aquel tiempo, Urbina estaba tan imbuido en la literatura que, para él —y, por cierto, imaginaba que para todo el mundo— nada era más real que un problema literario. Se excusó nuevamente de que el úl-



timo *hai-kai* fuera “endeble, muy endeble”; para excusarse, agregó:

—Por lo menos, no me refugio en la ramazón del soneto.

Cuando salieron de *London Grill* propuso con naturalidad:

—Te llevo al Tigre.

—No —contestó la muchacha—. Voy sola, más tarde.

Al oír esto, a Urbina le pareció que caía, o que lo hacían caer; interrumpió su divagación intelectual para considerar la irreductible actitud de Flora. “Quiere mantenerme lejos de la quinta”, se dijo. “Hay misterio.” Estaba un poco enojado.

Subieron a un taxímetro.

—A Palermo —ordenó—. Demos una vuelta por el bosque.

Junto al cuerpo de Flora olvidó el enojo, volvió a hablar de literatura, ridiculizó a un crítico de *Nosotros*.

—El individuo no entiende de jerarquías —afirmó— y me confunde con los autores de coplas, a los que define como “humildes arbustos de la *broussaille* folklórica, frondosa y pujante en el campo económico”.

Volvió a exaltarse, pero creyó advertir en el rostro de Flora una expresión de lejanía y malhumor, que parecía infundirle consistencia de madera. Dijo, con suspiro:

—¡Te quiero mucho!

De acuerdo a la tradición —recorrían, lentamente, en el automóvil, los caminos del bosque— la estrechó contra sí. Flora, mientras tanto, jugaba, como una pelota, con el carterón, que resultaba demasiado voluminoso para el malabarismo. Con la sensibilidad al desnudo, el poeta se preguntó: “¿Estaré aburriéndola? Las mujeres pierden la paciencia cuando hablamos de literatura y, sobre todo, cuando recitamos poemas.” Indudablemente había

alguna crispación nerviosa en aquel manipuleo de carteterón. La besó, resolvió no dejarse abatir y cuando emprendió su famosa comparación entre la métrica del *hai-kai* de Tablada y del *hai-kai* japonés (que luego una revista platense publicaría en *separata*) desvió la frase, a último momento, hacia una declaración de amor, con suspiros, mimos, ponderaciones de lo mucho que sufría por ver a su amada un rato, nada más, por las tardes, etcétera: todo lo cual sirvió de indudable estímulo para el carteterón, que voló por los aires. Flora lo recuperó con prontitud, se liberó del abrazo y, antes de que Urbina recapacitara, abrió la portezuela, echó a correr por el bosque. Perplejo, Urbina exclamó: “¿Está loca?”, perdió la oportunidad de alcanzarla y se preguntó: “¿Que pensará de nosotros el *chauffeur*?” Justamente, por el temor de que el *chauffeur* creyera que todo era infame estratagemata para no pagar, quedó como clavado en el asiento, mientras Flora huía entre los árboles.

El *chauffeur*, que resultó un criollo de voz apagada y ronca, opinó:

—Yo, si fuera usted, señor, la dejaba, por si la perdía en el monte; pero no se haga ilusiones: mañana, esta noche a más tardar, la encuentra. Eso sí, le garanto que no tiene nada que reprocharse; yo los miraba, firme, por el espejito y soy testigo de que usted llevó correctamente el asalto.

Tras alguna meditación, Urbina atinó a decir:

—Para mí, está loca.

—Es mujer, que es lo mismo —respondió el *chauffeur*, con indulgencia—. Uno vive con ellas, las toma en serio, las consulta para todo y después se extraña que el mundo ande al revés. ¿Usted no cree, señor, que el hombre más adelantado es el negro de la poligamia, que a la mañana guarda a las mujeres en un cuartito y en vez de irse

al trabajo, como usted y yo, sale a cazar tigres en elefante?

—Volvamos al centro —dijo tristemente Urbina; luego precisó—: A Santa Fe y Pueyrredón.

—¿Al *Pedigree* o al *Olmo*? —inquirió el *chauffeur*.

—Al bar *Summus* —replicó Urbina.

—¿Permite que uno de los más antiguos placeros de Buenos Aires le facilite un consejo?

—Todos los que quiera.

—No se extralimite en el trago, señor, que emborracharse por una mujer es lo último. Yo lo acompañaría de todo corazón, porque después del santo día cunde la sed, pero el peón nochero espera en el garaje y ya se sabe que para despóticos no hay como los infelices. Cuando llego tarde, llora que le quito el pan de la boca.

Urbina pensó: “Es capaz de rechazar el importe y ofenderse”, pero en el momento de pagar dobló la propina.

—No me equivoqué —aseguró el *chauffeur*—. El señor es de los que fomentan al criollo. Pero hágame el favor, si no fuera por nosotros, el dinero no circulaba. En tiempo en que el inmigrante se arrastraba, como un miserable, en un Renault de dos cilindros, que era una vulgar alcancía con ruedas, yo quemaba los pesos paseando al pasajero en cada Hispano y Delaunay Velleville que si hoy usted los ve en el museo de La Plata no aguanta la risa.

En el bar *Summus*, Urbina se sentó a la mesa de los amigos, donde conversaban, aquella tarde, Rosaura Topelberg, Pascual Indarte y el malogrado Ramón Otero. Rosaura exclamó:

—Pareces un fauno, Rafael, un fauno de tierra adentro.

—Ya me dijeron otros que tengo aire de provinciano —contestó.

—Qué va a tener —protestó Otero—. No es más que un fauno hecho y derecho. Las mujeres me contaron que las vuelve locas.

—Ellas nos vuelven locos —respondió Urbina—. Son nuestros demonios. Durante el día habría que guardarlas en el cuartito que los indios llaman *zenana*.

—¡Malo! —gritó Rosaura y lo miró con adoración.

El pelo de Rosaura parecía de paja; una paja casi plateada, que se oscurecía junto al cráneo. Las pestañas, artificiales, eran muy largas, las uñas de un rojo vivo, también largas y la estatura, escasa; caminaba erguida, con la cabeza un poco echada hacia atrás y con una mano en la cintura; fumaba interminablemente, con treinta centímetros de boquilla negra. Tenía diploma de profesora de bailes clásicos, trabajaba de vidrierista para una cadena de tiendas y por todo ello se había impuesto como la persona indicada para dibujar la carátula de la revista que el grupo publicaría alguna vez.

Discutieron como siempre, el proyecto de la revista (cuya particularidad invariable, a través de infinitos diálogos, era la exclusión de los sonetos) y bebieron cerveza.

A las nueve salieron; Indarte y Otero partieron en vehículos que tomaron en la esquina; a Rosaura, Urbina le preguntó:

—¿Quieres caminar un poco?

—Encantada.

—¿Vas al Once? Bueno, te acompaño hasta Corrientes.

Caminaron un tramo en silencio; de pronto, Urbina sentenció:

—La vida no es tan dramática (la vida no es esto o aquello), pero hay personas que representan, con el argumento de la vida, un drama.

Hubo otro silencio; Urbina lo interrumpió con la observación:

—Es fácil que a uno lo envuelvan. Es fácil enamorarse. Enamorarse, no; obrar como enamorado.

Habló mucho. Con Flora y con Rosaura siempre hablaba mucho. Su papel, tan sentido, de muchacho porteño, incrédulo y taciturno, que parecía dedicado a las mujeres, lo reservaba sin duda para mujeres ideales. Habían dejado atrás Corrientes; llegaban al Once.

—Flora no quiere que yo vaya a su quinta. ¿Qué opinas? ¿Tendrá un amante y temerá que lo descubra? ¿Esconderán algún secreto? ¿Habrá un idiota en la familia?

—Se sabría —observó Rosaura.

—O serán, más bien, mis prejuicios... ¿Qué opinás? ¿Tendrá vergüenza de mí?

—Bueno fuera —exclamó Rosaura. Se detuvo, asustada. Las palabras delataban su aversión por Flora.

—No temas, Rosaurita —aseguró Urbina—. Averiguaré todo. Si no lo averiguo, una parte de mi vida no tendrá sentido. Lo peor es que Flora, con misterio o sin misterio, ya no me atrae. Hemos llegado. Te dejo. Adiós.

—¿Te vas? —preguntó Rosaura—. ¿Te vas tan pronto?

—¿Pronto? En casa comemos a las nueve y media.

Sin notar el desconsuelo de la muchacha, corrió hacia un taxímetro. Llegó a la mesa cuando servían el postre y, aunque le trajeron todos los platos, apenas comió.

—No es milagro que no tenga hambre —declaró gravemente su padre—. Se pasa la tarde en el bar, bebiendo cerveza.

—Y de vez en cuando —acotó la madre—, agrega una taza de café negro y un *sandwich* de miga. ¡Qué mezcla! ¡Qué estómago el de la juventud!

Siempre sus padres lo habían admirado y respetado, pero en cuanto a las comidas (había que alimentarse a la hora fija y bien) y al sueño (debía ser largo y reparador) eran rigurosos.

No durmió en toda la noche. En sus cavilaciones, el *chauffeur* criollo y la pobre Rosaura asumieron el carácter de irrefutables demonios. ¿Cómo había comunicado a Rosaura cuestiones que solamente incumbían a Flora y a él? ¿Cómo había permitido que Rosaura opinara sobre tales cuestiones? ¿Cómo había permitido que el *chauffeur*, un malevo de la peor especie, hablara despectivamente de Flora? Mañana mismo buscaría al hombre y le diría lo que pensaba. Pero, ¿cómo encontrarlo en la inmensidad de Buenos Aires? La disputa, si tenía la forma de encontrarlo, sería indudablemente espinosa y su tardío enojo, ridículo. Era evidente: de acuerdo a un destino que empezaba a reconocer como suyo, castigaría a la persona más débil, a Rosaura. Y por más que aborreciera a Rosaura y al *chauffeur*, no podía negar que la culpa no les correspondía. Cada cual es responsable de sus demonios, concluyó (anotó la frase en los *Apuntes para un diario íntimo*). La situación tenía una salida: correr al Tigre, implorar el perdón de Flora. Una salida, reflexionó, que desembocaba en una puerta cerrada: Flora no lo dejaría entrar. En realidad, él no debía atormentarse; cometió errores porque la imperdonable conducta de Flora lo perturbó. No había misterio; era inútil buscar a un idiota en la familia, a un amante; sólo encontraría a una muchacha malcriada y, acaso, histérica. El alivio que obtuvo en estos argumentos fue nulo.

Al otro día no estaba menos afligido; este implacable observador de la vida y de sí mismo, este literato, se abandonó al infortunio de la nostalgia y de la espera; pensaba en Flora pensaba en el teléfono, postergaba un llamado al Tigre, que no se resolvía a intentar, ansiaba un llamado del Tigre, que no ocurría.

Una noche oyó de la cocinera la frase increíble:  
—Niño, lo llama su chica.

Se precipitó sobre el teléfono, para oír, sin entender, la voz de Rosaura, que le preguntaba por qué ya no iba al *Summus*. No iba a ninguna parte. No veía a nadie: ni a los amigos ni a la gente mundana. “Sucedió lo inverosímil”, se dijo. “Estoy enamorado.” Estaba incómodo, inquieto, un poco enfermo, flaco, ojeroso.

Una mañana tuvo ganas de escribir. Murmuró: “Un gallo a Esculapio. Un sacrificio a la musa. Arde todavía el fuego votivo.” Buscó un tema. Siguió hablando consigo mismo: “La vi; ya no hubo tranquilidad ni orden. Sólo pude pensar en ella.” Abrió el cuaderno y escribió la pieza que un crítico describe en el número de *Inicial* dedicado a Urbina, como el *hai-kai* más desgarrador y que otro compara con un diamante oscuro.

*Jardín perdido,  
arena, viento, nada.  
Te he conocido.*

Desde entonces no tardó en reponerse. Trabajó todos los días, durmió bien, comió con hambre, reapareció en el *Summus*, y una noche fue al cinematógrafo con Rosaura. El triunfo de Rosaura pudo ser completo; en la manera en que Urbina hablaba y la miraba, ¿no había un dejo sentimental? La película —Rosaura debió preverlo cuando leyó el anuncio de los nombres de los actores, Marie Prevost, Harrison Ford y van Peborgn— resultó una comedia, y esto fue su perdición. Con esa mezcla, tan masculina, de afición por los espectáculos pueriles y de insensibilidad, Urbina no sólo *siguió* la película, sino que llegó al extremo de reír estruendosamente. Rosaura, que se ofendía con rapidez, había aprendido, en el trato con Urbina, a dominarse pero, como todo tiene un límite, esa noche exclamó: “Yo no aguanto”, se levantó y se fue. “Hay

algo en mí que las exaspera o todas son iguales”, pensó Urbina. A la mañana siguiente Rosaura llamó para pedir disculpas.

En una cálida noche de octubre, algún tiempo después, en Barracas, en un restaurante con patios, con parrales, con duraznos, con canchas de bochas, con jardín, Urbina compartió con una muchedumbre heterogénea (entre la que descubriría —lo que intuyó desde el principio— a Flora) carne, galleta y vino tinto en honor de un ilustre visitante de nuestra sociedad, el profesor Antonescu, matemático rumano, impugnador de Einstein, que, negando la velocidad de la luz, había anulado, según las propias palabras del cronista de *Crítica*, el experimento de Michelson y Morley de paso había demolido “ese ingrato monumento, la teoría de la relatividad”.

El restaurante era una casa baja, con tres patios de piso de tierra, a los que daban todos los cuartos; en éstos, el revoque de las paredes estaba, en parte, caído, y el cielo raso era de madera blanqueada con cal. La mesa del banquete, larga y estrecha, se prolongaba, interrumpiéndose en las paredes interiores, desde el salón del frente hasta un sucucho del último patio. Cuando ya le habían asegurado asiento en los alrededores del matemático rumano, entre Otero y el doctor Sayago, Urbina divisó en el segundo salón, en regiones más frívolas y decorativas, a Flora. El corazón le palpitó violentamente; se preguntó si después de comer hablaría con ella y debió escuchar al rumano que, de un modo laborioso, le comunicaba, en su media lengua, la intención de visitar, en el curso de la semana, a Córdoba, a Tucumán, al Rosario.

—Me apasionan los puertos. El de Rosario ¿tiene sabroso color local?

Otero y Urbina improvisaron respuestas. En tono escéptico, el rumano aseguró:



—En cualquier puerto, idénticos barcos, bares, muelles, marineros.

Otero intervino.

—A propósito —dijo—, en mi libro de relatos, titulado *Fisherton*, rastrearé y encontraré elementos universales en la manifestación más estrechamente localista. No hay que prescindir del mundo y encerrarse en la provincia; abrir la provincia al mundo es mi fórmula.

—Quien ha visto un puerto —reiteró el matemático, ya enconado—, vio todos los puertos.

Con el pretexto de alcanzar una bandeja de panes al doctor Sayago, que resultó notablemente voraz, Urbina se levantó del asiento y cuando pasó frente a la puerta miró a Flora; tenía ésta un vestido muy blanco y, sobre los hombros, un chal amarillo; la incuestionable placidez de la muchacha, que era como el nimbo natural de la variedad de su hermosura, persuadió a Urbina de que debía olvidar el episodio del taxímetro y los contradictorios propósitos de excusarse y de interrogar. “Ser”, murmuró, “únicamente ser junto a ella: eso basta”. Flora le sonreía con dulzura maternal (por motivos más o menos legítimos, a su lado Urbina siempre se había sentido moral y físicamente pueril); él fingió no verla volvió al asiento, bebió un vaso de vino. ¡Cómo anheló tener el coraje de levantarse de nuevo y correr hacia Flora! Se dijo que el mundo de las mujeres —opresivo, indefinido, psicológico, malsano, prolijo— no convenía a la salud de esa noble planta, la mente del varón, y retomó el debate sobre el color local de los puertos, en cuyo desarrollo alguien —Urbina o Antonescu— mencionó su predilección por afeitarse en peluquería. Ambos manifestaron, inmediatamente, auténtica animación; efusivos, cambiaron pareceres y descubrieron, de modo paulatino, una afinidad en cuanto a peluquerías, navajas, jabones, tempera-

tura del agua, así como otros puntos de igual materia, que los maravilló. Cuando empezó la oratoria debieron callar.

Con el pretexto de huir del tercer discurso —para oírlos, la gente se había agolpado en el salón—, Urbina pasó al otro cuarto, arrimó una silla y se sentó frente a Flora.

—¿Cómo estás? —preguntó sonriendo. En los ojos verdes de su amiga sorprendió una luz extraña; alarmado, asumió el tono de buen ánimo, un tanto ofensivo, con que hablamos a los enfermos, sobre todo a los locos—: Aquí el ambiente es menos estirado —suspiró—. Me encuentro a mi gusto.

Por su parte, Flora sonrió con ese aire embelesado y absorto con que la gente entra, saludando, en una fiesta; para que sólo Urbina la oyera, habló en voz extremadamente baja:

—Te extrañé mucho. No me abandones.

“¿Qué es esto?”, pensó Urbina. “De nuevo a la carga, como si nada hubiera ocurrido.” No se dejaría envolver.

—Estoy contento —afirmó—. Trabajo mucho.

—Tenemos que hablar.

“¿Tenemos?”, repitió, para sí, Urbina. “No creo.” Flora insistió:

—Tenemos que hablar. Quiero que vayas a la quinta. Te lo suplico, no me abandones. Si me abandonas (ya sé que es horrible decir; te pido perdón) soy capaz de cualquier cosa.

—No digas —murmuró.

Volvió al salón del frente. El matemático, leyendo un papelito, agradecía los discursos; cuando, por fin, acabó, se formaron corrillos. Urbina pensó que estaba harto de mujeres y de extranjeros y se acercó al doctor Sayago. Éste, ocupado en juntar los restos de pan diseminados

por la mesa, los comía, con cuidadosa boca de ardilla, y hablaba de teatro.

—El teatro no existe —declaraba—. Alguna escena de Shakespeare, las comedias de Shaw: nada más.

—¿Y Aristófanes? ¿Y Plauto? —inquirió Otero.

—La gente guarda todo —replicó Sayago—. ¡Pasión más fuerte que el amor es el archivo! El teatro, como la oratoria y el periodismo, no aguanta el embate del tiempo. Los autores no escriben para la eternidad, ni para la relectura, ni para la lectura siquiera; buscan efecto inmediato.

Qué asco la pedantería, se dijo Urbina y suspiró por Flora. Pensando: “Ojalá que se le haya pasado el mal momento”, se asomó al otro cuarto: el lugar de Flora estaba vacío. Resolvió no perder la serenidad. En un instante recorrió la casa. No vio a Flora. La buscaría con método, a lo largo de las mesas y de los corredores, por los patios, por la enramada, por el parral. Los amigos lo retenían. González, el hijo del vate de *Caras y Caretas*, prometió ayudarlo en la busca.

—A condición —declaró— de que primero nos endulcemos con estos dos copones de anís.

Mostraba, en cada mano, una enorme copa, de las que se emplean para *cognac*; sin saber por qué, Urbina aceptó la que le ofrecían y bebió de un trago el contenido; éste, efectivamente, era anís, del más dulce. La gente se había agolpado en la enramada; con voz urbana y suave, cantaba un guitarrero decrepito:

*El señor Antonesco  
Es gaucho, aunque de otros pagos,  
Vida, no traigas halagos,  
Cuando me vas a dejar.*

—En estos versos —apuntó el hijo del vate— la orilla y la pampa se estrechan su mano única.

—Busquemos a Flora —dijo Urbina, procurando no perder la calma.

La buscaron entre la gente allí reunida; la buscaron por la interminable sucesión de comedores; la buscaron por el jardín del último patio, donde sobresaltaron a una pareja que se amaba en un banco. “Por falta de imaginación atribuyo todo a la historia”, reflexionó Urbina. “En un momento las cosas ocurren, las personas toman resoluciones.”

—Te presento a Adelia Scarlatti —dijo González—. Elemento joven del grupo Cosmorama.

Era una joven muy flaca, con cara desmesurada, empolvada y carnosa. Urbina le preguntó por Flora.

—Ésa está media —contestó la mujer, tocándose con un dedo la frente—. Yo me dije: la voy a estudiar, y no le saqué los ojos de encima. Le resumo la trayectoria: primero habló sola, después maniobró con el bolso, después largó el llanto, después se fue corriendo.

Perorando para otro grupo, el doctor Sayago decía en voz en cuello:

—Un cambio repentino y continuo de situaciones muy teatrales: he ahí lo fundamental.

Sin despedirse de nadie Urbina salió del restaurante; caminó unos quinientos metros por calles desconocidas y en una avenida ancha y desolada tomó un taxímetro, que lo llevó a la estación del Retiro; de allí, en el primer tren, partió para el Tigre. En algún momento, el coraje le flaqueó. Inmiscuirse en vidas ajenas nunca había dado buen resultado. Luego reflexionó: “Si hay una posibilidad de que Flora cometa un desatino, debo impedirlo.” ¿Cómo estaba tan seguro de que Flora hubiera vuelto a la quinta? Pensó que la muchacha no se arrojaría al

río, porque sin duda sabía nadar, ni a las vías del tren, porque era demasiado atroz. Estas conjeturas lo apesadumbraron. En el trayecto entre la estación del Tigre y *La retama* corrió y, cuando ya no pudo correr, caminó velozmente. Diríase que la luz de la luna envolvía la quinta en un vapor de plata. Encontrar la puerta cerrada, llamar y que no le abrieran, fue una situación que previó con inquietud, pero al encontrar la puerta abierta se estremeció, como si hubiera visto la confirmación de sus temores.

Entró en la casa. Aunque sólo había estado allí una vez, resueltamente se aventuró por la oscuridad de los salones, hasta que una pared, que parecía interminable, lo contuvo. La palpaba con ansiedad cuando creyó reconocer, en un apagado clamor, la voz de Flora; encontró una puerta y siguió avanzando; entonces oyó algo que lo aterró: “Están aplastando una rata”, se dijo; la verdad es que oyó unos chillidos como de rata en el paroxismo de la furia. Logró sobreponerse y llegó por fin al hall de la escalera. Como en su primera visita, la luz venía de arriba. Subió.

La escena continuó, por una inolvidable fracción de minuto, como si no hubiera testigos. Los actores estaban absolutamente entregados a la situación. Ustedes recordarán aquel cuarto enorme, con las puertas y los armarios grises y, en un extremo, el alto sillón de paja, el silloncito, la mesa de madera, y en el extremo opuesto, el espejo monumental, rodeado de cortinados violetas. Contra el espejo, como en un escenario, con el vestido blanco, con el chal amarillo, que movía como alas fantásticas, Flora, sola, de pie, con los brazos en alto, exclamaba:

—¡Por favor, basta de melodrama!

EN ese instante se interrumpió la escena. Un objeto que estaba casi al ras del suelo, cayó. Urbina vio que era

el cetro de dos puntas, que él ya conocía. Del preciso lugar donde cayó el cetro, un animalito oscuro y veloz huyó por debajo de los cortinados violetas, paralelamente al zócalo, en dirección a una puerta entreabierta. Como quien sueña, Urbina pensó: “La rata que chillaba”. Todo cuanto ocurrió luego parece el argumento de un sueño o de una pesadilla.

—¡Rafael! —gritó Flora, en tono que podía ser de alivio o de contrariedad—. ¡Rafael!

Lenta, pesadamente, se adelantaron, se encontraron y quedó cada uno en brazos del otro; después, abrazados, caminaron como arrastrándose, hasta el sillón de paja, donde Flora, obedeciendo a una indicación de Urbina, se sentó.

—¡Por fin has venido! —exclamó ella, suspirando.

Urbina se arrodilló a su lado, le besó una mano, que tomó entre las suyas:

—Tengo que explicarte todo —anunció Flora—. Por más que me cueste. Todo, todo. Aunque es inútil, porque ya lo sabes. Lo has adivinado.

Urbina se preguntó qué habría adivinado. También se preguntó qué expresión debía adoptar para que Flora, sin entrever su ignorancia, continuara con la explicación. La miró en silencio, gravemente.

—Hay que cerrar aquí —dijo Flora, ya con mejor ánimo, señalando la puerta entreabierta—. Es capaz de escuchar.

Urbina cerró la puerta y, cuando iba a arrodillarse de nuevo, se sentó en el silloncito. Mientras ejecutaba este acto de trivial egoísmo, pensaba generosamente. Estaba resuelto a ser compasivo. Quería a Flora. Si hubiera sospechado un secreto inicuo se hubiera alejado, para no saberlo. Se quedaba, porque Flora no podía ocultar nada innoble. ¿No la conocía acaso? ¿No conocía su bon-

dad, su delicadeza, su rectitud? Y, fuera cual fuera la revelación, replicar implacablemente ¿no supondría una traición cobarde?

—Es capaz de cualquier cosa. Es malísimo —comentó Flora, sonriendo—. Yo le he dicho cómo te quiero. Tiene que resignarse. Lo comprende, lo acepta, porque es muy inteligente. De pronto no puede con el genio y se rebela. Yo sé que no debo permitirle desplantes, pero me da lástima. ¡Hay que ver cómo sufre!

—Es horrible que alguien sufra por causa de uno —dijo Urbina.

No sabía él mismo si hablaba con hipocresía o con sinceridad.

—Tienes razón. Eres muy bueno. Pero hay que defenderse. Con Rudolf hay que defenderse. Come lo que le das en la mano y después te come la mano y el brazo.

Se llama Rudolf, pensó Urbina. Y, ¿por qué le dan de comer en la mano, como si fuera un pájaro?, dijo en voz alta:

—Si es tan malo, hay que defenderse.

—No es tan malo. A lo mejor es bueno. En su lugar, ¿cómo seríamos nosotros? No lo sé.

—Yo tampoco —admitió Urbina.

—¿Lo oíste? ¡Cómo gritaba! Yo le digo que chilla como una rata, cuando se enoja. ¡Tiene una voz tan graciosa! Voy a llevarle el cetro. Si empuña el cetro, le mejorará el humor. Es mezquino en algunas cosas, pequeño.

Al decir esto, Flora no condenaba; comentaba con simpatía, con risueña dulzura. Se levantó, recogió el cetro, se fue del cuarto. Cuando volvió, dijo:

—Quiere verte. Quiere excusarse.

Sin decir nada, Urbina caminó hacia ella. Flora lo detuvo.

—¿Sabés cómo es?

—Creo que sí —contestó Urbina.

Entraron en un cuarto donde no había nadie. Flora dijo:

—¿Esperás un minuto, mientras le aviso que vas a verlo? Éste es el cuarto de vestir de Rudolf.

Aquello era una sala de trofeos. En una pared se entrecruzaban un remo, un máuser y una descomunal escopeta. En otra colgaban las prominentes cabezas de un jabalí, de un búfalo, de un rinoceronte, de un ciervo y de una cebra. Había también raquetas de *tennis* y patines, pistolas de duelo, sables, espadas y aun flechas, arcos, escudos y lanzas de aspecto rudimentario, deseado y feroz. Copas de plata se alineaban sobre la chimenea y, en una vitrina, relumbraba un complicado cinturón que parecía uno de aquellos aparatos eléctricos o radioactivos, de propiedad vigorizante, que años atrás abundaban en el comercio, pero que más probablemente sería el emblema de un triunfo atlético. Sobre un escritorio había una piedra negra, recuerdo de alguna excursión por las montañas. Urbina se acercó a una suerte de reclinatorio colonial, convertido en espejo de cuerpo entero, con repisas a los lados. Las repisas ostentaban fotografías de mujeres con ese aire de prostitutas ingenuas que tienen las actrices de los primeros tiempos del cinematógrafo y las cantantes de ópera. Los insinuantes rostros estaban cruzados por líneas manuscritas, testimonios de amor en muchos idiomas. Annie fechaba su recuerdo en Viena; Olivia, en Bournemouth; Antonietta, en Ostia; Ivette, en Niza; Rosario, en San Sebastián; Catherine, en París y otras tantas, en Berlín, en Leipzig, en Baden-Baden. El período, para todas, era 1890-1899.

Superaban a éstas en cantidad y en variedad las fotografías de un caballero; con severos marcos de plata, con laboriosas inscripciones en letras góticas, historia-



ban una vida: el niño (ya se insinuaba el rostro furioso y despectivo) en Baden-Baden, junto a vagas figuras de otra época; el estudiante (en el rostro, más furioso, casi asqueado, aparecía la primera cicatriz), posando con la típica gorrita, el sable en alto, en la cervecería Türringer Hoff, y patinando triunfalmente en la Rosplatz, de Leipzig; el joven *dandy* castigando el caballo en la carrera de *gentlemen riders*, en Dresden, y en un bosque, cantando con la sociedad coral de geólogos y antropólogos (sin duda, esta última era una fotografía de conjunto, pero acaso por el ángulo en que fue tomada o por la arrolladora personalidad del sujeto, parecía una fotografía del joven de la cara furiosa y despectiva, rodeado de un grupo de borrosas comparsas); el viajero, que miraba gallardamente, con una segunda cicatriz en el rostro, desde la cubierta de un buque, junto a un salvavidas, con la inscripción: *Clara Woermann-Woermann Line*; el don Juan, sonriendo altaneramente, mientras sujetaba por la cintura a una muchacha, un tanto raquítica, que luchaba por desasirse y reía; el cazador en África, pisando a un búfalo derribado...

Tan absorto estaba Urbina en la contemplación de las fotografías que sólo oyó a Flora cuando la tuvo al lado; entonces, como si lo hubieran sorprendido en una acción vituperable, se irguió bruscamente. Flora le dijo:

—Esas fotografías de juventud son el orgullo del pobre Rudolf. Yo, por él, no las miro. ¡Cambió tanto que es otra persona! —Después de una pausa, agregó—: ¿Quieres pasar?

Urbina pasó al dormitorio de Rudolf. Es verdad que la habitación estaba en tinieblas —desde lo alto de un bargueño, un ánfora de hierro, transformada en lámpara, cubierta por una pantalla de vidrio azul, irradiaba una luz muy pobre—, pero no es menos cierto que Urbina

creyó en el primer momento, que tampoco allí había nadie. De una pared colgaba un cuadro, un retrato al óleo, con ancho marco dorado. Los muebles no eran numerosos, pero quizá por el tamaño, o por la importancia, parecían excesivos para el cuarto. Además del bargueño, había un ropero con espejos al frente y con un águila de madera tallada, arriba, dos sillas góticas, alemanas, una cama con dosel y columnas, una mesa de luz. Cubría la cama una pesada piel oscura, con pelos gruesos y relucientes. Por fin, entre el pelaje negro, lo divisó.

Cuando lo vio, Urbina sintió una conmoción bastante fuerte (pero no más fuerte que si hubiera encontrado sobre la cama una rata). Rudolf era un hombrecito muy pequeño; de verdad pequeño: de un palmo de estatura; vale decir, que las dimensiones de las momias reducidas, de los jíbaros, eran, aproximadamente, las suyas. En cuanto al aspecto de la piel, del pelo y de los ojos había notable diferencia con las momias. En éstas la piel es reseca, negruzca —según creo—, como calcinada, el pelo opaco y los ojos muertos. Los ojos de Rudolf parecían despedir un fuego de orgullo, el pelo estaba rapado y la piel tenía la tonalidad, un poco brillante, de cuero crudo sobado por el uso de los años. Urbina dijo que Rudolf le recordaba (a pesar del ridículo trajecito con que andaba vestido) el cabo de un rebenque viejo; un cabo de rebenque con cara de fauno; en efecto, en el dibujo de los ojos, de la nariz, de la boca, creyó entrever una expresión faunesca, nada divina, desde luego, sino rudimentaria y terrestre. Amarillos, feroces, los dientes relucían entre labios de un color rojo vivo. Las cicatrices que registraban las fotografías del cuarto de vestir, le marcaban con dos ángulos las mejillas. Rudolf estaba sentado, en actitud casi majestuosa, entre los pelos de la manta; con la mano derecha sostenía el cetro. Por pudor, Urbina no lo miraba direc-

tamente, sino a través del espejo del ropero. De pronto notó que el hombrecito dejaba caer el cetro y le extendía los brazos, pidiendo algo. Sin necesidad de más explicaciones, como si el ademán fuera natural, Urbina le estiró con algún temor el dedo índice. El hombrecito lo tomó entre sus manos y prorrumpió en chillidos como los que oyó cuando entró en la casa; después de una o dos repeticiones, Urbina entendió:

—*Sans rancune* —decía Rudolf, en un francés pueril y cargado.

Estuvieron un rato en silencio. Urbina quería hablar, decir cualquier cosa, pero no sabía qué; seguía mirando a Rudolf a través del espejo, temía que el dedo se le acalambrara, se preguntaba hasta cuándo iban a estar así. Muy pronto le llegó la respuesta, en forma de furioso mordisco en el dedo.

—*¡Tableau!* —gritó Rudolf; lanzó una carcajada, brincó por encima de los pelos de la manta, se echó boca abajo, sollozó.

Urbina sintió un vivísimo dolor en la herida; como era aprensivo, temió que los dientes de Rudolf, notablemente amarillos, no estuvieran limpios; por suerte el mordisco le lastimó la yema, de modo que sangró bastante.

—Es lo más malo que hay —comentó Flora—. ¿Te duele mucho?

—No —contestó, sin convicción, Urbina—. Si tuvieras agua oxigenada, me pondría un poco, para parar la sangre y desinfectar...

Mientras le aplicaba un algodón con agua oxigenada, Flora decía a Urbina, para que oyera Rudolf.

—La ventaja de un acto así es que te da libertad. ¿Qué obligación puedes tener con un señor odioso, que te acomete como una bestia?

—Perdóname —suplicó Rudolf.

—Perdónalo —dijo Urbina.

—Es inútil —aseguró Flora—. No puede con el genio. Tiene todos los inconvenientes imaginables y en vez de tratar de que se los perdonen, no, el señor, como si fuera Apolo o Júpiter, se desahoga con desplantes ridículos...

—No digas esas cosas —pidió Urbina.

—No van a tener más quejas —afirmó Rudolf—. Me voy a portar bien.

El español de Rudolf era tan cargado como su francés.

—No te alarmes —dijo Flora, dirigiéndose a Urbina—. No puede con el genio. Dentro de dos o tres días cometerá alguna barbaridad que justificará que lo abandonemos, que nos vayamos a otra parte, a vivir tranquilos.

—No, no —chilló Rudolf—. Eso no. Juro que me portaré bien, que no podrán irse nunca. Traéme la piedra negra.

Desdeñosamente, Flora contestó:

—Muy bien, Rafael va a conocer la famosa pantomima de la piedra negra. Él jura, todos juramos y un minuto después vuelve a las andadas.

Flora trajo la piedra que había en el otro cuarto y la dejó sobre la cama. Urbino pensó que había alguna contradicción entre este acto de obediencia y las palabras de la muchacha, tan duras con Rudolf. La mano derecha de Flora se posó abierta sobre la piedra; el hombrecito colocó su mano encima, y Urbina la suya arriba de todas. El hombrecito dijo:

—Cada uno jura ser leal con los otros dos. Que el castigo para el perjuro sea negro como esta piedra.

No permitió retirar las manos hasta que todos dijeron “juro”.

—Es como un chico —explicó Flora—. Hay que hacer lo que quiere; si no, al señor le da la pataleta.

El retrato al óleo —ahora Urbina lo examinó con alguna detención— representaba al caballero de la mirada altanera y de las cicatrices. El artista, que firmaba H. J., había compuesto un fondo convencional, con una anomalía que desconcertaba; sobre el piso de una montaña, pintada de modo realista, volaba un águila desembozadamente alegórica; el águila imperial alemana.

Urbina comprendió con lucidez que el descubrimiento del hombrecito era probablemente el episodio más extraordinario de su vida, pero como la fisiología no entiende razones y el día había sido largo y cansador, muy pronto se encontró desinteresado de todo esto, aun de Flora, ocupado solamente con el íntimo peso que le cerraba los párpados: el sueño. Como en el loco, en el hombre que se duerme en público, hay astucia. Urbina procuraba disimular el sueño y soñaba con excusas que le permitirían retirarse inmediatamente. Como algo lejano, inalcanzable y querido, como la patria para el exilado, recordaba la cama. Al otro día habría tiempo de reflexionar, de saber qué pensaba de Flora y del hombrecito. Éste habló:

—Rafael tiene sueño —dijo.

—Sí —reconoció Urbina.

Un poco de espíritu, el indispensable para quedarse un rato, con los ojos abiertos, y luego se iría, quizá para no volver, llevando una impresión de realidad de este descubrimiento horrible, casi mágico o sobrenatural. Reflexionó: “Hay que golpear sobre caliente, no sólo en las escaramuzas de amor; en todo. Pero soy un cerdo; un cerdo entregado a los sentidos.” Anunció:

—Me voy a casa. Es tarde.

Flora lo miró con alarma, y dijo a Rudolf:

—Voy a acompañar a Rafael hasta la puerta.

—Voy con ustedes —gritó Rudolf, incorporándose en la cama y extendiendo los brazos, como un bebé, para que lo levantaran—. Ahora somos inseparables. Ja, ja.

—Me esperas aquí —replicó severamente Flora—. Yo sola voy a acompañar a Rafael.

Rudolf recogió el cetro, volvió a sentarse entre el pe-laje de la manta y dando la espalda a sus interlocutores, declaró:

—Me quedo.

Flora y Urbina salieron del dormitorio.

—Estoy impresionada —dijo Flora, poniendo una ma-no en el brazo de Urbina (éste, rápidamente, miró hacia la puerta del dormitorio)—. Con mi abominable secreto te causé una pena muy grande. ¡Nunca vi ojos tan tris-tes!

Confundía sueño con tristeza.

—Mi intuición de mujer —agregó— me dice que te vas para siempre.

—De ningún modo —respondió Urbina.

Quería dar plena seguridad, para que lo dejaran par-tir. Insensible a su prisa, Flora le habló de Rudolf.

—No temas —empezó diciendo—. Lo que me oíste es totalmente cierto. Él no puede con el genio. Mañana o pasado comete una maldad y nosotros nos vamos. No te preocupes por el juramento. Él lo va a romper primero. No estamos atados para toda la vida. Le hemos perdo-nado el mordisco. Ya habrá otra ocasión. Desde luego, cuando pienso en lo que el pobre pasó, no puedo menos que admirarlo. Yo, en su lugar, me suicido. Él no claudi-ca. Arrebatos que en otra persona serían odiosos, como el mordisco en tu dedo, en Rudolf tienen algo de franca-mente admirable. Hay que reconocer eso.

—Lo reconozco —dijo Urbina, acariciándose el dedo—. Pero en realidad ¿qué le ocurrió? ¿Quién es Rudolf? Por cierto, no es el señor de las fotografías del cuarto de vestir.

—Claro que es. Las fotografías fueron tomadas antes del viaje al África.

—¿Cuándo estuvo en África?

—Alrededor de 1900. Me aseguraron que Alemania desarrolló, por aquel entonces, lo que Rudolf denomina sed de colonias. Él, de puro aventurero, se enroló en el servicio secreto. Lo mandaron al África en ese barco tan lindo de la *Woermann Line*: todos los marcos de la compañía tenían nombre de mujer. Hay quien dijo después que hubiera sido más disimulado viajar en un barco inglés de la *P. and O.* Rudolf contesta que él no discute con gente desprovista de orgullo patriótico. Lo mandaron a Uganda, que estaba en poder de los ingleses. Allí conoció a sir Harry Johnston, un hombrecito de estatura por debajo de lo normal, de lo más enérgico y movedizo, que recorrió el África pintando cuadros mediocres y conquistando territorios para Inglaterra. Rudolf, sin apartarse de su línea de espionaje con orgullo, urdió un plan maquiavélico y embaucó totalmente al pobre sir Harry, que lo llevó de compañero en la expedición. Descubrieron la jirafa de cinco cuernos y sir Harry volvió sin novedad, quizá por su famoso tacto con los negros, pero Rudolf quedó en un pueblo de pigmeos, que sin consultar lo redujeron como has visto.

—Y tú, ¿cómo lo conociste? —preguntó Urbina.

—Rudolf pasó un tiempo bastante duro entre los pigmeos. Aunque hayan logrado ciertos resultados que la medicina europea envidia, no te creas que es gente muy refinada. Para reducir en esa forma a Rudolf, le aplicaron un tratamiento que era una mezcla de crueldad, de

supersticiones absurdas y de profilaxis francamente objetable. Yo le digo que es indestructible y que por eso ha sobrevivido. Cuando otros exploradores, años después, exhibieron en Inglaterra a seis pigmeos, la gente no aguantaba la risa. Imagina lo que ha de ser caer en manos de los médicos y brujos pigmeos. Por fin, Mary Thornicroft, que había acompañado a su marido en una expedición por los bosques de Uganda, lo rescató. El pobre se levantaba de una para caer en otra. Mi madre y yo lo conocimos en casa de Mary, en Grasmre. En el viaje de vuelta, casi perdemos la cabeza con el cúmulo de baúles. A todo lo que nosotras habíamos comprado hubo que agregar los trofeos de caza, las armas, las fotografías, hasta los muebles de Rudolf; pero no me arrepiento; hoy veo en todo eso una expresión de su carácter, lleno de defectos, sin duda, pero muy encantador. Aunque estaba seguro de que le hubieran dado la Cruz de Hierro, Rudolf no quiso nunca volver a Alemania, ni encontrar a la gente que antes había conocido. Por increíble que te parezca, le da vergüenza que lo vean así. Tal vez porque lo conocieron cuando era una persona normal... ¡Vaya uno a saber! En todo caso, Rudolf no es cobarde. Sufrió mucho, pero no se queja. Lo que le ha pasado es una lección, dice, que él va a recordar siempre.

La lección inolvidable (pensó Urbina) estaba escrita, para quien pudiera leerla, en la elevada inocencia de Flora que no veía nada cómico en el tamaño de Rudolf. En verdad, ¿qué podía haber de cómico en que un hombre tuviera unos centímetros, o un metro, que para el caso es lo mismo, de más o menos? En tales circunstancias la comicidad era de la categoría más burda, era la comicidad física, que movía a risa al patán cuando alguien caía en la calle o cuando pasaba un rengo. Pensó también Urbina que él nunca llegaría a la altura moral de Flora y



que era propio de naturalezas inferiores lograr sus propósitos por medio de ardidés y que debía encontrar la manera de irse, cuanto antes, a su casa.

—Me voy —dijo—. Rudolf debe estar sufriendo. Vuélvete con él.

—Eres muy bueno —contestó Flora.

Se despidieron con un beso en la mejilla.

En el tren que lo llevaba a Buenos Aires, Urbina anheló estar de vuelta en su casa, como en un refugio, a salvo de la cruel intemperie del mundo, donde hay secretos, y enanos horribles, que lo odian a uno, y mujeres nobles, que lo persiguen; anheló ver a sus padres —los imaginaba muy lejos— y dormirse entre las sábanas frías de su cama. Se mezclaban, en la divagación, a las imágenes de su casa las de la quinta y, quizás porque estaba cansado, se veía a sí mismo, como en un sueño, hablando y gesticulando con un énfasis casi dramático. Exclamaba:

“¡Qué rival tengo!”, sonreía, movía la cabeza. “Pero, a mi modo, soy de tan poca confianza como el tal Rudolf. Me dan la espalda y ya estoy riéndome de los sentimientos de Flora. Lo que salva al amor —reconozcamos que todo amor es un poco ciego, bastante ridículo, demasiado antihigiénico e íntimo— es la pureza de los sentimientos. ¿Hay alguien más puro y más delicado que Flora?” En seguida reflexionó que tal vez fuera ridículo tener un rival así, pero que era ventajoso. Bastaba que ahí estuvieran los dos, el tiempo traería comparaciones y, aunque Rudolf se portara como un niño modelo, había pocas dudas sobre quién finalmente triunfaría. Con cinismo, también con el instintivo temor de los hombres de cargar con una mujer, de pronto se preguntó: “¿Vale la pena ganar este premio?” Luego, con menos cinismo, con más filosofía, se preguntó si en absoluto valdría la pena ganar. Estaba razonablemente seguro del triunfo.

Llegó a la casa a las seis de la mañana. Sus padres lo esperaban.

—Nos tenías con cuidado. ¡Qué hora de volver! —dijo la madre—. ¡Cómo vas a estar mañana!

—Ya es mañana —afirmó el padre.

—Te habrás pasado la noche con esa vandalla —dijo la madre.

—¿Con quién? —preguntó Urbina, auténticamente sorprendido.

No creía que hablaran de Flora; pensaba que no la conocían y que de ningún modo la vinculaban a él. La madre lo desengañó:

—Con la Flora Larquier —precisó—. ¿Imaginas que no sabemos? Todo el mundo lo sabe.

—Todo el mundo sabe, ¿qué?

—Todo el mundo sabe que es una loca —dijo el padre—. Quiere ponerte en ridículo.

Lo que más le indignó fue la debilidad lógica de la imputación. Muy enojado contestó:

—¿Cómo? ¿Me ve para ponerme en ridículo? ¿Por qué es loca Flora Larquier? ¿Se puede saber?

—Es un ingenuo —contestó el padre.

—¿Por qué? —insistió Urbina.

—Porque no sabes lo que todo el mundo sabe —explicó la madre—. Tu Flora vive con un hombre que tiene escondido en la quinta. Un mucamo o un pinche de cocina.

—¡Qué disparate!

—Él sabe más que nadie. Es un ingenuo —insistió el padre—: La Flora esa lo tiene completamente engañado. Se habrá enterado de la herencia del tío Joaquín.

—No soy ingenuo —protestó Urbina—. Flora no me engaña. Yo mismo no me acuerdo de la herencia, Flora la ignora, y el mucamo no existe.

La madre interrogó:

—¿Cómo que no existe? ¿Me vas a decir que en tamaño caserón no hay un mucamo? La peor avaricia.

—Lo tiene engañado —dijo de nuevo el padre.

—No me tiene engañado —aseguró Urbina—. Me ha dado una prueba de confianza que muy pocas mujeres se atreverían a dar.

—Reconoce que hay un secreto —dijo el padre.

—¿Un secreto? —repitió la madre—. El mucamo ese.

—No es un mucamo. Es un hombrecito de este tamaño —respondió Urbina, mostrando la mano derecha con los dedos bien abiertos.

—¿Estás loco? —le preguntó el padre—. Por favor, abre los ojos, abre los ojos. ¿Te ha hecho creer eso?

—No me ha hecho creer nada —contestó Urbina—. Hoy lo he visto. Se llama Rudolf. Me mordió el dedo. Aquí están las marcas de los dientes.

—¿Te pusiste agua oxigenada? —preguntó la madre.

—¡Es una degenerada! —gritó el padre y meció la cabeza con las manos—. ¡Es un asco!

—Bonito rival —exclamó la madre—. ¿Dices que es del tamaño de un dedo?

—Esto es demasiado atroz —gimió el padre—. Nuestro hijo, que se recibió tan joven, en el que habíamos puesto las esperanzas. ¡Cómo se va a reír la gente! ¿Estaremos soñando?

Grises, desgredados, con batones, nunca vio tan viejos a sus padres. Urbina partió de la casa con la sospecha de que el padre lloraba. Estaba seguro de que ambos quedaban abrazados, en el centro del cuarto.

Cuando volvió a la calle le pareció que la mañana se había oscurecido. Miró el cielo bajo, las casas grises, las persianas cerradas, los tachos de basura alineados frente a las puertas. Pensó que había maltratado a sus padres; con la pena, el cansancio aumentó prodigiosamen-

te. Llamaría a Rosaura para que le permitiera dormir un rato en su casa. Rosaura le permitiría eso y mucho más; pero él no podía hoy tolerar su mirada tierna. “Si apelo a Rosaura”, reflexionó, “cometo una indelicadeza con Flora”. Recordó que Otero le había dicho que madrugaba para estudiar. Iría a su casa. En seguida pensó que Otero le había mentido y que él tendría que explicarle por qué lo despertaba a esas horas. Creyó que su amigo encontraría cómica la situación y comentaría burlonamente la “talla” del rival, los gustos de Flora, etcétera. Se enojó mucho. Desengañado de la familia, asqueado de la amistad, se encaminó al Retiro, diciéndose que su mundo era el de Flora y el hombrecito, proponiéndose, porque el honor existe, respetar el juramento pronunciado sobre la piedra negra. EN el primer tren partió para el Tigre.

En la puerta de la quinta, mientras aguardaba que la abrieran, se preguntó con inquietud: “¿Seré bienvenido?” Luego pensó: “No importa. A esta altura de las cosas, no importa. El verdadero problema será evitar las conversaciones y echarse pronto a dormir.”

Flora abrió la puerta. Envuelta en un batón celeste, con la rubia cabellera un poco desordenada, tenía en la cara y en el cuello una luz de oro; a Urbina le pareció extremadamente hermosa.

—¿Tú aquí? —preguntó Flora.

—Me disgusté con mis padres.

—Espero que no hayas dicho nada.

—No —se apresuró a mentir Urbina—. Se enojaron por la hora.

—Tienes razón. Es tardísimo. No sé qué me pasa, pero me muero de sueño. Tengo que dormir un rato. Después me cuentas todo.

En el inmenso hall de arriba encontraron a Rudolf, que se paseaba majestuosamente por el suelo, empuñando el cetro, como un rey diminuto. En su porte había algo salvaje y feroz.

—Aquí estoy —dijo Urbina como quien se excusa.

—Me alegro —contestó Rudolf.

Flora, abriendo una puerta, dijo a Urbina:

—Por hoy te pongo aquí. ¿Quieres alguna manta?

—Gracias. No hace falta.

Entró en un cuarto gris, amueblado solamente con un diván rosado. Se echó en el diván. Lo último que vio fue esos colores, el gris y el rosa, y quedó profundamente dormido. Tuvo pesadillas: sus padres lloraban, estaban muy lejos, él no volvería a verlos; por fin, con una felicidad incontenible, en un sueño encontró a su padre. Éste le dijo, en un tono autoritario, que Urbina no le conocía:

—Abre los ojos, abre los ojos.

En cuanto abrió los ojos sintió el dolor atroz, el objeto increíblemente punzante, la sensación de frío y calor. Aterrado, pidió auxilio.

Oyó la voz de Flora, que decía desconsoladamente:

—Le clavó el cetro en los ojos.

Todo luego fue confusión, Flora trajo un médico de San Isidro, amigo de la familia, que aseguró que no había peligro de que las heridas se infectaran.

—Todavía no me acostumbro a no ver —explicó Urbina—. Me siento vulnerable. Te confieso que tengo miedo de Rudolf.

—Lo encerré en el cuarto de mamá.

—¿No podrá escapar?

—No creo.

Flora casi no se apartó de su lado, pero como resolvieran irse a Europa, tuvo que dejarlo ocasionalmente,

para preparar el viaje. Cuando quedaba solo, temía un ataque de Rudolf y, más aún, que Flora no volviera. El peligro del ataque fue, por fin, conjurado: en las últimas salidas, Flora encerró a Rudolf en el carterón y lo llevó consigo. Este recurso, como Flora lo había comprobado en aquel paseo por el bosque de Palermo y tantas otras veces, tenía inconvenientes: durante los inevitables enojos de Rudolf, el carterón, por más que ella lo sujetara con ambas manos, temblaba, se convulsionaba, llegaba a dar pequeños brincos. Otero trajo de la casa de Urbina los documentos para viajar y el libro de cheques. Los padres llamaron por teléfono a la quinta; les dijeron que él había partido al Rosario, a dar una conferencia en el Ateneo; Urbina quería evitar que se enteraran de que había perdido la vista. Les comunicaría la desgracia desde Europa después de prepararlos con cartas que anunciarían una enfermedad en los ojos y la intención de consultar a un médico en Barcelona. En esta mentira había parte de verdad, porque Flora parecía creer que ese médico podría sanarlo; el de San Isidro no dio esperanzas.

Por fin se embarcaron. Llenaba el barco una muchedumbre clamorosa y brusca. Urbina trataba de parecer tranquilo; en verdad temía soltarse de Flora y quedar solo entre la gente. La orquesta de abordó acometió una marcha. Alguien los empujó, los apartó brutalmente. Tuvo un instantáneo pavor; le pareció que el pecho se le rompía de angustia. El barco navegaba. Con el tiempo, Urbina pudo reprimir el pavor, habituarse a la soledad. Flora lo había dejado para volver a su hombrecito.

El primer domingo de navegación, Urbina se dejó conducir hasta uno de los salones del barco, donde oficiaban misa. El sermón trató de aquel versículo de San Pablo, que dice: *¿Tú quién eres que juzgas al siervo ajeno? Para su señor está en pie o cae.*

---

## LA TRAMA CELESTE

CUANDO el capitán Ireneo Morris y el doctor Carlos Alberto Servian, médico homeópata, desaparecieron, un 20 de diciembre, de Buenos Aires, los diarios apenas comentaron el hecho. Se dijo que había gente engañada, gente complicada y que una comisión estaba investigando; se dijo también que el escaso radio de acción del aeroplano utilizado por los fugitivos permitía afirmar que éstos no habían ido muy lejos. Yo recibí en esos días una encomienda; contenía: tres volúmenes *in quarto* (las obras completas del comunista Luis Augusto Blanqui); un anillo de escaso valor (un aguamarina en cuyo fondo se veía la efigie de una diosa con cabeza de caballo); unas cuantas páginas escritas a máquina —*Las aventuras del capitán Morris*— firmadas C.A.S. Transcribiré esas páginas.

### LAS AVENTURAS DEL CAPITÁN MORRIS

Este relato podría empezar con alguna leyenda celta que nos hablara del viaje de un héroe a un país que está del otro lado de una fuente, o de una infranqueable pri-

sión hecha de ramas tiernas, o de un anillo que torna invisible a quien lo lleva, o de una nube mágica, o de una joven llorando en el remoto fondo de un espejo que está en la mano del caballero destinado a salvarla, o de la busca, interminable y sin esperanza, de la tumba del rey Arturo:

*Ésta es la tumba de March y ésta la de Gwythyr;  
ésta es la tumba de Gwgawn Gleddyffreidd;  
pero la tumba de Arturo es desconocida.*

También podría empezar con la noticia, que oí con asombro y con indiferencia, de que el tribunal militar acusaba de traición al capitán Morris. O con la negación de la astronomía. O con una teoría de esos movimientos, llamados “pases”, que se emplean para que aparezcan o desaparezcan los espíritus.

Sin embargo, yo elegiré un comienzo menos estimulante; si no lo favorece la magia, lo recomienda el método. Esto no importa un repudio de lo sobrenatural, menos aún el repudio de las alusiones o invocaciones del primer párrafo.

Me llamo Carlos Alberto Servian, y nací en Rauch; soy armenio. Hace ocho siglos que mi país no existe; pero deje que un armenio se arrime a su árbol genealógico: toda su descendencia odiará a los turcos. “Una vez armenio, siempre armenio.” Somos como una sociedad secreta, como un clan, y dispersos por los continentes, la indefinible sangre, unos ojos y una nariz que se repiten, un modo de comprender y de gozar la tierra, ciertas habilidades, ciertas intrigas, ciertos desarreglos en que nos reconocemos, la apasionada belleza de nuestras mujeres, nos unen.

Soy, además, hombre soltero y, como el Quijote, vivo (vivía) con una sobrina: una muchacha agradable, joven y laboriosa. Añadiría otro calificativo —tranquila—, pero



debo confesar que en los últimos tiempos no lo mereció. Mi sobrina se entretenía en hacer las funciones de secretaria, y, como no tengo secretaria, ella misma atendía el teléfono, pasaba en limpio y arreglaba con certera lucidez las historias médicas y las sintomatologías que yo apuntaba al azar de las declaraciones de los enfermos (cuya regla común es el desorden) y organizaba mi vasto archivo. Practicaba otra diversión no menos inocente: ir conmigo al cinematógrafo los viernes a la tarde. Esa tarde era viernes.

Se abrió la puerta; un joven militar entró, enérgicamente, en el consultorio.

Mi secretaria estaba a mi derecha, de pie, atrás de la mesa, y me extendía, impasible, una de esas grandes hojas en que apunto los datos que me dan los enfermos. El joven militar se presentó sin vacilaciones —era el teniente Kramer— y después de mirar ostensiblemente a mi secretaria, preguntó con voz firme:

—¿Hablo?

Le dije que hablara. Continuó:

—El capitán Ireneo Morris quiere verlo. Está detenido en el Hospital Militar.

Tal vez contaminado por la marcialidad de mi interlocutor, respondí:

—A sus órdenes.

—¿Cuándo irá? —preguntó Kramer.

—Hoy mismo. Siempre que me dejen entrar a estas horas...

—Lo dejarán —declaró Kramer, y con movimientos ruidosos y gimnásticos hizo la venia. Se retiró en el acto.

Miré a mi sobrina; estaba demudada. Sentí rabia y le pregunté qué le sucedía. Me interpeló:

—¿Sabes quién es la única persona que te interesa?

Tuve la ingenuidad de mirar hacia donde me señalaba. Me vi en el espejo. Mi sobrina salió del cuarto, corriendo.

Desde hacía un tiempo estaba menos tranquila. Además había tomado la costumbre de llamarme egoísta. Parte de la culpa de esto la atribuyo a mi ex libris. Lleva triplemente inscrita —en griego, en latín y en español— la sentencia *Conócete a ti mismo* (nunca sospeché hasta dónde me llevaría esta sentencia) y me reproduce contemplando, a través de una lupa, mi imagen en un espejo. Mi sobrina ha pegado miles de estos ex libris en miles de volúmenes de mi versátil biblioteca. Pero hay otra causa para esta fama de egoísmo. Yo era un metódico, y los hombres metódicos, los que sumidos en oscuras ocupaciones postergamos los caprichos de las mujeres, parecemos locos, o imbéciles, o egoístas.

Atendí (confusamente) a dos clientes y me fui al Hospital Militar.

Habían dado las seis cuando llegué al viejo edificio de la calle Pozos. Después de una solitaria espera y de un cándido y breve interrogatorio me condujeron a la pieza ocupada por Morris. En la puerta había un centinela con bayoneta. Adentro, muy cerca de la cama de Morris, dos hombres que no me saludaron jugaban al dominó.

Con Morris nos conocemos de toda la vida; nunca fuimos amigos. He querido mucho a su padre. Era un viejo excelente, con la cabeza blanca, redonda, rapada, y los ojos azules, excesivamente duros y despiertos; tenía un ingobernable patriotismo galés, una incontenible manía de contar leyendas celtas. Durante muchos años (los más felices de mi vida) fue mi profesor. Todas las tardes estudiábamos un poco, él contaba y yo escuchaba las aventuras de los mabinogion, y en seguida reponíamos fuerzas tomando unos mates con azúcar quemada. Por los patios andaba Ireneo; cazaba pájaros y ratas, y con un

cortaplumas, un hilo y una aguja, combinaba cadáveres heterogéneos; el viejo Morris decía que Ireneo iba a ser médico. Yo iba a ser inventor, porque aborrecía los experimentos de Ireneo y porque alguna vez había dibujado una bala con resortes, que permitiría los más envejecedores viajes interplanetarios, y un motor hidráulico que, puesto en marcha, no se detendría nunca. Ireneo y yo estábamos alejados por una mutua y consciente antipatía. Ahora, cuando nos encontramos, sentimos una gran dicha, una floración de nostalgias y de cordialidades, repetimos un breve diálogo con fervientes alusiones a una amistad y a un pasado imaginarios, y en seguida no sabemos qué decirnos.

El País de Gales, la tenaz corriente celta, había acabado en su padre. Ireneo es tranquilamente argentino, e ignora y desdeña por igual a todos los extranjeros. Hasta en su apariencia es típicamente argentino (algunos lo han creído sudamericano): más bien chico, delgado, fino de huesos, de pelo negro —muy peinado, reluciente—, de mirada sagaz.

Al verme pareció emocionado (yo nunca lo había visto emocionado, ni siquiera en la noche de la muerte de su padre). Me dijo con voz clara; como para que oyeran los que jugaban al dominó:

—Dame esa mano. En estas horas de prueba has demostrado ser el único amigo.

Esto me pareció un agradecimiento excesivo para mi visita. Morris continuó:

—Tenemos que hablar de muchas cosas, pero comprenderás que ante un par de circunstancias así —miró con gravedad a los dos hombres— prefiero callar. Dentro de pocos días estaré en casa; entonces será un placer recibirte.

Creí que la frase era una despedida. Morris agregó que “si no tenía apuro” me quedara un rato.

—No quiero olvidarme —continuó—. Gracias por los libros.

Murmuré algo, confusamente. Ignoraba qué libros me agradecía. He cometido errores, no el de mandar libros a Ireneo.

Habló de accidentes de aviación; negó que hubiera lugares —El Palomar, en Buenos Aires; el Valle de los Reyes, en Egipto— que irradiaran corrientes capaces de provocarlos.

En sus labios, “el Valle de los Reyes” me pareció increíble. Le pregunté cómo lo conocía.

—Son las teorías del cura Moreau —repuso Morris—. Otros dicen que nos falta disciplina. Es contraria a la idiosincrasia de nuestro pueblo, si me seguís. La aspiración del aviador criollo es aeroplanos como la gente. Si no, acordáte de las proezas de Mira, con el Golondrina, una lata de conservas atada con alambres...

Le pregunté por su estado y por el tratamiento a que lo sometían. Entonces fui yo quien habló en voz bien alta, para que oyeran los que jugaban al dominó.

—No admitas inyecciones. Nada de inyecciones. No te envenenes la sangre. Toma un *Depuratum 6* y después un *Árnica 10000*. Sos un caso típico de *Árnica*. No lo olvides: dosis infinitesimales.

Me retiré con la impresión de haber logrado un pequeño triunfo. Pasaron tres semanas. En casa hubo pocas novedades. Ahora, retrospectivamente, quizá descubra que mi sobrina estuvo más atenta que nunca, y menos cordial. Según nuestra costumbre los dos viernes siguientes fuimos al cinematógrafo; pero el tercer viernes, cuando entré en su cuarto, no estaba. Había salido, ¡había olvidado que esa tarde iríamos al cinematógrafo!

Después llegó un mensaje de Morris. Me decía que ya estaba en su casa y que fuera a verlo cualquier tarde.

Me recibió en el escritorio. Lo digo sin reticencias: Morris había mejorado. Hay naturalezas que tienden tan invenciblemente al equilibrio de la salud, que los peores venenos inventados por la alopatía no las abrumen.

Al entrar en esa pieza tuve la impresión de retroceder en el tiempo; casi diría que me sorprendió no encontrar al viejo Morris (muerto hace diez años), aseado y benigno, administrando con reposo los *impedimenta* del mate. Nada había cambiado. En la biblioteca encontré los mismos libros, los mismos bustos de Lloyd George y de William Morris, que habían contemplado mi agradable y ociosa juventud, ahora me contemplaban; y en la pared colgaba el horrible cuadro que sobrecogió mis primeros insomnios: la muerte de Griffith ap Rhys, conocido como *el fulgor y el poder y la dulzura de los varones del sur*.

Traté de llevarlo inmediatamente a la conversación que le interesaba. Dijo que sólo tenía que agregar unos detalles a lo que me había expuesto en su carta. Yo no sabía qué responder; yo no había recibido ninguna carta de Ireneo. Con súbita decisión le pedí que si no le fatigaba me contara todo desde el principio.

Entonces Ireneo Morris me relató su misteriosa historia.

Hasta el 23 de junio pasado había sido probador de los aeroplanos del ejército. Primero cumplió esas funciones en la fábrica militar de Córdoba, últimamente había conseguido que lo trasladaran a la base del Palomar.

Me dio su palabra de que él, como probador, era una persona importante. Había hecho más vuelos de ensayo que cualquier aviador americano (sur y centro). Su resistencia era extraordinaria.

Tanto había repetido esos vuelos de prueba que, automáticamente, inevitablemente, llegó a ejecutar uno solo.

Sacó del bolsillo una libreta y en una hoja en blanco trazó una serie de líneas en zigzag; escrupulosamente anotó números (distancias, alturas, graduación de ángulos); después arrancó la hoja y me la obsequió. Me apresuré a agradecerle. Declaró que yo poseía “el esquema clásico de sus pruebas”.

Alrededor del 15 de junio le comunicaron que en esos días probaría un nuevo Breguet —el 309— monoplaça, de combate. Se trataba de un aparato construido según una patente francesa de hacía dos o tres años y el ensayo se cumpliría con bastante secreto. Morris se fue a su casa, tomó una libreta de apuntes —“como lo había hecho hoy”—, dibujó el esquema —“el mismo que yo tenía en el bolsillo”—. Después se entretuvo en complicarlo; después —“en ese mismo escritorio donde nosotros departábamos amigablemente”— imaginó esos agregados, los grabó en la memoria.

El 23 de junio, alba de una hermosa y terrible aventura, fue un día gris, lluvioso. Cuando Morris llegó al aeródromo, el aparato estaba en el hangar. Tuvo que esperar que lo sacaran. Caminó para no enfermarse de frío, consiguió que se le empaparan los pies. Finalmente, apareció el Breguet. Era un monoplano de alas bajas, “nada del otro mundo, te aseguro”. Lo inspeccionó someramente. Morris me miró en los ojos y en voz baja me comunicó: el asiento era estrecho, notablemente incómodo. Recordó que el indicador de combustible marcaba “lleno” y que en las alas el Breguet no tenía ninguna insignia. Dijo que saludó con la mano y que en seguida el ademán le pareció falso. Corrió unos quinientos metros y despegó. Empezó a cumplir lo que él llamaba su “nuevo esquema de prueba”.

Era el probador más resistente de la República. Pura resistencia física, me aseguró. Estaba dispuesto a contarme la verdad. Aunque yo no podía creerlo, de pronto se le nubló la vista. Aquí Morris habló mucho; llegó a exaltarse; por mi parte, olvidé el “compadrito” peinado que tenía enfrente; seguí el relato: poco después de emprender los ejercicios nuevos sintió que la vista se le nublabá, se oyó decir “qué vergüenza, voy a perder el conocimiento”, embistió una vasta mole oscura (quizá una nube), tuvo una visión efímera y feliz, como la visión de un radiante paraíso... Apenas consiguió enderezar el aeroplano cuando estaba por tocar el campo de aterrizaje.

Volvió en sí. Estaba dolorosamente acostado en una cama blanca, en un cuarto alto, de paredes blancuzcas y desnudas. Zumbó un moscardón; durante algunos segundos creyó que dormía la siesta, en el campo. Después supo que estaba herido; que estaba detenido; que estaba en el Hospital Militar. Nada de esto le sorprendió, pero todavía tardó un rato en recordar el accidente. Al recordarlo tuvo la verdadera sorpresa: no comprendía cómo había perdido el conocimiento. Sin embargo, no lo perdió una sola vez... De esto hablaré mas adelante.

La persona que lo acompañaba era una mujer. La miró. Era una enfermera.

Dogmático y discriminativo, habló de mujeres en general. Fue desagradable. Dijo que había un tipo de mujer, y hasta una mujer determinada y única, para el animal que hay en el centro de cada hombre, y agregó algo en el sentido de que era un infortunio encontrarla, porque el hombre siente lo decisiva que es para su destino y la trata con temor y con torpeza, preparándose un futuro de ansiedad y de monótona frustración. Afirmó que, para el hombre “como es debido”, entre las demás mujeres no habrá diferencias notables, ni peligros. Le pregun-

té si la enfermera correspondía a su tipo. Me respondió que no, y aclaró: “Es una mujer plácida y maternal, pero bastante linda.”

Continuó su relato. Entraron unos oficiales (precisó las jerarquías). Un soldado trajo una mesa y una silla; se fue, y volvió con una máquina de escribir. Se sentó frente a la máquina, y escribió en silencio. Cuando el soldado se detuvo, un oficial interrogó a Morris:

—¿Su nombre?

No le sorprendió esta pregunta. Pensó: “mero formulismo”. Dijo su nombre, y tuvo el primer signo del horrible complot que inexplicablemente lo envolvía. Todos los oficiales rieron. Él nunca había imaginado que su nombre fuera ridículo. Se enfureció. Otro de los oficiales dijo:

—Podía inventar algo menos increíble. —Ordenó al soldado de la máquina—: Escriba, no más.

—¿Nacionalidad?

—Argentino —afirmó sin vacilaciones.

—¿Pertenece al ejército?

Tuvo una ironía:

—Yo soy el del accidente, y ustedes parecen los golpeados.

Si rieron un poco (entre ellos, como si Morris estuviera ausente).

Continuó:

—Pertenezco al ejército, con grado de capitán, regimiento 7, escuadrilla novena.

—¿Con base en Montevideo? —preguntó sarcásticamente uno de los oficiales.

—En Palomar —respondió Morris.

Dio su domicilio: Bolívar 971. Los oficiales se retiraron. Volvieron al día siguiente, éstos y otros. Cuando comprendió que dudaban de su nacionalidad, o que simulaban dudar, quiso levantarse de la cama, pelearlos. La heri-



da y la tierna presión de la enfermera lo contuvieron. Los oficiales volvieron a la tarde del otro día, a la mañana del siguiente. Hacía un calor tremendo; le dolía todo el cuerpo; me confesó que hubiera declarado cualquier cosa para que lo dejaran en paz.

¿Qué se proponían? ¿Por qué ignoraban quién era? ¿Por qué lo insultaban, por qué simulaban que no era argentino? Estaba perplejo y enfurecido. Una noche la enfermera lo tomó de la mano y le dijo que no se defendía juiciosamente. Respondió que no tenía de qué defenderse. Pasó la noche despierto, entre accesos de cólera, momentos en que estaba decidido a encarar con tranquilidad la situación, y violentas reacciones en que se negaba a “entrar en ese juego absurdo”. A la mañana quiso pedir disculpas a la enfermera por el modo con que la había tratado; comprendía que la intención de ella era benévola, “y no es fea, me entendés”; pero como no sabía pedir disculpas, le preguntó irritadamente qué le aconsejaba. La enfermera le aconsejó que llamara a declarar a alguna persona de responsabilidad.

Cuando vinieron los oficiales dijo que era amigo del teniente Kramer y del teniente Viera, del capitán Faverrío, de los tenientes coroneles Margaride y Navarro.

A eso de las cinco apareció con los oficiales el teniente Kramer, su amigo de toda la vida. Morris dijo con vergüenza que “después de una conmoción, el hombre no es el mismo” y que al ver a Kramer sintió lágrimas en los ojos. Reconoció que se incorporó en la cama y abrió los brazos cuando lo vio entrar. Le gritó:

—Vení, hermano.

Kramer se detuvo y lo miró impávidamente. Un oficial le preguntó:

—Teniente Kramer, ¿conoce usted al sujeto?

La voz era insidiosa. Morris dice que esperó —esperó que el teniente Kramer, con una súbita exclamación cordial, revelara su actitud como parte de una broma— ... Kramer contestó con demasiado calor, como si temiera no ser creído:

—Nunca lo he visto. Mi palabra que nunca lo he visto.

Le creyeron inmediatamente, y la tensión que durante unos segundos hubo entre ellos desapareció. Se alejaron: Morris oyó las risas de los oficiales, y la risa franca de Kramer, y la voz de un oficial que repetía “A mí no me sorprende, créame que no me sorprende. Tiene un descaro.”

Con Viera y con Margaride la escena volvió a repetirse, en lo esencial. Hubo mayor violencia. Un libro —uno de los libros que yo le habría enviado— estaba debajo de las sábanas, al alcance de su mano y alcanzó el rostro de Viera cuando éste simuló que no se conocían. Morris dio una descripción circunstanciada que no creo íntegramente. Aclaro: no dudo de su coraje, sí de su velocidad epigramática. Los oficiales opinaron que no era indispensable llamar a Faverio, que estaba en Mendoza. Imaginó entonces tener una inspiración; pensó que si las amenazas convertían en traidores a los jóvenes, fracasarían ante el general Huet, antiguo amigo de su casa, que siempre había sido con él como un padre, o, más bien, como un recísimo padrastro.

Le contestaron secamente que no había, que nunca hubo, un general de nombre tan ridículo en el ejército argentino.

Morris no tenía miedo; tal vez si hubiera conocido el miedo se hubiera defendido mejor. Afortunadamente, le interesaban las mujeres, “y usted sabe cómo les gusta agrandar los peligros y lo cavilosas que son”. La otra vez la enfermera le había tomado la mano para convencerlo

del peligro que lo amenazaba; ahora Morris la miró en los ojos y le preguntó el significado de la confabulación que había contra él. La enfermera repitió lo que había oído: su afirmación de que el 23 había probado el Breguet en El Palomar era falsa; en El Palomar nadie había probado aeroplanos esa tarde. El Breguet era de un tipo recientemente adoptado por el ejército argentino, pero su numeración no correspondía a la de ningún aeroplano del ejército argentino. “¿Me creen espía?”, preguntó con incredulidad. Sintió que volvía a enfurecerse. Tímidamente, la enfermera respondió: “Creen que ha venido de algún país hermano.” Morris le juró como argentino que era argentino, que no era espía; ella pareció emocionada, y continuó en el mismo tono de voz: “El uniforme es igual al nuestro; pero han descubierto que las costuras son diferentes.” Agregó: “Un detalle imperdonable”, y Morris comprendió que ella tampoco le creía. Sintió que se ahogaba de rabia, y, para disimular, la besó en la boca y la abrazó.

A los pocos días la enfermera le comunicó: “Se ha comprobado que diste un domicilio falso.” Morris protestó inútilmente; la mujer estaba documentada: el ocupante de la casa era el señor Carlos Grimaldi. Morris tuvo la sensación del recuerdo, de la amnesia. Le pareció que ese nombre estaba vinculado a alguna experiencia pasada; no pudo precisarla.

La enfermera le aseguró que su caso había determinado la formación de dos grupos antagónicos: el de los que sostenían que era extranjero y el de los que sostenían que era argentino. Más claramente: unos querían desterrarlo; otros fusilarlo.

—Con tu insistencia de que sos argentino —dijo la mujer— ayudás a los que reclaman tu muerte.

Morris le confesó que por primera vez había sentido en su patria “el desamparo que sienten los que visitan otros países”. Pero seguía no temiendo nada.

La mujer lloró tanto que él, por fin, le prometió acceder a lo que pidiera. “Aunque te parezca ridículo, me gustaba verla contenta.” La mujer le pidió que “reconociera” que no era argentino. “Fue un golpe terrible, como si me dieran una ducha. Le prometí complacerla, sin ninguna intención de cumplir la promesa.” Opuso dificultades:

—Digo que soy de tal país. Al día siguiente contestan de ese país que mi declaración es falsa.

—No importa —afirmó la enfermera—. Ningún país va a reconocer que manda espías. Pero con esa declaración y algunas influencias que yo mueva, tal vez triunfen los partidarios del destierro, si no es demasiado tarde.

Al otro día un oficial fue a tomarle declaración. Estaban solos; el hombre le dijo:

—Es un asunto resuelto. Dentro de una semana firman la sentencia de muerte.

Morris me explicó:

—No me quedaba nada que perder...

“Para ver lo que sucedía”, le dijo al oficial:

—Confieso que soy uruguayo.

A la tarde confesó la enfermera: le dijo a Morris que todo había sido una estratagema; que había temido que no cumpliera su promesa; el oficial era amigo y llevaba instrucciones para sacarle la declaración. Morris comentó brevemente: —Si era otra mujer, la azoto.

Su declaración no había llegado a tiempo; la situación empeoraba. Según la enfermera, la única esperanza estaba en un señor que ella conocía y cuya identidad no podía revelar. Este señor quería verlo antes de interceder en su favor.

—Me dijo francamente —aseguró Morris— trató de evitar la entrevista. Temía que yo causara mala impresión. Pero el señor quería verme y era la última esperanza que nos quedaba. Me recomendó no ser intransigente.

—El señor no vendrá al hospital —dijo la enfermera.

—Entonces no hay nada que hacer —respondió Morris, con alivio.

La enfermera siguió:

—La primera noche que tengamos centinelas de confianza, vas a verlo. Ya estás bien, irás solo.

Se sacó un anillo del dedo anular y se lo entregó.

—Lo calcé en el dedo meñique. Es una piedra, un vidrio o un brillante, con la cabeza de un caballo en el fondo. Debía llevarlo con la piedra hacia el interior de la mano, y los centinelas me dejarían entrar y salir como si no me vieran.

La enfermera le dio instrucciones. Saldría a las doce y media y debía volver antes de las tres y cuarto de la madrugada. La enfermera le escribió en un papelito la dirección del señor.

—¿Tenés el papel? —le pregunté.

—Sí, creo que sí —respondió, y lo buscó en su billetera. Me lo entregó displicentemente.

Era un papelito azul; la dirección —Márquez 6890— estaba escrita con letra femenina y firme (“del *Sacré-Coeur*”, declaró Morris, con inesperada erudición).

—¿Cómo se llama la enfermera? —inquirí por simple curiosidad.

Morris pareció incomodo. Finalmente, dijo:

—La llamaban Idibal. Ignoro si es nombre o apellido. Continuó su relato:

Llegó la noche fijada para la salida. Idibal no apareció. Él no sabía qué hacer. A las doce y media resolvió salir.

Le pareció inútil mostrar el anillo al centinela que estaba en la puerta de su cuarto. El hombre levantó la bayoneta. Morris mostró el anillo; salió libremente. Se recostó contra una puerta: a lo lejos, en el fondo del corredor, había visto a un cabo. Después, siguiendo indicaciones de Idibal, bajó por una escalera de servicio y llegó a la puerta de calle. Mostró el anillo y salió.

Tomó un taxímetro; dio la dirección apuntada en el papel. Anduvieron más de media hora; rodearon por Juan B. Justo y Gaona los talleres del F.C.O. y tomaron una calle arbolada, hacia el límite de la ciudad; después de cinco o seis cuadras se detuvieron ante una iglesia que emergía, copiosa de columnas y de cúpulas, entre las casas bajas del barrio, blanca en la noche.

Creyó que había un error; miró el número en el papel: era el de la iglesia.

—¿Debías esperar afuera o adentro? —interrogué.

El detalle no le incumbía; entró. No vio a nadie. Le pregunté cómo era la iglesia. Igual a todas, contestó. Después supe que estuvo un rato junto a una fuente con peces, en la que caían tres chorros de agua.

Apareció “un cura de esos que se visten de hombres, como los del Ejército de Salvación” y le preguntó si buscaba a alguien. Dijo que no. El cura se fue; al rato volvió a pasar. Estas venidas se repitieron tres o cuatro veces. Aseguró Morris que era admirable la curiosidad del sujeto, y que él ya iba a interpellarlo; pero que el otro le preguntó si tenía “el anillo del convivio”.

—¿El anillo del qué?... —preguntó Morris. Y continuó explicándome:— Imagínate ¿cómo se me iba a ocurrir que hablaba del anillo que me dio Idibal?

El hombre le miró curiosamente las manos, y le ordenó:

—Muéstrame ese anillo.

Morris tuvo un movimiento de repulsión; después mostró el anillo.

El hombre lo llevó a la sacristía y le pidió que le explicara el asunto. Oyó el relato con aquiescencia; Morris aclaró: “Como una explicación más o menos hábil, pero falsa; seguro de que no pretendería engañarlo, de que él oiría, finalmente, la explicación verdadera, mi confesión.”

Cuando se convenció de que Morris no hablaría más, se irritó y quiso terminar la entrevista. Dijo que trataría de hacer algo por él.

Al salir, Morris buscó Rivadavia. Se encontró frente a dos torres que parecían la entrada de un castillo o de una ciudad antigua; realmente eran la entrada de un hueco, interminable en la oscuridad. Tuvo la impresión de estar en un Buenos Aires sobrenatural y siniestro. Caminó unas cuadras; se cansó; llegó a Rivadavia, tomó un taxímetro y le dio la dirección de su casa: Bolívar 971.

Se bajó en Independencia y Bolívar; caminó hasta la puerta de la casa. No eran todavía las dos de la mañana. Le quedaba tiempo.

Quiso poner la llave en la cerradura; no pudo. Apretó el timbre. No le abrían; pasaron diez minutos. Se indignó de que la sirvientita aprovechara su ausencia —su desgracia— para dormir afuera. Apretó el timbre con toda su fuerza. Oyó ruidos que parecían venir de muy lejos; después, una serie de golpes —uno seco, otro fugaz— rítmicos, crecientes. Apareció, enorme en la sombra, una figura humana. Morris se bajó el ala del sombrero y retrocedió hasta la parte menos iluminada del zaguán. Reconoció inmediatamente a ese hombre soñoliento y furioso y tuvo la impresión de ser él quien estaba soñan-

do. Se dijo: "Si, el rengo Grimaldi, Carlos Grimaldi." Ahora recordaba el nombre. Ahora, increíblemente, estaba frente al inquilino que ocupaba la casa cuando su padre la compró, hacía más de quince años.

Grimaldi irrumpió:

—¿Qué quiere?

Morris recordó el astuto empecinamiento del hombre en quedarse en la casa y las infructuosas indignaciones de su padre, que decía "lo voy a sacar con el carrito de la Municipalidad", y le mandaba regalos para que se fuera.

—¿Está la señorita Carmen Soares? —preguntó Morris, "ganando tiempo".

Grimaldi blasfemó, dio un portazo, apagó la luz. En la oscuridad, Morris oyó alejarse los pasos alternados; después, en una conmoción de vidrios y de hierros, pasó un tranvía; después se restableció el silencio. Morris pensó triunfalmente: "No me ha reconocido."

En seguida sintió vergüenza, sorpresa, indignación. Resolvió romper la puerta a puntapiés y sacar al intruso. Como si estuviera borracho, dijo en voz alta: "Voy a levantar una denuncia en la seccional." Se preguntó qué significaba esa ofensiva múltiple y envolvente que sus compañeros habían lanzado contra él. Decidió consultarme.

Si me encontraba en casa, tendría tiempo de explicarme los hechos. Subió a un taxímetro, y ordenó al chofer que lo llevara al pasaje Owen. El hombre lo ignoraba. Morris le preguntó de mal modo para qué daban exámenes. Abominó de todo: de la policía, que deja que nuestras casas se llenen de intrusos; de los extranjeros, que nos cambian el país y nunca aprenden a manejar. El chofer le propuso que tomara otro taxímetro. Morris le ordenó que tomara Vélez Sarsfield hasta cruzar las vías.



Se detuvieron en las barreras; interminables trenes grises hacían maniobras. Morris ordenó que rodeara por Toll la estación Solá. Bajó en Australia y Luzuriaga. El chofer le dijo que le pagara; que no podía esperarlo; que no existía tal pasaje. No le contestó; caminó con seguridad por Luzuriaga hacia el sur. El chofer lo siguió con el automóvil, insultándolo estrepitosamente. Morris pensó que si aparecía un vigilante, el chofer y él dormirían en la comisaría.

—Además —le dije— descubrirían que te habías fugado del hospital. La enfermera y los que te ayudaron tal vez se verían en un compromiso.

—Eso me tenía sin inquietud —respondió Morris, y continuó el relato:

Caminó una cuadra y no encontró el pasaje. Caminó otra cuadra, y otra. El chofer seguía protestando; la voz era más baja, el tono más sarcástico. Morris volvió sobre sus pasos; dobló por Alvarado; ahí estaba el parque Pereyra, la calle Rochadale. Tomó Rochadale; a mitad de cuadra, a la derecha, debían interrumpirse las casas, y dejar lugar al pasaje Owen. Morris sintió como la antelación de un vértigo. Las casas no se interrumpieron; se encontró en Australia. Vio en lo alto, con un fondo de nubes nocturnas, el tanque de la International, en Luzuriaga; enfrente debía estar el pasaje Owen; no estaba.

Miró la hora; le quedaban apenas veinte minutos.

Caminó rápidamente. Muy pronto se detuvo. Estaba, con los pies hundidos en un espeso fango resbaladizo, ante una lúgubre serie de casas iguales, perdido. Quiso volver al parque Pereyra; no lo encontró. Temía que el chofer descubriera que se había perdido. Vio a un hombre, le preguntó dónde estaba el pasaje Owen. El hombre no era del barrio. Morris siguió caminando, exasperado. Apareció otro hombre. Morris caminó hacia él; rápidamente,

el chofer se bajó del automóvil y también corrió. Morris y el chofer le preguntaron a gritos si sabía dónde estaba el pasaje Owen. El hombre parecía asustado, como si creyera que lo asaltaban. Respondió que nunca oyó nombrar ese pasaje; iba a decir algo más, pero Morris lo miró amenazadoramente.

Eran las tres y cuarto de la madrugada. Morris le dijo al chofer que lo llevara a Caseros y Entre Ríos.

En el hospital había otro centinela. Pasó dos o tres veces frente a la puerta, sin atreverse a entrar. Se resolvió a probar la suerte; mostró el anillo. El centinela no lo detuvo.

La enfermera apareció al final de la tarde siguiente. Le dijo:

—La impresión que le causaste al señor de la iglesia no es favorable. Tuvo que aprobar tu disimulo: su eterna prédica a los miembros del convivio. Pero tu falta de confianza en su persona, lo ofendió.

Dudaba de que el señor se interesara verdaderamente en favor de Morris.

La situación había empeorado. Las esperanzas de hacerlo pasar por extranjero habían desaparecido, su vida estaba en inmediato peligro.

Escribió una minuciosa relación de los hechos y me la envió. Después quiso justificarse: dijo que la preocupación de la mujer lo molestaba. Tal vez él mismo empezaba a preocuparse.

Idibal visitó de nuevo al señor; consiguió, como un favor hacia ella —“no hacia el desagradable espía”— la promesa de que “las mejores influencias intervendrían activamente en el asunto”. El plan era que obligaran a Morris a intentar una reproducción realista del hecho; vale decir: que le dieran un aeroplano y le permitieran

reproducir la prueba que, según él, había cumplido el día del accidente.

Las mejores influencias prevalecieron, pero el avión de la prueba sería de dos plazas. Esto significaba una dificultad para la segunda parte del plan: la fuga de Morris al Uruguay. Morris dijo que él sabría disponer del acompañante. Las influencias insistieron en que el aeroplano fuera un monoplano idéntico al del accidente.

Idibal, después de una semana en que lo abrumó con esperanzas y ansiedades, llegó radiante y declaró que todo se había conseguido. La fecha de la prueba se había fijado para el viernes próximo (faltaban cinco días). Volaría solo.

La mujer lo miró ansiosamente y le dijo:

—Te espero en la Colonia. En cuanto “despegues”, enfilás al Uruguay. ¿Lo prometés?

Lo prometió. Se dio vuelta en la cama y simuló dormir. Comentó: “Me parecía que me llevaba de la mano al casamiento y eso me daba rabia.” Ignoraba que se despedían.

Como estaba restablecido, a la mañana siguiente lo llevaron al cuartel.

—Esos días fueron bravos —comentó—. Los pasé en una pieza de dos por dos, mateando y truqueando de lo lindo con los centinelas.

—Si vos no jugás al truco —le dije.

Fue una brusca inspiración. Naturalmente, yo no sabía si jugaba o no.

—Bueno: poné cualquier juego de naipes —respondió sin inquietarse.

Yo estaba asombrado. Había creído que la casualidad, o las circunstancias, habían hecho de Morris un arquetipo; jamás creí que fuera un artista del color local. Continuó:

—Me creerás un infeliz, pero yo me pasaba las horas pensando en la mujer. Estaba tan loco que llegué a creer que la había olvidado...

Lo interpreté:

—¿Tratabas de imaginar su cara y no podías?

—¿Cómo adivinaste? —no aguardó mi contestación. Continuó el relato:

Una mañana lluviosa lo sacaron en un pretérito doble-faetón. En El Palomar lo esperaba una solemne comitiva de militares y de funcionarios. “Parecía un duelo —dijo Morris—, un duelo o una ejecución.” Dos o tres mecánicos abrieron el hangar y empujaron hacia afuera un Dewotine de caza, “un serio competidor del doble-faetón, créeme”.

Lo puso en marcha; vio que no había nafta para diez minutos de vuelo; llegar al Uruguay era imposible. Tuvo un momento de tristeza; melancólicamente se dijo que tal vez fuera mejor morir que vivir como un esclavo. Había fracasado la estratagema; salir a volar era inútil; tuvo ganas de llamar a esa gente y decirles: “Señores, esto se acabó.” Por apatía dejó que los acontecimientos siguieran su curso. Decidió ejecutar otra vez su nuevo esquema de prueba.

Corrió unos quinientos metros y despegó. Cumplió regularmente la primera parte del ejercicio, pero al emprender las operaciones nuevas volvió a sentirse mareado, a perder el conocimiento, a oírse una avergonzada queja por estar perdiendo el conocimiento. Sobre el campo de aterrizaje, logró enderezar el aeroplano.

Cuando volvió en sí estaba dolorosamente acostado en una cama blanca, en un cuarto alto, de paredes blancuzcas y desnudas. Comprendió que estaba herido, que estaba detenido, que estaba en el Hospital Militar. Se preguntó si todo no era una alucinación.

Completé su pensamiento:

—Una alucinación que tenías en el instante de despertar.

Supo que la caída ocurrió el 31 de agosto. Perdió la noción del tiempo. Pasaron tres o cuatro días. Se alegró de que Idibal estuviera en la Colonia; este nuevo accidente lo avergonzaba; además, la mujer le reprocharía no haber planeado hasta el Uruguay.

Reflexionó: “Cuando se entere del accidente, volverá. Habrá que esperar dos o tres días.”

Lo atendía una nueva enfermera. Pasaban las tardes tomados de la mano.

Idibal no volvía. Morris empezó a inquietarse. Una noche tuvo gran ansiedad. “Me creerás loco —me dijo—. Estaba con ganas de verla. Pensé que había vuelto, que sabía la historia de la otra enfermera y que por eso no quería verme.

Le pidió a un practicante que llamara a Idibal. El hombre no volvía. Mucho después (pero esa misma noche; a Morris le parecía increíble que una noche durara tanto) volvió; el jefe le había dicho que en el hospital no trabajaba ninguna persona de ese nombre. Morris le ordenó que averiguara cuándo había dejado el empleo. El practicante volvió a la madrugada y le dijo que el jefe de personal ya se había retirado.

Soñaba con Idibal. De día la imaginaba. Empezó a soñar que no podía encontrarla. Finalmente, no podía imaginarla, ni soñar con ella.

Le dijeron que ninguna persona llamada Idibal “trabajaba ni había trabajado en el establecimiento”.

La nueva enfermera le aconsejó que leyera. Le trajeron los diarios. Ni la sección “Al margen de los deportes y el turf” le interesaba. “Me dio la loca y pedí los libros

que me mandaste.” Le respondieron que nadie le había mandado libros.

(Estuve a punto de cometer una imprudencia; de reconocer que yo no le había mandado nada.)

Pensó que se había descubierto el plan de la fuga y la participación de Idibal; por eso Idibal no aparecía. Se miró las manos: el anillo no estaba. Lo pidió. Le dijeron que era tarde, que la intendenta se había retirado. Pasó una noche atroz y vastísima, pensando que nunca le traerían el anillo...

—Pensando —agregué— que si no te devolvían el anillo no quedaría ningún rastro de Idibal.

—No pensé en eso —afirmó honestamente—. Pero pasé la noche como un desequilibrado. Al otro día me trajeron el anillo.

—¿Lo tenés? —le pregunté con una incredulidad que me asombró a mí mismo.

—Sí —respondió—. En lugar seguro.

Abrió un cajón lateral del escritorio y sacó un anillo. La piedra del anillo tenía una vívida transparencia; no brillaba mucho. En el fondo había un altorrelieve en colores: un busto humano, femenino, con cabeza de caballo; sospeché que se trataba de la efigie de alguna divinidad antigua. Aunque no soy un experto en la materia, me atrevo a afirmar que ese anillo era una pieza de valor.

Una mañana entraron en su cuarto unos oficiales con un soldado que traía una mesa. El soldado dejó la mesa y se fue. Volvió con una máquina de escribir; la colocó sobre la mesa, acercó una silla y se sentó frente a la máquina. Empezó a escribir. Un oficial dictó: “Nombre: Ireneo Morris; nacionalidad: argentina; regimiento: tercero; escuadrilla: novena; base: El Palomar.”

Le pareció natural que pasaran por alto esas formalidades, que no le preguntaran el nombre; ésta era una

segunda declaración; “sin embargo —me dijo— se notaba algún progreso”; ahora aceptaban que fuera argentino, que perteneciera a su regimiento, a su escuadrilla, al Palomar. La cordura duró poco. Le preguntaron cuál fue su paradero desde el 23 de junio (fecha de la primera prueba); dónde había dejado el Breguet 304 (“El número no era 304 —aclaró Morris—. Era 309”; este error inútil lo asombró); de dónde sacó ese viejo Dewotine... Cuando dijo que el Breguet estaría por ahí cerca, ya que la caída del 23 ocurrió en El Palomar, y que sabrían de dónde salía el Dewotine, ya que ellos mismos se lo habían dado para reproducir la prueba del 23, simularon no creerle.

Pero ya no simulaban que era un desconocido, ni que era un espía. Lo acusaban de haber estado en otro país desde el 23 de junio; lo acusaban —comprendió con renovado furor— de haber vendido a otro país un arma secreta. La indescifrable conjuración continuaba, pero los acusadores habían cambiado el plan de ataque.

Gesticulante y cordial, apareció el teniente Viera. Morris lo insultó. Viera simuló una gran sorpresa; finalmente, declaró que tendrían que batirse.

—Pensé que la situación había mejorado —dijo—. Los traidores volvían a poner cara de amigos.

Lo visitó el general Huet. El mismo Kramer lo visitó. Morris estaba distraído y no tuvo tiempo de reaccionar. Kramer le gritó: “No creo una palabra de las acusaciones, hermano.” Se abrazaron, efusivos. Algún día —pensó Morris— aclararía el asunto. Le pidió a Kramer que me viera.

Me atreví a preguntar

—Decíme una cosa, Morris, ¿te acordás qué libros te mandé?

—El título no lo recuerdo —sentenció gravemente—. En tu nota está consignado.

Yo no le había escrito ninguna nota.

Lo ayudé a caminar hasta el dormitorio. Sacó del cajón de la mesa de luz una hoja de papel de carta (de un papel de carta que no reconocí). Me la entregó:

La letra parecía una mala imitación de la mía; mis T y E mayúsculas remedan las de imprenta; éstas eran “inglesas”. Leí:

Acuso recibo de su atenta del 16, que me ha llegado con algún retraso, debido, sin duda, a un sugerente error en la dirección. Yo no vivo en el pasaje “Owen” sino en la calle Miranda, en el barrio Nazca. Le aseguro que he leído su relación con mucho interés. Por ahora no puedo visitarlo; estoy enfermo; pero me cuidan solícitas manos femeninas y dentro de poco me repondré; entonces tendré el gusto de verlo.

Le envió, como símbolo de comprensión, estos libros de Blanqui, y le recomiendo leer, en el tomo tercero, el poema que empieza en la página 281.

Me despedí de Morris. Le prometí volver la semana siguiente. El asunto me interesaba y me dejaba perplejo. No dudaba de la buena fe de Morris; pero yo no le había escrito esa carta; yo nunca le había mandado libros; yo no conocía las obras de Blanqui.

Sobre “mi carta” debo hacer algunas observaciones: 1) su autor no tutea a Morris felizmente, Morris es poco diestro en asuntos de letras: no advirtió el “cambio” de tratamiento y no se ofendió conmigo: yo siempre lo he tuteado; 2) juro que soy inocente de la frase “Acuso recibo de su atenta”; 3) en cuanto a escribir Owen entre comillas, me asombra y lo propongo a la atención del lector.

Mi ignorancia de las obras de Blanqui se debe, quizá, al plan de lectura. Desde muy joven he comprendido



que para no dejarse arrasar por la inconsiderada producción de libros y para conseguir, siquiera en apariencia, una cultura enciclopédica, era imprescindible un plan de lecturas. Este plan jalona mi vida: una época estuvo ocupada por la filosofía, otra por la literatura francesa, otra por las ciencias naturales, otra por la antigua literatura celta y en especial la del país de Kimris (debido a la influencia del padre de Morris). La medicina se ha intercalado en este plan, sin interrumpirlo nunca.

Pocos días antes de la visita del teniente Kramer a mi consultorio, yo había concluido con las ciencias ocultas. Había explorado las obras de Papus, de Richet de Lhomond, de Stanislas de Guaita, de Labougle, del obispo de la Rocheia, de Lodge, de Hogden, de Alberto *el Grande*. Me interesaban especialmente los conjuros, las apariciones y las desapariciones; con relación a estas últimas recordaré siempre el caso de Sir Daniel Sludge Home, quien, a instancias de la Society for Psychical Research, de Londres, y ante una concurrencia compuesta exclusivamente de *baronets*, intentó unos pases que se emplean para provocar la desaparición de fantasmas y murió en el acto. En cuanto a esos nuevos Elías, que habrían desaparecido sin dejar rastros ni cadáveres, me permito dudar.

El “misterio” de la carta me incitó a leer las obras de Blanqui (autor que yo ignoraba). Lo encontré en la enciclopedia, y comprobé que había escrito sobre temas políticos. Esto me complació: inmediatas a las ciencias ocultas se hallan la política y la sociología. Mi plan observa tales transiciones para evitar que el espíritu se adormezca en largas tendencias.

Una madrugada, en la calle Corrientes, en una librería apenas atendida por un viejo borroso, encontré un polvoriento atado de libros encuadernados en cuero par-

do, con títulos y filetes dorados: las obras completas de Blanqui. Lo compré por quince pesos.

En la página 281 de mi edición no hay ninguna poesía. Aunque no he leído íntegramente la obra, creo que el escrito aludido es “L’Éternité par les Astres” un poema en prosa; en mi edición comienza en la página 307, del segundo tomo.

En ese poema o ensayo encontré la explicación de la aventura de Morris.

Fui a Nazca; hablé con los comerciantes del barrio; en las dos cuadras que agotan la calle Miranda no vive ninguna persona de mi nombre.

Fui a Márquez; no hay número 6890; no hay iglesias; había —esa tarde— una poética luz, con el pasto de los potreros muy verde, muy claro y con los árboles lilas y transparentes. Además la calle no está cerca de los talleres del F.C.O. Está cerca del puente de la Noria.

Fui a los talleres del F.C.O. Tuve dificultades para rodearlos por Juan B. Justo y Gaona. Pregunté cómo salir del otro lado de los talleres. “Siga por Rivadavia —me dijeron— hasta Cuzco. Después cruce las vías.” Como era previsible, allí no existe ninguna calle Márquez; la calle que Morris denomina Márquez debe ser Bynnon. Es verdad que ni en el número 6890 —ni en el resto de la calle— hay iglesias. Muy cerca, por Cuzco, está San Cayetano; el hecho no tiene importancia: San Cayetano no es la iglesia del relato. La inexistencia de iglesias en la misma calle Bynnon, no invalida mi hipótesis de que esa calle es la mencionada por Morris... Pero esto se verá después.

Hallé también las torres que mi amigo creyó ver en un lugar despejado y solitario: son el pórtico del Club Atlético Vélez Sarsfield, en Fragueiro y Barragán.

No tuve que visitar especialmente el pasaje Owen: vivo en él. Cuando Morris se encontró perdido, sospecho que estaba frente a las casas lúgubramente iguales del barrio obrero Monseñor Espinosa, con los pies enterrados en el barro blanco de la calle Perdriel.

Volví a visitar a Morris. Le pregunté si no recordaba haber pasado por una calle Hamílcar, o Haníbal, en su memorable recorrida nocturna. Afirmó que no conocía calles de esos nombres. Le pregunté si en la iglesia que él visitó había algún símbolo junto a la cruz. Se quedó en silencio, mirándome. Creía que yo no le hablaba en serio. Finalmente, me preguntó:

—¿Cómo quieres que uno se fije en esas cosas?

Le di la razón.

—Sin embargo, sería importante... —insistí—. Tratá de hacer memoria. Tratá de recordar si junto a la cruz no había alguna figura.

—Tal vez —murmuró—, tal vez un...

—¿Un trapecio? —insinué.

—Sí, un trapecio —dijo sin convicción.

—¿Simple o cruzado por una línea?

—Verdad —exclamó—. ¿Cómo sabés? ¿Estuviste en la calle Márquez? Al principio no me acordaba nada... De pronto he visto el conjunto: la cruz y el trapecio; un trapecio cruzado por una línea con puntas dobladas.

Hablaba animadamente.

—¿Y te fijaste en alguna estatua de santos?

—Viejo —exclamó con reprimida impaciencia—. No me habías pedido que levantara el inventario.

Le dije que no se enojara. Cuando se calmó, le pedí que me mostrase el anillo y que me repitiese el nombre de la enfermera.

Volví a casa, feliz. Oí ruidos en el cuarto de mi sobrina; pensé que estaría ordenando sus cosas. Procuré que

no descubriera mi presencia; no quería que me interrumpieran. Tomé el libro de Blanqui, me lo puse debajo del brazo y salí a la calle.

Me senté en un banco del parque Pereyra. Una vez más leí este párrafo:

Habrán infinitos mundos idénticos, infinitos mundos ligeramente variados, infinitos mundos diferentes. Lo que ahora escribo en este calabozo del fuerte del Toro, lo he escrito y lo escribiré durante la eternidad, en una mesa, en un papel, en un calabozo, enteramente parecidos. En infinitos mundos mi situación será la misma, pero tal vez la causa de mi encierro gradualmente pierda su nobleza, hasta ser sórdida, y quizá mis líneas tengan, en otros mundos, la innegable superioridad de un adjetivo feliz.

El 23 de junio Morris cayó con su Breguet en el Buenos Aires de un mundo casi igual a éste. El período confuso que siguió al accidente le impidió notar las primeras diferencias; para notar las otras se hubieran requerido una perspicacia y una educación que Morris no poseía.

Remontó vuelo una mañana gris y lluviosa; cayó en un día radiante. El moscardón, en el hospital, sugiere el verano; el “calor tremendo” que lo abrumó durante los interrogatorios, lo confirma.

Morris da en su relato algunas características diferenciales del mundo que visitó. Allí, por ejemplo, falta el País de Gales: las calles con nombre galés no existen en ese Buenos Aires: Bynnon se convierte en Márquez, y Morris, por laberintos de la noche y de su propia ofuscación, busca en vano el pasaje Owen... Yo, y Viera, y Kramer, y Margaride, y Faverio, existimos allí porque nuestro origen no es galés; el general Huet y el mismo Ireneo Morris, ambos de ascendencia galesa, no existen (él pe-

netró por accidente). El Carlos Alberto Servian de allá, en su carta, escribe entre comillas la palabra “Owen”, porque le parece extraña; por la misma razón, los oficiales rieron cuando Morris declaró su nombre.

Porque no existieron allí los Morris, en Bolívar 971 sigue viviendo el inamovible Grimaldi.

La relación de Morris revela, también, que en ese mundo Cartago no desapareció. Cuando comprendí esto hice mis tontas preguntas sobre las calles Haníbal y Hamílcar.

Alguien preguntará cómo, si no desapareció Cartago, existe el idioma español. ¿Recordaré que entre la victoria y la aniquilación puede haber grados intermedios?

El anillo es una doble prueba que tengo en mi poder. Es una prueba de que Morris estuvo en otro mundo: ningún experto, de los muchos que he consultado, reconoció la piedra. Es una prueba de la existencia (en ese otro mundo) de Cartago: el caballo es un símbolo cartaginés. ¿Quién no ha visto anillos iguales en el museo de Lavigerie?

Además —Idibal, o Iddibal— el nombre de la enfermera, es cartaginés; la fuente con peces rituales y el trapecio cruzado son cartagineses; por último —*horresco referens*— están los convivios o *circuli*, de memoria tan cartaginesa y funesta como el insaciable Moloch...

Pero volvamos a la especulación tranquila. Me pregunto si yo compré las obras de Blanqui porque estaban citadas en la carta que me mostró Morris o porque las historias de estos dos mundos son paralelas. Como allí los Morris no existen, las leyendas celtas no ocuparon parte del plan de lecturas; el otro Carlos Alberto Servian pudo adelantarse; pudo llegar antes que yo a las obras políticas.

Estoy orgulloso de él: con los pocos datos que tenía, aclaró la misteriosa aparición de Morris; para que Morris también la comprendiera, le recomendó “L’Éternite par les Astres”. Me asombra, sin embargo, su jactancia de vivir en el bochornoso barrio Nazca y de ignorar el pasaje Owen.

Morris fue a ese otro mundo y regresó. No apeló a mi bala con resorte ni a los demás vehículos que se han ideado para surcar la increíble astronomía. ¿Cómo cumplió sus viajes? Abrí el diccionario de Kent; en la palabra *pase*, leí: “Complicadas series de movimientos que se hacen con las manos, por las cuales se provocan apariciones y desapariciones.” Pensé que las manos tal vez no fueran indispensables; que los movimientos podrían hacerse con otros objetos; por ejemplo, con aviones.

Mi teoría es que el “nuevo esquema de prueba” coincide con algún pase (las dos veces que lo intenta, Morris se desmaya, y cambia de mundo).

Allí supusieron que era un espía venido de un país limítrofe: aquí explican su ausencia, imputándole una fuga al extranjero, con propósitos de vender un arma secreta. Él no entiende nada y se cree víctima de un complot inicuo.

Cuando volví a casa encontré sobre el escritorio una nota de mi sobrina. Me comunicaba que se había fugado con ese traidor arrepentido, el teniente Kramer. Añadía esta crueldad: “Tengo el consuelo de saber que no sufrirás mucho, ya que nunca te interesaste en mí.” La última línea estaba escrita con evidente saña; decía: “Kramer se interesa en mí; soy feliz.”

Tuve un gran abatimiento, no atendí a los enfermos y por más de veinte días no salí a la calle. Pensé con alguna envidia en ese yo astral, encerrado, como yo, en su

casa, pero atendido por “solicitas manos femeninas”. Creo conocer su intimidad; creo conocer esas manos.

Lo visité a Morris. Traté de hablarle de mi sobrina (apenas me contengo de hablar, incesantemente, de mi sobrina). Me preguntó si era una muchacha maternal. Le dije que no. Le oí hablar de la enfermera.

No es la posibilidad de encontrarme con una nueva versión de mí mismo lo que me incitaría a viajar hasta ese otro Buenos Aires. La idea de reproducirme, según la imagen de mi ex libris, o de conocerme, según su lema, no me ilusiona. Me ilusiona, tal vez, la idea de aprovechar una experiencia que el otro Servian, en su dicha, no ha adquirido.

Pero éstos son problemas personales. En cambio la situación de Morris me preocupa. Aquí todos lo conocen y han querido ser considerados con él; pero como tiene un modo de negar verdaderamente monótono y su falta de confianza exaspera a los jefes, la degradación, si no la descarga del fusilamiento, es su porvenir.

Si le hubiera pedido el anillo que le dio la enfermera, me lo habría negado. Refractario a las ideas generales, jamás hubiera entendido el derecho de la humanidad sobre ese testimonio de la existencia de otros mundos. Debo reconocer, además, que Morris tenía un insensato apego por ese anillo. Tal vez mi acción repugne a los sentimientos del *gentleman* (alias, infalible, del *cambricoleur*); la conciencia del humanista la aprueba. Finalmente, me es grato señalar un resultado inesperado: desde la pérdida del anillo, Morris está más dispuesto a escuchar mis planes de evasión.

Nosotros, los armenios, estamos unidos. Dentro de la sociedad formamos un núcleo indestructible. Tengo buenas amistades en el ejército. Morris podrá intentar

una reproducción de su accidente. Yo me atreveré a acompañarlo.

C. A. S.

El relato de Carlos Alberto Servian me pareció inverosímil. No ignoro la antigua leyenda del carro de Morgan; el pasajero dice dónde quiere ir, y el carro lo lleva, pero es una leyenda. Admitamos que, por casualidad, el capitán Ireneo Morris haya caído en otro mundo; que vuelva a caer en éste sería un exceso de casualidad.

Desde el principio tuve esa opinión. Los hechos la confirmaron.

Un grupo de amigos proyectamos y postergamos, año tras año, un viaje a la frontera del Uruguay con el Brasil. Este año no pudimos evitarlo, y partimos.

El 3 de abril almorzábamos en un almacén en medio del campo; después visitaríamos una “fazenda” interesantísima.

Seguido de una polvareda, llegó un interminable Packard; una especie de *jockey* bajó. Era el capitán Morris.

Pagó el almuerzo de sus compatriotas y bebió con ellos. Supe después que era secretario, o sirviente, de un contrabandista.

No acompañé a mis amigos a visitar la “fazenda”. Morris me contó sus aventuras: tiroteos con la policía; estrategias para tentar a la justicia y perder a los rivales; cruce de ríos prendido a la cola de los caballos; borracheras y mujeres... Sin duda exageró su astucia y su valor. No podré exagerar su monotonía.

De pronto, como en un vahído, creí entrever un descubrimiento. Empecé a investigar; investigué con Morris; investigué con otros, cuando Morris se fue.

Recogí pruebas de que Morris llegó a mediados de junio del año pasado, y de que *muchas veces fue visto en*



la región, entre principios de septiembre y fines de diciembre. El 8 de septiembre intervino en unas carreras cuadreras, en Yaguarao; después pasó varios días en cama, a consecuencia de una caída del caballo.

Sin embargo, en esos días de septiembre, el capitán Morris estaba internado y detenido en el Hospital Militar, de Buenos Aires: las autoridades militares, compañeros de armas, sus amigos de infancia, el doctor Servian y el ahora capitán Kramer, el general Huet, viejo amigo de su casa, lo atestiguan.

La explicación es evidente:

En varios mundos casi iguales, varios capitanes Morris salieron un día (aquí el 23 de junio) a probar aeroplanos. Nuestro Morris se fugó al Uruguay o al Brasil. Otro, que salió de otro Buenos Aires, hizo unos “pases” con su aeroplano y se encontró en el Buenos Aires de otro mundo (donde no existía Gales y donde existía Cartago; donde espera Idibal). Ese Ireneo Morris subió después en el Dewotine, volvió a hacer los “pases”, y cayó en este Buenos Aires. Como era idéntico al otro Morris, hasta sus compañeros lo confundieron. Pero no era el mismo. El nuestro (el que está en el Brasil) remontó vuelo, el 23 de junio, con el Breguet 304; el otro sabía perfectamente que había probado el Breguet 309. Después, con el doctor Servian de acompañante, intenta los pases de nuevo y desaparece. Quizá lleguen a otro mundo; es menos probable que encuentren a la sobrina de Servian y a la cartaginesa.

Alegar a Blanqui, para encarecer la teoría de la pluralidad de los mundos, fue, tal vez, un mérito de Servian; yo, más limitado, hubiera propuesto la autoridad de un clásico; por ejemplo: “según Demócrito, hay una infinidad de mundos, entre los cuales algunos son, no tan sólo parecidos, sino perfectamente iguales” (Cicerón, *Prime-*

*ras Académicas*, II, XVII); o: “Hemos aquí, en Bauli, cerca de Pezzuoli, ¿piensas tú que ahora, en un número infinito de lugares exactamente iguales, habrá reuniones de personas con nuestros mismos nombres, revestidas de los mismos honores, que hayan pasado por las mismas circunstancias, y en ingenio, en edad, en aspecto, idénticas a nosotros, discutiendo este mismo tema? [*id.*, *id.*, II, XL].

Finalmente, para lectores acostumbrados a la antigua noción de mundos planetarios y esféricos, los viajes entre Buenos Aires de distintos mundos parecerán increíbles. Se preguntarán por qué los viajeros llegan siempre a Buenos Aires y no a otras regiones, a los mares o a los desiertos. La única respuesta que puedo ofrecer a una cuestión tan ajena a mi incumbencia, es que tal vez estos mundos sean como haces de espacios y de tiempos paralelos.

---

## LAS VÍSPERAS DE FAUSTO

ESA noche de junio de 1540, en la cámara de la torre, el doctor Fausto recorría los anaqueles de su numerosa biblioteca. Se detenía aquí y allá; tomaba un volumen, lo hojeaba nerviosamente, volvía a dejarlo. Por fin escogió los *Memorabilia* de Jenofonte. Colocó el libro en el atril y se dispuso a leer. Miró hacia la ventana. Algo se había estremecido afuera. Fausto dijo en voz baja: “Un golpe de viento en el bosque”. Se levantó, apartó bruscamente la cortina. Vio la noche, que los árboles agrandaban.

Debajo de la mesa dormía Señor. La inocente respiración del perro afirmaba, tranquila y persuasiva como un amanecer, la realidad del mundo. Fausto pensó en el infierno.

Veinticuatro años antes, a cambio de un invencible poder mágico, había vendido su alma al Diablo. Los años habían corrido con celeridad. El plazo expiraba a medianoche. No eran, todavía, las once.

Fausto oyó unos pasos en la escalera; después, tres golpes en la puerta. Preguntó: “¿Quién llama?”. “Yo”, contestó una voz que el monosílabo no descubría, “yo”. El

doctor la había reconocido, pero sintió alguna irritación y repitió la pregunta. En tono de asombro y de reproche contestó su criado: “Yo, Wagner”. Fausto abrió la puerta. El criado entró con la bandeja, la copa de vino del Rin y las tajadas de pan y comentó con aprobación risueña lo adicto que era su amo a ese refrigerio. Mientras Wagner explicaba, como tantas veces, que el lugar era muy solitario y que esas breves pláticas lo ayudaban a pasar la noche, Fausto pensó en la complaciente costumbre, que endulza y apresura la vida, tomó unos sorbos de vino, comió unos bocados de pan y, por un instante, se creyó seguro. Reflexionó: “Si no me alejo de Wagner y del perro no hay peligro”.

Resolvió confiar a Wagner sus terrores. Luego recapacitó: “Quién sabe los comentarios que haría”. Era una persona supersticiosa (creía en la magia), con una plebeya afición por lo macabro, por lo truculento y por lo sentimental. El instinto le permitía ser vívido; la necesidad, atroz. Fausto juzgó que no debía exponerse a nada que pudiera turbar su ánimo o su inteligencia.

El reloj dio las once y media. Fausto pensó: “No podrán defenderme”. Nada me salvará. Después hubo como un cambio de tono en su pensamiento; Fausto levantó la mirada y continuó: “Más vale estar solo cuando llegue Mefistófeles. Sin testigos, me defenderé mejor”. Además, el incidente podía causar en la imaginación de Wagner (y acaso también en la indefensa irracionalidad del perro) una impresión demasiado espantosa.

—Ya es tarde, Wagner. Vete a dormir.

Cuando el criado iba a llamar a Señor, Fausto lo detuvo y, con mucha ternura, despertó a su perro. Wagner recogió en la bandeja el plato del pan y la copa y se acercó a la puerta. El perro miró a su amo con ojos en que parecía arder, como una débil y oscura llama, todo el amor,

toda la esperanza y toda la tristeza del mundo. Fausto hizo un ademán en dirección de Wagner, y el criado y el perro salieron. Cerró la puerta y miró a su alrededor. Vio la habitación, la mesa de trabajo, los íntimos volúmenes. Se dijo que no estaba tan solo. El reloj dio las doce menos cuarto. Con alguna vivacidad, Fausto se acercó a la ventana y entreabrió la cortina. En el camino a Finssterwalde vacilaba, remota, la luz de un coche.

“¡Huir en ese coche!”, murmuró Fausto y le pareció que agonizaba de esperanza. Alejarse, he ahí lo imposible. No había corcel bastante rápido ni camino bastante largo. Entonces, como si en vez de la noche encontrara el día en la ventana, concibió una huida hacia el pasado; refugiarse en el año 1440; o más atrás aún: postergar por doscientos años la ineluctable medianoche. Se imaginó al pasado como a una tenebrosa región desconocida: pero, se preguntó, si antes no *estuve allí ¿cómo puedo llegar ahora?* ¿Como podía él introducir en el pasado un hecho nuevo? Vagamente recordó un verso de Agatón, citado por Aristóteles: “Ni el mismo Zeus puede alterar lo que ya ocurrió”. Si nada podía modificar el pasado, esa infinita llanura que se prolongaba del otro lado de su nacimiento era inalcanzable para él. Quedaba, todavía, una escapatoria: Volver a nacer, llegar de nuevo a la hora terrible en que vendió su alma a Mefistófeles, venderla otra vez y cuando llegara, por fin, a esta noche, correrse una vez más al día del nacimiento.

Miró el reloj. Faltaba poco para la medianoche.

Quién sabe desde cuándo, se dijo, representaba su vida de soberbia, de perdición y de terrores; quién sabe desde cuándo engañaba a Mefistófeles.

¿Lo engañaba? ¿Esa interminable repetición de vidas ciegas no era su infierno?

Fausto se sintió muy viejo y muy cansado. Su última reflexión fue, sin embargo, de fidelidad hacia la vida; pensó que en ella, no en la muerte, se deslizaba, como un agua oculta, el descanso. Con valerosa indiferencia postergó hasta el último instante la resolución de huir o de quedar.

La campana del reloj sonó...

---

## MARGARITA O EL PODER DE LA FARMACOPEA

NO RECUERDO por qué mi hijo me reprochó en cierta ocasión:

—A vos todo te sale bien.

El muchacho vivía en casa, con su mujer y cuatro niños, el mayor de once años, la menor, Margarita, de dos. Porque las palabras aquellas traslucían resentimiento, quedé preocupado. De vez en cuando conversaba del asunto con mi nuera. Le decía:

—No me negarás que en todo triunfo hay algo repelente.

—El triunfo es el resultado natural de un trabajo bien hecho —contestaba.

—Siempre lleva mezclada alguna vanidad, alguna vulgaridad.

—No el triunfo —me interrumpía— sino el deseo de triunfar. Condenar el triunfo me parece un exceso de romanticismo, conveniente sin duda para los chabones.

A pesar de su inteligencia, mi nuera no lograba convencerme. En busca de culpas examiné retrospectivamente mi vida, que ha transcurrido entre libros de quími-

ca y en un laboratorio de productos farmacéuticos. Mis triunfos, si los hubo, son quizá auténticos, pero no espectaculares. En lo que podría llamarse mi carrera de honores, he llegado a jefe de laboratorio. Tengo casa propia y un buen pasar. Es verdad que algunas fórmulas mías originaron bálsamos, pomadas y tinturas que exhiben los anaqueles de todas las farmacias de nuestro vasto país y que según afirman por ahí alivian a no pocos enfermos. Yo me he permitido dudar, porque la relación entre el específico y la enfermedad me parece bastante misteriosa. Sin embargo, cuando entreví la fórmula de mi tónico Hierro Plus, tuve la ansiedad y la certeza del triunfo y empecé a botaratear jactanciosamente, a decir que en farmacopea y en medicina, óiganme bien, como lo atestiguan las páginas de “Caras y Caretas”, la gente consumía infinidad de tónicos y reconstituyentes, hasta que un día llegaron las vitaminas y barrieron con ellos, como si fueran embelecos. El resultado está a la vista. Se desacreditaron las vitaminas, lo que era inevitable, y en vano recurre el mundo hoy a la farmacia para mitigar su debilidad y su cansancio.

Cuesta creerlo, pero mi nuera se preocupaba por la inapetencia de su hija menor. En efecto, la pobre Margarita, de pelo dorado y ojos azules, lánguida, pálida, juiciosa, parecía una estampa del siglo XIX, la típica niña que según una tradición o superstición está destinada a reunirse muy temprano con los ángeles.

Mi nunca negada habilidad de cocinero de remedios, acuciada por el ansia de ver restablecida a la nieta, funcionó rápidamente e inventé el tónico ya mencionado. Su eficacia es prodigiosa. Cuatro cucharadas diarias bastaron para transformar, en pocas semanas, a Margarita, que ahora reboza de buen color, ha crecido, se ha ensanchado y manifiesta una voracidad satisfactoria, casi di-



ría inquietante. Con determinación y firmeza busca la comida y, si alguien se la niega, arremete con enojo. Hoy por la mañana, a la hora del desayuno, en el comedor de diario, me esperaba un espectáculo que no olvidaré así nomás. En el centro de la mesa estaba sentada la niña, con una medialuna en cada mano. Creí notar en sus mejillas de muñeca rubia una coloración demasiado roja. Estaba embadurnada de dulce y de sangre. Los restos de la familia reposaban unos contra otros con las cabezas juntas, en un rincón del cuarto. Mi hijo, todavía con vida, encontró fuerzas para pronunciar sus últimas palabras.

—Margarita no tiene la culpa.

Las dijo en ese tono de reproche que habitualmente empleaba conmigo.

---

## MÁSCARAS VENECIANAS

CUANDO algunos hablan de somatización como de un mecanismo real e inevitable, con amargura me digo que la vida es más compleja de lo que suponen. No trato de convencerlos, pero tampoco olvido mi experiencia. Durante largos años anduve sin rumbo entre un amor y otro: pocos, para tanto tiempo, y mal avenidos y tristes. Después encontré a Daniela y supe que no debía buscar más, que me había dado todo. Entonces precisamente empezaron mis ataques de fiebre.

Recuerdo la primera visita al médico.

—De esta fiebre no son ajenos tus ganglios —anunció—. Voy a recetarte algo para bajarla.

Interpreté la frase como una buena noticia, pero mientras el médico escribía la receta me pregunté si el hecho de que me diera algo para el síntoma no significaría que no me daba nada para la enfermedad, porque era incurable. Reflexioné que si no salía de dudas me preparaba un futuro angustioso, y que si preguntaba me exponía a recibir -como respuesta una certidumbre capaz de volver imposible la continuación de la vida. De todos mo-

dos la idea de una larga duda me pareció demasiado cansadora y me animé a plantear la pregunta. Contestó:

—¿Incurable? No necesariamente. Hay casos, puedo afirmar que se recuerdan casos, de remisión total.

—¿De cura total?

—Vos lo has dicho. Pongo las cartas sobre la mesa. En situaciones como la presente, el médico recurrirá a toda su energía para dar confianza al enfermo. Tomá nota de lo que voy a decirte, porque es importante: de los casos de curación no tengo dudas. Las dudas aparecen en el análisis del cómo y por qué de las curaciones.

—Entonces ¿no hay tratamiento?

—Desde luego que lo hay. Tratamiento paliativo.

—¿Que resulta curativo, de vez en cuando?

No me dijo que no y en esa imperfecta esperanza volqué la voluntad de curarme.

Parecía indudable que me había ido bastante mal en el examen clínico, pero cuando salí del consultorio no sabía qué pensar, todavía no me hallaba en condiciones de intentar un balance, como si me hubieran llegado noticias que, por falta de tiempo, no hubiese leído con detención. Estaba menos triste que apabullado.

En dos o tres días el remedio me libró de la fiebre. Quedé un poco débil, o cansado, y tal vez por eso acepté literalmente el diagnóstico del médico. Después me sentí bien, mejor que antes de enfermarme, y empecé a decir que no siempre los médicos aciertan con sus diagnósticos; que tal vez yo no tuviera un segundo ataque. Razonaba: “Si fuera a tenerlo, algún malestar lo anunciaría, pero la verdad es que me siento mejor que nunca”.

No negaré que había en mí una marcada propensión a descreer de la enfermedad. Probablemente de ese modo me defendía de las cavilaciones en que solía caer, sobre sus posibles efectos en mi futuro con Daniela. Me había

acostumbrado a ser feliz y la vida sin ella no era imaginable. Yo le decía que un siglo no me alcanzaba para mirarla, para estar juntos. La exageración expresaba lo que sentía.

Me gustaba que me hablase de sus experimentos. Espontáneamente yo imaginaba la biología, su materia, como un enorme río que avanzaba entre prodigiosas revelaciones. Gracias a una beca, Daniela había estudiado en Francia con Jean Rostand y con Leclerc, su no menos famoso colaborador. Al describirme el proyecto en que Leclerc trabajaba por aquellos años, Daniela empleó la palabra carbónico; Rostand, por su parte indagaba las posibilidades de aceleración del anabolismo. Recuerdo que dije:

—Yo ni siquiera sé qué es el anabolismo.

—Todos los seres pasamos por tres períodos —explicó Daniela—. El anabólico, de crecimiento, después una meseta más o menos larga, el período en que somos adultos, y por último el catabólico o decadencia. Rostand pensó que si perdiéramos menos tiempo en crecer, ganaríamos años utilísimos para la vida.

—¿Qué edad tiene?

—Casi ochenta. Pero no creas que es viejo. Todas sus discípulas se enamoran de él.

Daniela sonrió. Sin mirarla, contesté:

—Yo, si fuera Rostand, dedicaría mi esfuerzo a postergar, aún a suprimir, el catabolismo. Te aclaro que no digo esto porque lo considere viejo.

—Rostand piensa como vos pero sostiene que para entender el mecanismo de la decadencia es indispensable conocer el del crecimiento.

A pocas semanas de mi primer ataque de fiebre, Daniela recibió una carta de su maestro. Cuando me la leyó, tuve una verdadera satisfacción. Para mí fue sumamen-

te agradable que un hombre famoso por su inteligencia estimara y quisiera tanto a Daniela. El motivo de la carta era pedirle que asistiera a las próximas Jornadas de Biología de Montevideo, donde encontraría a uno de los investigadores de su grupo, el doctor Proux, o Prioux, que podría ponerla al tanto del estado actual de los trabajos.

Daniela me preguntó:

—¿Cómo le digo que no quiero ir?

Siempre consideró que esos congresos y jornadas internacionales eran inútiles. No conozco persona más reacia a la figuración.

—¿Te parece una ingratitud decirle que no a Rostand?

—Le debo todo lo que sé.

—Entonces no le digas que no. Te acompaño.

Recuerdo la escena como si la viera. Daniela se echó en mis brazos, murmuró un sobrenombre (ahora o callo porque todo sobrenombre ajeno parece ridículo) y exclamó alborozada:

—Una semana en el Uruguay, con vos. ¡Qué divertido! —Hizo una pausa y agregó—: Sobre todo si no hubiera Jornadas.

Se dejó convencer. El día de la partida amanecí con fiebre y, al promediar la mañana, me sentía pésimamente. Si no quería ser una carga para Daniela, debía renunciar al viaje. Confieso que estuve esperando un milagro y que sólo a última hora le anuncié que no la acompañaba. Aceptó mi decisión, pero se quejó:

—¡Una semana separados para que yo no me pierda ese aburrimiento! ¡Por qué no le dije que no a Rostand!

De repente se hizo tarde. La despedida, muy apresurada, me dejó un sentimiento de incomprensión mezclado a la tristeza. De incomprensión y desamparo. Para consolarme pensé que fue una suerte no tener tiempo de ex-

plicarle el alcance de mis ataques de fiebre. Suponía tal vez que si no hablaba de ellos, les quitaba importancia. Esta ilusión duró poco. Me encontré tan enfermo que me desanimé profundamente y entendí que estaba grave y que no tenía cura. La fiebre cedió al tratamiento más trabajosamente que en la ocasión anterior, y me dejó nervioso y agotado. Cuando Daniela volvió me sentí feliz, pero mi aspecto no debía de ser bueno, porque preguntó con alguna insistencia cómo me sentía.

Me había propuesto no hablar de la enfermedad, pero ante no sé qué frase en que noté, o creí notar, un velado reproche por no haberla acompañado a Montevideo, le recordé el diagnóstico. Le dije lo esencial, pasando por alto los casos de cura, que tal vez no fueran sino un recurso del médico para atenuar la terrible verdad que me había comunicado. Daniela preguntó:

—¿Qué te propones? ¿Que dejemos de vernos?

Le aseguré:

—No tengo fuerzas para decirlo, pero hay algo que no puedo olvidar: el día en que me conociste yo era un hombre sano y ahora soy otro.

—No entiendo —contestó.

Traté de explicarle que yo no tenía derecho a cargarla con mi invalidez. Interpretó como una decisión lo que en definitiva eran cavilaciones y escrúpulos. Murmuró:

—Está bien.

No discutimos, porque Daniela era muy respetuosa de la voluntad ajena y sobre todo porque estaba enojada. Desde ese día no la vi. Yo razonaba tristemente: “Es la mejor solución. Por horrible que me parezca la ausencia de Daniela, peor sería cerrar los ojos, cansarla, notar su cansancio y sus ganas de alejarse.” Además la enfermedad podría obligarme a renunciar a mi empleo en el día-

rio, entonces Daniela no sólo tendría que aguantarme, sino también que mantenerme.

Recordaba un comentario suyo, que alguna vez me hizo gracia. Daniela había dicho: “Qué cansadora esa gente aficionada a las peleas y a las reconciliaciones”. No me atreví, pues, a buscar una reconciliación. No fui a verla ni la llamé por teléfono. Busqué un encuentro casual. Nunca he caminado tanto por Buenos Aires. Cuando salía del diario, no me resignaba a volver a casa y postergar hasta el día siguiente la posibilidad de encontrarla. Dormía mal y despertaba como si no hubiera dormido, pero seguro de que ese día la encontraría en alguna parte, por la simple razón de no tener fuerzas para seguir viviendo sin ella. En medio de esta ansiosa expectativa me enteré de que Daniela se había ido a Francia.

Conté a Héctor Massey, un amigo de toda la vida, lo que me había pasado. Reflexionó en voz alta:

—Mirá, la gente desaparece. Uno rompe con una persona y ya no vuelve a verla. Siempre sucede lo mismo.

—Buenos Aires sin Daniela es otra ciudad.

—Si es así, tal vez te sirva de aliento algo que he leído en una revista: en otras ciudades suele haber dobles de las personas que conocemos.

A lo mejor decía eso para distraerme. Debió de adivinar mi irritación porque se disculpó:

—Comprendo lo que será renunciar a Daniela. Nunca tendrás una mujer igual.

A mí no me gusta hablar de mi vida privada. Sin embargo, he descubierto que tarde o temprano consulto con Massey todas mis dificultades y dudas. Probablemente busco su aprobación porque lo considero honesto y justo y porque no deja que los sentimientos desvíen su criterio. Cuando le conté mi última conversación con Daniela, quiso cerciorarse de que la enfermedad era realmen-

te como yo la había descrito y después me dio la razón. Añadió:

—No vas a encontrar otra Daniela.

—Lo sé demasiado bien —dije.

He pensado muchas veces que la ingenua insensibilidad de mi amigo era una virtud, pues le permitía opinar con absoluta franqueza. Personas que lo consultan profesionalmente (es abogado) lo elogian por decir lo que piensa y por tener una visión clara y simple de los hechos.

Pasé años aislado en mi pesadilla. Ocultaba la enfermedad como algo vergonzoso y creía, a lo mejor con razón, que si no veía a Daniela no valía la pena ver a nadie. Evité al propio Massey; un día supe que andaba por los Estados Unidos o por Europa. En las horas de trabajo en el diario, trataba de aislar-me de los compañeros que me rodeaban. Mantuve con todo una esperanza que no formulé de manera explícita, pero me sirvió para sobreponerme al desconsuelo y para ajustar mis actos a la invariable meta de recomponer el destruido castillito de arena de la salud: la desesperada esperanza de curarme (no me pregunten cuándo) y de reunirme con Daniela. Esperar no me bastó; imaginé. Soñaba con nuestra reunión. Como un exigente director de cine, repetía la escena hasta el cansancio, para que fuera más triunfal y conmovedora. Muchos opinan que la inteligencia es un estorbo para la felicidad. El verdadero estorbo es la imaginación.

Llegaron de París noticias de que Daniela se había volcado íntegramente en sus trabajos y experimentos biológicos. Las consideré buenas. Nunca tuve celos de Rostand ni de Leclerc.

Me parece que empecé a mejorar. (El enfermo vive en un continuo vaivén de ilusiones y desilusiones.) Du-



rante el día ya no cavilaba tanto sobre el próximo ataque; las noches eran menos angustiosas. Una mañana muy temprano, me despertó el timbre de la puerta de calle. Al abrir, me encontré con Massey que según entendí llegaba de Francia, directamente, sin pasar por su casa. Le pregunté si la había visto. Contestó que sí. Hubo un silencio tan largo, que me pregunté si el hecho de que Massey estuviera ahí presente se relacionaría de algún modo con Daniela. Entonces me dijo que viajó con el único propósito de anunciarme que se habían casado.

La sorpresa, la turbación, no me dejaba hablar. Por último aduje que tenía hora con el médico. Yo estaba tan mal, que debió de creerme.

No dudé nunca de que Massey había obrado de buena fe. Debía de figurarse que no me quitaba nada, pues yo me había alejado de Daniela. Cuando me dijo que su casamiento no sería obstáculo para que los tres nos viéramos como antes, debí explicarle que mejor sería pasar un tiempo sin vernos.

No le dije que su matrimonio no iba a durar. A esta convicción no llegué por despecho, sino por conocimiento de las personas. Es claro que el despecho me consumía.

A los pocos meses oí la noticia de que se habían separado. Ninguno de los dos volvió a Buenos Aires. En cuanto al restablecimiento aquel (uno de tantos), resultó ilusorio de modo que yo seguía arrastrando una vidita en que los ataques de fiebre alternaban con los períodos de esperanzada recuperación.

Los años se fueron rápidamente. Quizás habría que decir insensiblemente: nada menos que diez, arrastrados por la vertiginosa repetición de semanas casi iguales. Dos hechos probaban, sin embargo, la realidad del tiempo. Una nueva mejoría de mi salud (entendí que era

la mejoría) y un nuevo ensayo por parte de Massey y Daniela, de vivir juntos. Tantos meses yo había pasado sin fiebre, que me pregunté si estaba sano; Massey y Daniela estuvieron separados tantos años, que la noticia de que volvían a reunirse me sorprendió.

Para afianzar mi restablecimiento pensé que debía salir de la rutina, romper con el pasado. Quizás un viaje a Europa fuera la mejor solución.

Visité al médico. Largamente cavilé sobre la frase que emplearía para comunicarle mis planes. No quería dar pie a una posible objeción. En realidad temía que por buenas o malas razones me disuadiera.

Sin levantar los ojos de mi historia clínica murmuró:

—Me parece una idea excelente.

Me miró como si quisiera decirme algo pero la campanilla del teléfono lo distrajo. Tuvo una larga conversación. Mientras tanto recordé, con un poco de asombro, que en mi primera visita había visto ese consultorio como parte de un mal sueño y al médico (lo que ahora parecía increíble) como un enemigo. Al recordar todo esto me sentía muy seguro, pero de pronto se me ocurrieron preguntas que me alarmaron: “¿Qué me querrá decir? ¿Yo podría jurar que sus palabras fueron ‘una idea excelente’? Y si lo fueron, ¿no las habrá dicho con intención irónica?” Se acabó la ansiedad cuando cortó la comunicación y explicó:

—La parte anímica tiene su importancia. En este momento un viaje por Europa te caerá mejor que todos los medicamentos que yo pueda recetarte.

Diversas circunstancias, entre las que un temporario fortalecimiento de nuestro peso fue la principal, permitieron que emprendiera ese viaje. Parecía que el destino me ayudaba.

Pensé que el agrado de demorarme indefinidamente en casi cualquier lugar del mundo me impediría caer en el clásico turismo de las agencias: dos días en París, una noche en Niza, almuerzo en Génova, etcétera; pero una impaciencia, como de quien se afana en busca de algo o está huyendo (¿para que la enfermedad no lo alcance?), me obligaba a retomar el viaje al otro día de llegar a los sitios más agradables. Seguí en mi absurdo apuro hasta una tarde de fines de diciembre, en que por un canal, en una góndola (ahora me pregunto si no fue en una lancha cargada de turistas y equipaje ¡qué importa!), entré en Venecia y me encontré en un estado de ánimo en que se combinaban, en perfecta armonía, la exaltación y la paz. Exclamé:

—Aquí me quedo. Esto era lo que buscaba.

Bajé en el hotel Mocenigo, donde me habían reservado un cuarto. Recuerdo que dormí bien, ansioso de que llegara el día, para levantarme y recorrer Venecia. De repente me pareció que la tenue luz encuadraba la ventana. Corrí, me asomé. “El amanecer refulgía en el Gran Canal y sacaba de las sombras el Rialto.” Un frío húmedo me obligó a cerrar y a refugiarme entre las mantas.

Cuando me pareció que había entrado en calor salté de la cama. Tras un ligero desayuno me di un baño bien caliente y, sin más demora salí a recorrer la ciudad. Por un instante me creí en un sueño. No, fue más extraño aún. Sabía que no soñaba, pero no encontraba explicación para lo que veía. “A su debido tiempo todo esto va a aclararse”, me dije sin mayor convicción, porque seguía perplejo. Mientras dos o tres gondoleros reclamaban mi atención con gritos y ademanes, en una lancha se alejaba un arlequín. Resuelto, no sé muy bien por qué, a no traslucir mi asombro, con indiferencia pregunté a uno de los hombres cuánto cobraba por un viaje al Rialto y entré con

paso vacilante en su góndola. Partimos en dirección opuesta a la que llevaba la máscara. Mirando los palacios de ambos lados del canal reflexioné: “Parecería que Venecia fue edificada como una interminable serie de escenarios, pero ¿por qué, lo primero que veo, al salir de mi hotel, es un arlequín? Tal vez para convencerme de que estoy en un teatro y subyugarme aún más. Es claro que si de pronto me encontrara con Massey le oiría decir que todo en este mundo es gris y mediocre y que Venecia me deslumbra porque yo vine dispuesto a deslumbrarme.”

Fue necesario que me cruzara con más de un dominó y un segundo arlequín para recordar que estábamos en carnaval. Le dije al gondolero que me extrañaba la abundancia de gente disfrazada a esa hora.

Si entendí bien (el dialecto del hombre era bastante cerrado) me contestó que todos iban a la plaza San Marcos, donde a las doce había un concurso de disfraces, al que yo no debía faltar, porque allá se reunirían las más lindas mujeres venecianas, que eran famosas en todo el mundo por su belleza. Tal vez me tuviera por muy ignorante, porque nombraba, silabeando para ser más claro, las máscaras que veía.

—Po-li-chi-ne-la. Co-lom-bi-na. Do-mi-nó.

Desde luego pasaron algunas que yo no hubiera reconocido: *Il dottore*, con lentes y nariz larga, *Meneghino*, con una corbata de tiras blancas, otra francamente desagradable: *la peste* o *la malattia* y una que no recuerdo bien, llamada *Brighella* o algo así.

Bajé a tierra cerca del puente del Rialto. En el correo despaché una tarjeta para el médico (*Querido dottore: Viaje espléndido. Yo muy bien. Saludos*) y por la calle de la Merceria me encaminé hacia la plaza San Marcos, mirando las ocasionales máscaras, como si buscara alguna en particular. Por algo se dice que si nos acordamos

de una persona al rato la encontramos. En un puente, cerca de una iglesia, San Giuliano o Salvatore, casi me llevo por delante a Massey. Con espontánea efusividad le grité:

—¡Vos acá!

—Hace tiempo que vivimos en Venecia ¿Cuándo llegaste?

No le contesté en seguida, porque ese verbo en plural me cayó desagradablemente. Bastó la alusión a Daniela para sumirme en la tristeza. Yo creía que las viejas heridas habían cicatrizado. Por fin murmuré:

—Anoche.

—¿Por qué no te venís con nosotros? Hay cuartos de sobra.

—Me hubiera gustado, pero mañana viajo a París —mentí para no exponerme a un encuentro que no sabía cómo me afectaría.

—Si mi mujer sabe que estuviste en Venecia y que te vas sin verla, no me perdonará. Esta noche dan *Lorelei* de Catalani, en La Fenice.

—No me gusta la ópera.

—¿Qué importa la ópera? Lo que me importa es pasar un rato juntos. Vení a nuestro palco. Te vas a divertir. Hay función de gala, por el carnaval, y la gente va disfrazada.

—A mí no me gusta disfrazarme.

—Muy pocos hombres lo hacen. Las que van disfranzas son las mujeres.

Debí de pensar que ya había hecho bastante de mi parte y que si Massey insistía, no podría negarme por mucho tiempo. Creo que en ese momento descubrí que el secreto estímulo de mi viaje había sido la esperanza de encontrar a Daniela y que, sabiéndola en Venecia, la idea

de partir sin verla me parecía una renuncia muy superior a mis fuerzas.

—Te buscamos en tu hotel —dijo.

—No, voy por mi lado. Dejame la entrada en la boletería.

Insistió en que fuera puntual, porque si llegaba después del primer acorde no entraría hasta el final del acto. Sentí impulsos de preguntar por Daniela, pero también aprensión y disgusto de que Massey la nombrara. Nos despedimos.

Por cierto no me acordé más del concurso de disfraces. Pensar en Daniela y en la emoción de verla fueron mis únicas preocupaciones. De vez en cuando me llegaba, en dolorosas puntadas, la conciencia de lo que estaba en juego en la entrevista. Después de todo lo que sufrí, reavivaría una pena que, si no había desaparecido, se había acallado. ¿Alentaba alguna ilusión de encontrar el modo, en un rato, en un palco, en una función de ópera, de recuperar a Daniela? ¿Le haría eso a Massey? Para qué plantearme una posibilidad que no existía... Es claro que bastaba la expectativa de ver a Daniela, para que la suerte estuviera echada.

Cuando llegué, la función había empezado. Un acomodador me condujo hasta el palco, que era de los llamados balcones. Al entreabrir la puerta lo primero que vi fue a Daniela, vestida de dominó, comiendo chocolates. A su lado estaba Massey. Daniela me sonreía y, detrás del antifaz, que no se quitó, como yo hubiera deseado, brillaban sus ojos. Me susurró:

—Acercá una silla.

—Estoy bien acá —le dije.

Para no hacer ruido, me senté en la primera silla que encontré.

—No vas a ver nada —dijo Massey.

Yo estaba perturbado. Pasaba de la alegría a un sordo fastidio por la presencia de Massey en el palco. Una soprano empezó a cantar:

*Vieni, deh, vieni*

Y Daniela, como fascinada, se volvió hacia el escenario y me dio la espalda. Injustamente, sin duda, pensé que la mujer de mi vida al cabo de una separación interminable, me había concedido (creo que la palabra adecuada es *prestado*) su atención por menos de un minuto. Lo más extraordinario, tal vez lo más triste, era que yo reaccionaba con indiferencia. Tan distante me sentía que pude enterarme de los desgraciados amores de Ana, de Walter y de Lorelei, que por despecho y para obtener poderes mágicos se casa con un río (si mal no recuerdo, el Rhin). En un primer momento la única similitud que advertí entre la historia que se desarrollaba en el escenario y la mía fue la de envolver a tres personas; no necesité más para seguirla con notable interés. A ratos, es verdad, me abstraía en mi desconcierto... Me encontraba en una situación imprevista, que me escandalizaba: Daniela y yo nos mirábamos como extraños. Algo peor quería irme. Cuando llegó el entreacto, Daniela preguntó:

—¿Quién es el ángel que me trae más chocolates como éstos? Los venden acá enfrente, en el bar de la plaza.

—Yo voy —me apresuré a contestar.

Con disgusto oí la voz de Massey que anunciaba:

—Te acompaño.

Rodeados de máscaras y de señores de etiqueta, lentamente bajamos por la escalera de mármol. Echamos a correr al salir del teatro, porque en la placita hacía demasiado frío. En el bar, Massey eligió una mesa contra la puerta. Entraron una muchacha vestida de dama an-

tigua, con miriñaque, un “noble” y un “turco”; divertidos con la conversación se demoraban en la puerta entreabierta.

—Esta corriente de aire no me gusta —dije—. Cambiemos de mesa.

Nos mudamos a una del fondo. En seguida tomaron nuestro pedido: para mí un *strega* para Massey un café y los chocolates. Casi no hablamos, como si hubiera un solo tema y estuviera vedado. En el momento de pagar no quedaban mesas desocupadas; por más que los llamaráramos, los mozos pasaban de largo. El frío había traído a la gente. De pronto, el rumor de las conversaciones, se oyó con nitidez una voz inconfundible y los dos miramos hacia la puerta de entrada. No sé por qué me pareció que tuvimos una brevísima vacilación, como si cada cual sintiera que el otro lo había sorprendido. En nuestra primera mesa (le habían arrimado otras) vi arlequines, colombinas y dos o tres dominós. En el acto supe cuál era Daniela. El brillo de sus ojos, que miraban desde el antifaz, no dejaba lugar a dudas.

Con visible nerviosidad, Massey consultó el reloj y anunció:

—Está por empezar. —Mentalmente pedí que no insistiera con la historia de que si llegábamos tarde no entraríamos. Lo que dijo me enojó más.

—Esperáme en el palco.

“Qué se cree, sacarme de en medio, porque vino Daniela”, pensé indignado. Después de un instante recapacité: cada cual veía las cosas a su modo y a lo mejor Massey se consideraba con todos los derechos, porque se casó con ella cuando la dejé partir. Dije:

—Yo le llevo los chocolates.



Me los dio, vacilando, como si mi pedido lo desconcertara. Cuando llegué a su mesa, Daniela me miró en los ojos y murmuró:

—Mañana, a esta hora, aquí mismo.

Dijo también otra palabra: un sobrenombre, que sólo ella conocía. En un halo de felicidad salí del bar. Como si un velo se descorriera, me pregunté por qué tardé tanto en comprender que en el palco Daniela se había mostrado distante por disimulo. De pronto descubrí que no le había dado los chocolates y ya me volvía cuando reflexioné que al reaparecer con ellos quizás agregara un toque ridículo a un momento maravilloso. De algo estoy seguro: no me demoré en la plaza, porque hacía frío, y en La Fenice me encaminé directamente a nuestro palco. Por eso me asombró ver allí a Daniela, sentada como la dejé un rato antes, acodada en el terciopelo rojo de la baranda. Se diría que en todo ese tiempo no había cambiado de posición. Atiné a alcanzarle los chocolates, pero en verdad me hallaba aturdido. Una sospecha, una estúpida corazonada (recordaba que Massey a la mañana no había dicho “Daniela”, sino mi “mujer”) de pronto me impulsó a pedirle que se quitara el antifaz. Para serenarme fijé la atención en las evoluciones de sus manos, que primero corrieron hacia atrás la capucha del dominó y en seguida acomodaron el pelo ligeramente desordenado. Cómo extrañé otros tiempos. No era necesario, pensé, que se quitara el antifaz, porque sólo ella tenía esa gracia; me disponía a disuadirla pero ya Daniela estaba con la cara descubierta. Aunque siempre la había recordado como incomparable, como única, la perfección de su belleza me deslumbró. Murmuré su nombre.

Me arrepentí muy pronto. Había pasado algo extraño: esa palabra ten querida, ahí, en ese momento, me entristeció. El mundo se me volvió incomprensible. En me-

dio de la confusión tuve una segunda corazonada, que me provocó un vivo desagrado: “¿Gemelas?”. Entonces como si vislumbrara una sospecha y quisiera aclararla cuanto antes, me incorporé cautelosamente, para no ser oído, me deslicé al pasillo, pero al trasponer la puerta, me pregunté si no me equivocaba, si no me portaba mal con Daniela. Me volví y susurré:

—Ya vuelvo.

Corrí por la galería en herradura, que rodea los palcos. En el preciso instante que me precipitaba escalones abajo, vi a Massey, subiendo lentamente y me oculté detrás de un grupo de máscaras. Si me preguntaban “¿Qué hace ahí?” no hubiera encontrado una contestación aceptable. Quizá no advirtieron mi presencia. Antes que Massey llegara a la entrada del palco, me abrí paso entre las máscaras y bajé corriendo. Como quien se tira al agua helada, salí a la placita. En cuanto llegué al bar noté que había menos gente y que la silla de Daniela estaba vacía. Hablé con una muchacha disfrazada de dominó.

—Acaba de irse, con Massey —me dijo, y debió notar mi confusión, porque agregó solícitamente—: Muy lejos no estará... A lo mejor la alcanza por la calle delle Veste.

Emprendí la busca firmemente resuelto a sobreponerme a todas las dificultades y a encontrarla. Porque estaba sano podía volcar mi voluntad en ese único propósito. Probablemente me daba fuerzas el ansia imposter-gable de recuperar a Daniela, a la verdadera Daniela, y también un impulso de probar que la quería y que si alguna vez la había dejado no fue por desamor. De probarlo ante Daniela y ante el mundo. Por la segunda calle doblé a la derecha; me pareció que por ahí doblaban todos. Sentí un dolor, un golpe, que me cortaba la respiración: era el frío. He descubierto que si me acuerdo de la enfermedad me enfermo y, para pensar en otra cosa, me dije

que nosotros no éramos tan valientes como los venecianos; en una noche así, los porteños no andamos por las calles. Trataba de conciliar la necesidad de apurar el paso con la de mirar detenidamente, en la medida de lo posible, a las mujeres de negro y, desde luego, a las vestidas de dominó. Frente a una iglesia, estuve seguro de reconocerla. Al acercarme descubrí que era otra. El desengaño me produjo malestar físico. “No debo perder la cabeza”, me dije. Seguramente para no acordarme pensé que era gracioso cómo, sin querer, expresaba literalmente lo que sentía: en efecto, mantuve el equilibrio con dificultad.

No quería llamar la atención ni apoyarme en el brazo de nadie, por temor de tropezar con algún comedido que me demorara. Cuando pude retomé el camino. Procuraba adelantarme a la interminable corriente de los que iban en igual rumbo y de esquivar a los que venían en el sentido contrario. Me afanaba por buscar la mirada y observar las facciones visibles de toda mujer disfrazada de dominó. Aunque me desvivía, eran tantas que más de una se me habrá pasado por alto. La imposibilidad de mirarlas a todas significaba un riesgo al que no me resignaba. Me abrí paso entre la gente. Un arlequín se hizo a un lado, se echó a reír y me gritó algo, parodiando tal vez a los gondoleros. La verdad es que yo me veía a mí mismo como un barco que se abría camino con la proa. En esa imagen de sueño mi cabeza y la proa se confundían. Llevé una mano a la frente: quemaba. Empecé a explicarme que por extraño que pareciera los golpes de las olas originaban el calor y perdí el conocimiento.

Vinieron luego días confusos, de soñar cuando dormía y cuando despertaba. A cada rato me creía realmente despierto y confiaba en que se dispararían del todo esos sueños, tan molestos por lo persistentes. Muy pronto lle-

gaba el desengaño, tal vez porque hechos reales, difíciles de admitir y que me preocupaban, provocaron (con la fiebre, que también era real) nuevos delirios.

Para que todo fuera angustiosamente incierto, no conocí el cuarto en que me encontraba. Una mujer, que me atendía con maternal eficacia y a la que yo no había visto nunca, me dijo que estábamos en el hotel La Fenice. La mujer se llamaba Eufemia; yo le decía Santa Eufemia.

Creo que en dos ocasiones me visitó un doctor Kurtz. En la primera me explicó que vivía “aquí nomás, en el corazón de Venecia”, en no sé qué número de la calle Fiu-bera y que si lo necesitaba lo llamara a cualquier hora de la noche. En la segunda me dio de alta. Cuando salió reparé en que no le había pedido la cuenta, lo que me trajo una nueva inquietud, porque temía no recordar bien su dirección, olvidarme de pagar o no encontrarlo, como si fuera un personaje de un sueño. En realidad era el típico médico de familia, de esos que había en otras épocas. Tal vez resultara un poco irreal en la nuestra, pero ¿hay algo en Venecia que no sea así?

Una tarde le pregunté a Eufemia cómo llegué al hotel La Fenice. Me contestó con evasivas e insistió enfáticamente en que hasta dos veces diarias, durante la fiebre, el señor y la señora Massey me habían visitado. Inmediatamente recordé las visitas o, mejor dicho, vi en un sueño muy nítido a Massey y a Daniela. Lo peor de la fiebre (y al respecto, todo seguía igual) era la autonomía de las imágenes mentales. El hecho de que la voluntad no tuviera poder sobre ellas, me angustiaba, como un principio de locura. Esa tarde pasé de recordar alguna de las visitas de los Massey, a verlos como si estuvieran sentados al lado de mi cama de enfermo, y a ver a Daniela comiendo chocolates en el palco, y después a una máscara con antifaz, reclinada sobre mí que me hablaba y que

identifiqué fácilmente. Revivir o soñar la escena me perturbó tanto que al principio no oí las palabras de la máscara. En el preciso momento en que yo estaba pidiéndole que por favor las repitiera, desapareció. Massey había entrado en el cuarto. La desaparición me desconsolaba, porque yo prefería tener a Daniela en sueños, a encontrarme sin ella; pero la presencia de Massey me despertó del todo: un alivio tal vez, porque empecé a sentirme menos extraviado. Mi amigo me habló con su habitual franqueza, como si yo estuviera sano y pudiera enfrentar la verdad. Traté de corresponder a esa prueba de confianza. Me dijo algo que desde luego yo sabía: que después de mi alejamiento, Daniela no fue la misma mujer de antes. Aclaré:

—Nunca la he engañado.

—Es cierto. Y reconoce que no creyó del todo en tu enfermedad hasta que te encontró aquí a la vuelta, tirado en la calle.

Me enojé de pronto y le dije:

—Pretende resarcirme con una buena enfermera y un buen médico.

—No le pidas lo que no puede darte.

—¿Sabes lo que pasa? No entiende que la quiero.

Me contestó que no fuera presuntuoso, que ella también me quería cuando la dejé. Protesté:

—Yo estaba enfermo.

Dijo que el amor pedía lo imposible. Agregó:

—Como ahora lo estás probando, con tus exigencias de que vuelva. No volverá.

Le pregunté por qué estaba tan seguro, y me dijo que por experiencia propia. Exclamé con mal contenida irritación:

—No es lo mismo.

Contestó:

—Desde luego. Yo no la abandoné.

Lo miré asombrado, porque por un instante creí que se le quebraba la voz. Me aseguró que Daniela sufrió mucho, que después de lo que pasó conmigo ya no podía enamorarse, por lo menos como antes.

—Para toda la vida ¿comprendés?

No me contuve. Dije:

—A lo mejor todavía me quiere.

—Es claro que te quiere. Como a un amigo, como al mejor amigo. Y podrías pedirle que haga por vos lo que hizo por mí.

Massey había recuperado el aplomo. En un tono de lo más tranquilo se puso a dar explicaciones horribles, que yo no quería oír y que en la debilidad de mi convalecencia entendí apenas. Habló de los llamados hijos carbónicos, o clones, o dobles. Dijo que Daniela, en colaboración con Leclerc, había desarrollado de una célula suya (creo que empleó la palabra célula pero no puedo afirmarlo) hijas idénticas a ella. Ahora pienso que tal vez fuera una sola (bastaba una, para la pesadilla que Massey me comunicaba) y que logró acelerar el crecimiento con tal intensidad que en menos de diez años la convirtió en una espléndida mujer de diecisiete o dieciocho años.

—¿Tu Daniela? —pregunté con inesperado alivio.

—Parece increíble, pero realmente es una mujer hecha a mi medida. Idéntica a la madre pero, ¿cómo decirte?, tanto más adecuada a un hombre como yo. TE voy a confesar algo que te parecerá un sacrilegio: por nada la cambiaría por la original. Es idéntica, pero a su lado vivo con otra paz, con genuina serenidad. Si supieras cómo son realmente las cosas, me envidiarías.

Para que no insistiera en lo que yo debía pedir a Daniela, declaré:

—No me interesa una mujer idéntica. La quiero a ella.

Me replicó tristemente pero con firmeza:

—Entonces no conseguirás nada. Daniela me dijo que al ver tu cara en el bar comprendió que seguías queriéndola. Piensa que reanudar un viejo amor no tiene sentido. Para evitar una discusión inútil, cuando le dijeron que no corrías peligro, se fue en el primer avión.

---

## NÓUMENO

PROBABLEMENTE fue Carlota la que tuvo la idea. Lo cierto es que todos la aceptaron, aunque sin ganas. Era la hora de la siesta de un día muy caluroso, el 8 o el 9 de enero. En cuanto al año, no caben dudas: 1919. Los muchachos no sabían qué hacer y decían que en la ciudad no había un alma, porque algunos amigos ya estaban veraneando. Salcedo convino en que el Parque Japonés quedaba cerca. Agregó:

—Será cosa de ponerse el rancho e ir en fila india, buscando la sombra.

—¿Están seguros de que en el Parque Japonés funciona el Nóumeno? —preguntó Arribillaga.

Carlota dijo que sí. El Nóumeno era un cinematógrafo unipersonal, que por entonces daba que hablar, aún en las noticias de policía.

Arturo miró a Carlota. Con su vestido blanco, tenía aire de griega o de romana. “Una griega o romana muy linda”, pensó.

—Vale la pena costearse —dijo Arribillaga—. Para hacernos una opinión sobre el asunto.



—Algo indispensable —dijo con sorna Amenábar.

—Yo tampoco veo la ventaja —dijo Narciso Dillon.

—Voy a andar medio justo de tiempo —previno Arturo—. El tren sale a las cinco.

—Y si no vas, ¿qué pasa? ¿Tu campo desaparece? —preguntó Carlota.

—No pasa nada, pero me están esperando.

Aunque no fuera indispensable la fila india, tampoco era cuestión de insolarse y derretirse, de modo que avanzaron de dos en dos, por la angosta y no continua franja de sombra. Carlota y Amenábar caminaban al frente; después, Arribillaga y Salcedo; por último, Arturo y Dillon. Éste comentó:

—Qué valientes somos.

—¿Por salir con este solazo? —preguntó Arturo.

—Por ir muy tranquilos a enfrentarnos con la verdad.

—Nadie cree en el Nómeno.

—Desde luego.

—Es de la familia de la cotorra de la buena suerte.

—Entonces, una de dos. O no creemos y ¿para qué vamos? O creemos y ¿pensaste, Arturo, en este grupo de voluntarios? La gente más contradictoria de la República. Empezando por un servidor. Nací cansado, no sé lo que se llama trabajar, si me arruino me pego un tiro y no hay domingo que no juegue hasta el último peso en las carreras.

—¿Quién no tiene contradicciones?

—Unos menos que otros. Vos y yo no vamos al Nómeno batiendo palmas.

Arturo dijo:

—A lo mejor sospechamos que para seguir viviendo, más vale dormirse un poco para ciertas cosas. ¿Qué va a suceder cuando entre Arribillaga y vea cómo el aparato

le combina su orgullo de perfecto caballero con su ambición política?

—Arribillaga sale a todo lo que da y el Nóumeno estalla —dijo Dillon—. ¿Amenábar también tendrá contradicciones?

—No creo.

Cuando conoció a Amenábar, Arturo estudiaba trigonometría, su última materia de bachillerato, para el examen de marzo. Un pariente, profesor en el colegio Mariano Moreno, se lo recomendó. “Si te prepara un mozo Amenábar”, le dijo, “no sólo aprobarás trigonometría, sabrás matemáticas”. Así fue, y muy pronto entablaron una amistad que siguió después del examen, a través de esas largas conversaciones filosóficas, que en alguna época fueron tan típicas de la juventud. Por Arturo, Amenábar conoció a Carlota y después a los demás. Lo trataban como a uno de ellos, con la misma despreocupada camaradería, pero todos veían en él a una suerte de maestro, al que podían consultar sobre cualquier cosa. Por eso lo llamaban el Profe.

Comentó Dillon:

—Su idea fija es la coherencia.

—Ojalá muchos tuviéramos esa idea fija —contestó Arturo—. Él mismo dice que la coherencia y la lealtad son las virtudes más raras.

—Menos mal, porque si no, con la vida que uno lleva... ¿Qué sería de mí, un domingo sin turf? ¡Me pego un balazo!

—Si hay que pegarse un balazo porque la vida no tiene sentido, no queda nadie.

—¿También Carlota será contradictoria? A ella se le ocurrió el programa.

—Carlota es un caso distinto —explicó Arturo; con aparente objetividad—. Le sobra el coraje.

—Las mujeres suelen ser más corajudas que los hombres.

—Yo iba a decir que era más hombre que muchos.

Tal vez Arturo no estuviera tan alegre como parecía. Cuando hablaba de Carlota se reanimaba.

—No conozco chica más independiente —aseguró Dillon, y agregó—: Claro que la plata ayuda.

—Ayuda. Pero Carlota era muy joven cuando quedó huérfana. Apenas mayor de edad. Pudo acobardarse, pudo buscar apoyo en alguien de la familia. Se las arregló sola.

“Y por suerte ahí va caminando con Amenábar”, pensó Arturo. “Sería desagradable que tuviera al otro a su lado.”

Entraron en el Parque Japonés. Arturo advirtió con cierto alivio que nadie se apuraba por llegar al Nóumeno. Lo malo es que no era el único peligro. También estaba la Montaña Rusa. Para sortearla, propuso el Water Shoot, al que subieron en un ascensor. Desde lo alto de la torre, bajaron en un bote, a gran velocidad, por un tobogán, hasta el lago. Pasaron por el Disco de la Risa, se fotografiaron en motocicletas Harley Davidson y en aeroplanos pintados en telones y, más allá del teatro de títeres, donde tres músicos tocaban *Cara sucia*, vieron un quiosco de bloques de piedra gris, en papier mache, que por la forma y por las dos efinges, a los lados de la puerta, recordaba una tumba egipcia.

—Es acá —dijo Salcedo y señaló el quiosco.

En el frontispicio leyeron: El Nóumeno y, a la derecha, en letras más chicas: de M. Cánter. Un instante después un viejito de mal color se les acercó para preguntar si querían entradas. Arribillaga pidió seis.

—¿Cuánto tiempo va a estar cada uno adentro? —preguntó Arturo.

—Menos de un cuarto de hora. Más de diez minutos —contestó el viejo.

—Bastan cinco entradas. Si me alcanza el tiempo compro la mía.

—¿Usted es Cánter? —preguntó Amenábar.

—Sí —dijo el viejo—. No, por desgracia, de los Cánter de La Sin Bombo, sino de unos más pobres, que vinieron de Alemania. Tengo que ganarme la vida vendiendo entradas para este quiosco. ¡Seis, mejor dicho cinco, miserables entradas, a cincuenta centavos cada una!

—¿Ahora no hay nadie adentro? —preguntó Dillon.

—No.

—Y aparte de nosotros, nadie esperando. Le tomaron miedo a su Nóumeno.

—No veo por qué —replicó el viejo.

—Por lo que salió en los diarios.

—El señor cree en la letra de molde. Si le dicen que alguien entró en este quiosco de lo más campante y salió con la cabeza perdida, ¿lo cree? ¿No se le ocurre que detrás de toda persona hay una vida que usted no conoce y tal vez motivos más apremiantes que mi Nóumeno, para tomar cualquier determinación?

Arturo preguntó:

—¿Cómo se le ocurrió el nombre?

—A mí no se me ocurrió. Lo puso un periodista, por error. En realidad, el Nóumeno es lo que descubre cada persona que entra. Y, a propósito: ¡Adelante, señores, pasen! Por cincuenta centavos conocerán el último adelanto del progreso. Tal vez no tengan otra oportunidad.

—Deséenme buena suerte —dijo Carlota.

Saludó y entró en el Nóumeno. Arturo la recordaría en esa puerta, como en una estampa enmarcada: el pelo castaño, los ojos azules, la boca imperiosa, el vestido blanquísimo. Salcedo preguntó a Cánter:

—¿Por qué dice que tal vez no haya otra oportunidad?

—Algo hay que decir para animar al público —explicó el viejo, con una sonrisa y una momentánea efusión de buen color, que le dio aire de resucitado—. Además, la clausura municipal está siempre sobre nuestras cabezas.

—¿Cabezas? —preguntó Arturo—. ¿Las suyas o las de todos?

—Las de todos los que recibimos la visita de señores que viven de las amenazas de clausura. Los señores inspectores municipales.

—Una vergüenza —dijo Salcedo, gravemente.

—Hay que comer —dijo el viejo.

Después de *Cara sucia*, los de al lado tocaron *Mi noche triste*. Arturo pensó que por culpa de ese tango, que siempre lo acongojaba un poco, estaba nervioso porque la chica no salía del Nóumeno. Por fin salió y, como todos la miraban inquisitivamente, dijo con una sonrisa:

—Muy bien. Impresionante.

Arturo pensó “Le brillan los ojos”.

—Acá voy yo —exclamó Salcedo y, antes de entrar, se volvió y murmuró: —No se vayan.

—Felice morte —gritó Arribillaga.

Carlota pasó al lado de Arturo y dijo en voz baja:

—Vos no entrés.

Antes que pudiera preguntar por qué, ella se trabó en una conversación con Amenábar. El tono en que había dicho esas tres palabras le recordó tiempos mejores.

En el teatro de títeres tocaban otro tango. Cuando Salcedo salió del Nóumeno, entró Amenábar. Arribillaga preguntó:

—¿Qué tal?

—Nada extraordinario —contestó Salcedo.

—Explicáme un poco —dijo Dillon—. Ahí adentro ¿consigo un dato para el domingo?

—Creo que no.

—Entonces no me interesa. Casi me alegro.

—Yo, en cambio, me alegro de haber entrado. Hay una especie de máquina registradora, pero de pie, y una sala, o cabina, de biógrafo, que se compone de una silla y de un lienzo que sirve de pantalla.

—Te olvidás del proyector —dijo Carlota.

—No lo vi.

—Yo tampoco, pero el agujero está detrás de tu cabeza, como en cualquier sala, y al levantar los ojos ves el haz de luz en la oscuridad.

—La película me pareció extraordinaria. Yo sentí que el héroe pasaba por situaciones idénticas a las mías.

—¿Concluyó bien? —preguntó Carlota.

—Por suerte, sí —dijo Salcedo—. ¿Y la tuya?

—Depende. Según interpretes.

Salcedo iba a preguntar algo, pero Carlota se acercó a Amenábar, que salía del quiosco, y le preguntó cuál era su veredicto.

—Yo ni para el Nóumeno tengo veredictos. Es un juego, un simulacro ingenioso. Una novedad bastante vieja: la máquina de pensar de Raimundo Lulio, puesta al día. Casi puedo asegurar que mientras uno se limite a las teclas correspondientes a su carácter, la respuesta es favorable; pero si te da por apretar la totalidad de las teclas correspondientes a las virtudes, la inmediata respuesta es Hipócrita, Ególatra, Mentiroso, en tres redondelitos de luz colorada.

—¿Hiciste la prueba? —preguntó Carlota.

Riendo, Amenábar contestó que sí y agregó:

—¿Te parece poco serio? A mí me pareció poco serio el biógrafo. Qué cinta. Como si nos tomaran por sonsos.

Después de mirar el reloj Arturo dijo:

—Yo me voy.

—¿No me digas que te asusta el Nóumeno? —preguntó Dillon.

—La verdad que esa puerta alta y angosta le da aspecto de tumba —dijo Salcedo.

Carlota explicó:

—Tiene que tomar el tren de las cinco.

—Y antes pasar por casa, a recoger la valija —agregó Arturo.

—Le sobra el tiempo —dijo Salcedo.

—Quién sabe —dijo Amenábar—. Con la huelga no andan los tranvías y casi no he visto automóviles de alquiler ni coches de plaza.

Lo que vio Arturo al salir del Parque Japonés le trajo a la memoria un álbum de fotografías de Buenos Aires, con las calles desiertas. Para que esas pruebas documentales no contrariaran su convicción patriótica de que en las calles de nuestra ciudad había mucho movimiento, pensó que las fotografías debieron de tomarse en las primeras horas de la mañana. Lo malo es que ahora no era la mañana temprano, sino la tarde.

No había exagerado Amenábar. Ni siquiera se veían coches particulares. ¿Iba a largarse a pie, a Constitución? Una caminata, para él heroica, no desprovista de la posibilidad de llegar después de la salida del tren. “¿Dónde está ese ánimo? ¿Por qué pensar lo peor?”, se dijo. “Con un poco de suerte encontraré algo que me lleve a Constitución.” Hasta Cerrito, bordeó el paredón del Central Argentino, volviendo todo el tiempo la cabeza, para ver si aparecía un coche de plaza o un automóvil de alquiler. “A este paso, antes que las piernas se me cansa el pescuezo.” Dobló por Cerrito a la derecha, subió la barranca, siguió rumbo al barrio sur. “Desde el Bajo y Ca-

lao a Constitución habrá alrededor de cuarenta cuadras”, calculó. “Más vale dejar la valija.” Lo malo era que de paso dejaría *La ciudad y las sierras*, que estaba leyendo. Para recoger la valija, tendría seis cuadras hasta su casa, en la calle Rodríguez Peña y, ya con la carga a cuestas, las seis cuadras hasta Cerrito y todas las que faltaban hasta Constitución. “Otra idea”, se dijo, “sería irme ahora mismo a casa, recostarme a leer *La ciudad y las sierras* frente al ventilador y postergar el viaje para mañana; pero, con la huelga, quién me asegura que mañana corran los trenes. No hay que aflojar aunque vengan degollando”. Nadie venía degollando, pero la ciudad estaba rara, por lo vacía, y aun le pareció amenazadora, como si la viera en un mal sueño. “Uno imagina disparates, por la cantidad de rumores que oye sobre desmanes de los huelguistas.” A la altura de Rivadavia, pasó un taxímetro Hispano Suiza. Aunque iba libre, continuó la marcha, a pesar de su llamado. “A lo mejor el chofer está orgulloso del auto y no levanta a nadie.”

Poco después, al cruzar Alsina, vio que avanzaba hacia él un coche de plaza tirado por un zaino y un tordillo blanco. Arturo se plantó en medio de la calle, con los brazos abiertos, frente al coche. Creyó ver que el cochero agitaba las riendas, como si quisiera atropellarlo, pero a último momento las tiró para atrás, con toda la fuerza, y logró sujetar a los caballos. Con voz muy tranquila, el hombre preguntó:

—¿Por suerte anda buscando que lo maten?

—Que me lleven.

—No lo llevo. Ahora vuelvo a casa. A casita, cuanto antes.

—¿Dónde vive?

—Pasando Constitución.

—No tiene que desandar camino. Voy a Constitución.



—¿A Constitución? Ni loco. La están atacando.

—Me deja donde pueda.

Resignado, el cochero pidió:

—Suba al pescante. Si voy con pasajero y nos encontramos con los huelguistas, me vuelcan el coche. Que lleve a un amigo en el pescante, ¿a quién le interesa? Hay que cuidarse, porque la Unión de Choferes apoya la huelga.

—Usted no es chofer, que yo sepa.

—Tanto da. Caigo en la volteada como cualquiera.

Por Lima siguieron unas cuadras. Arturo comentó:

—Corre aire acá. Uno revive. ¿Sabe, cochero, lo que he descubierto?

—Usted dirá.

—Que se viaja más cómodo en coche que a pie.

El cochero le dijo que eso estaba muy bueno y que a la noche iba a contárselo a la patrona. Observó amistosamente:

—La ciudad está vacía, pero tranquila.

—Una tranquilidad que mete miedo —aseguró Arturo.

Casi inmediatamente oyeron detonaciones y el silbar de balas.

—Armas largas —dictaminó el cochero.

—¿Dónde? —preguntó Arturo.

—Para mí, en la plaza Lorea. Vamos a alejarnos, por si acaso.

En Independencia doblaron a la izquierda y después, en Tacuarí, a la derecha. Al llegar a Garay, Arturo dijo:

—¿Cuánto le debo? Bajo acá.

—Vamos a ver: ¿viajó, sí o no, en el asiento de los amigos? —Sin esperar respuesta, concluyó el cochero—: Nada, entonces.

Porque faltaba la desordenada animación que habitualmente había en la zona, la mole gris amarillenta de

la estación parecía desnuda. Cuando Arturo iba a entrar, un vigilante le preguntó:

—¿Dónde va?

—A tomar el tren —contestó.

—¿Qué tren?

—El de las cinco, a Bahía Blanca.

—No creo que salga —dijo el vigilante.

“Con tal que atiendan en la boletería”, se dijo Arturo. Lo atendieron, le dieron el boleto, le anunciaron:

—El último tren que corre.

En el momento de subir al vagón se preguntó qué sentía. Nada extraordinario, un ligero aturdimiento y la sospecha de no tener plena conciencia de los actos y menos aún de cómo repercutirían en su ánimo. Era la primera vez, desde que ella lo dejó, que salía de Buenos Aires. Había pensado que la falta de Carlota sería más tolerable si estaban lejos.

Se encontró en el tren con el vasco Arruti, el de la panadería *La Fama*, reputada por la galleta de hojaldre, la mejor de todo el cuartel séptimo del partido de Las Flores. Arturo preguntó:

—¿Llegamos a eso de las ocho y media?

—Siempre y cuando no paren el tren en Talleres y nos obliguen a bajar.

—¿Vos creés?

—La cosa va en serio, Arturito, y en Talleres hay muchos trabajadores. Nos mandan a una vía muerta, si quieren.

—No sé. Los trabajadores están cansados.

Pasaron de largo Talleres y Arruti dijo:

—Tengo sed.

—Vayamos al vagón comedor.

—Ha de estar cerrado.

Estaba abierto. Pidió Arturo una Bilz, y un Pernod Arruti, que explicó:

—Lo que tomábamos con tu abuelo, cuando iba a la estancia, a jugar a la baraja.

—Eso fue en los últimos años de mi abuelo.

—Antes lo acompañabas a cazar.

De nuevo hablaron de la huelga. Con algún asombro, Arturo creyó descubrir que Arruti no la condenaba y le preguntó:

—¿No estás en contra de la huelga porque pensás que de una revolución va a salir un gobierno mejor que el de ahora?

—No estoy loco, che —replicó Arruti—. Todos los gobiernos son malos, pero a un mal gobierno de enemigos prefiero un mal gobierno de amigos.

—¿El que tenemos es de enemigos?

—Digamos que es de tu gente, no de la mía.

—No sabía que vos y yo fuéramos enemigos.

—No lo somos, Arturo, ni lo seremos. Ni tú ni yo estamos en política. Una gran cosa.

—Sin embargo, apostaría que tomamos las ideas más a pecho que los políticos.

—Esa gente no cree en nada. Sólo piensan en abrirse paso y mandar.

Imaginó cómo iba a referirle a Carlota esta conversación. Recordó, entonces, lo que había pasado. Se dijo: “Debo sobreponerme”, pero tuvo sentimientos que tal vez correspondieran a una frase como: “¿Para qué vivir si después no puedo comentar las cosas con Carlota?”.

Arruti, que era un vasco disertado, habló de su infancia en los Pirineos, de su llegada al país, de sus primeras noches en Pardo, cuando se preguntaba si el rumor que oía era del viento o de un malón de indios.

A ratos Arturo olvidó su pena. Lo cierto es que el viaje se hizo corto. A las ocho y media bajaron en la estación Pardo.

—Seguro que Basilio vino con el break —dijo—. ¿Te llevo?

—No, hombre —contestó Arruti—. Vivo demasiado cerca. Eso sí: una tarde caigo de visita en la estancia. Esta vuelta vas a quedarte más de lo que tienes pensado.

Basilio, el capataz, los recibió en el andén. Preguntó:

—¿Qué tal viaje tuvieron? —y agregó después de agacharse un poco y llevar la mirada a una y otra mano de Arturo—: ¿No olvidaste nada, Arturito?

—Nada.

—¿Qué debía traer? —preguntó Arruti.

—Siempre viene con valijas cargadas de libros. Hay que ver lo que pesan.

Arruti se despidió y se fue. Arturo preguntó:

—¿Cómo andan por acá?

—Bien. Esperando el agua.

—¿Mucha seca?

—Se acaba el campo, si no llueve.

Emprendieron el largo trayecto en el break. Hubo conversación, por momentos, y también silencios prolongados. Todavía no era noche. Distraídamente Arturo miraba el brillante pelo del zaino, la redondez del anca, el tranquilo vaivén de las patas, y pensaba: “Para vida agitada, el campo. Uno se desvive porque llueve o no llueve, o porque pase la mortandad de los terneros... Lo que es yo, no voy a permitir que me contagien la angustia”. Iba a agregar “por lo menos hasta mañana a la mañana”, cuando se acordó de la otra angustia y se dijo: “Qué estúpido. Todavía tengo ganas de hacerme el gracioso”.

Llegaron a la estancia por la calle de eucaliptos. Era noche cerrada. La casera le tendió una mano blanda y dijo:

—Bien ¿y usted? ¿Paseando?

En el patio había olor a jazmines; en la cocina y el cuartito de la caldera, olor a leña quemada; en el comedor, olor a la madera del piso, del zócalo, de los muebles.

Poco después de la comida, Arturo se acostó. Pensaba que lo mejor era aprovechar el cansancio para dormirse cuanto antes. Un silencio, apenas interrumpido por algún mugido lejano, lo llevó al sueño.

Vio en la oscuridad un telón blanco. De pronto, el telón se rajó con ruido de papel y en la grieta aparecieron, primero, los brazos extendidos y después la querida cara de Carlota, aterrada y tristísima, que le gritaba su nombre en diminutivo. Repetidamente se dijo: “No es más que un sueño. Carlota no me pide socorro. Qué absurdo y presuntuoso de mi parte pensar que está triste. Ha de estar muy feliz con el otro. Al fin y al cabo este sueño no es más que una invención mía”. Pasó el resto de la noche en cavilaciones acerca del grito y de la aparición de Carlota. A la mañana, lo despertó la campanilla del teléfono.

Corrió al escritorio, levantó el tubo y oyó la voz de Mariana, la señorita de la red local de teléfonos, que le decía:

—Señor Arturo, me informan de la oficina de la Unión Telefónica de Las Flores que lo llaman de Buenos Aires. Se oye mal y la comunicación todo el tiempo se corta. ¿Paso la llamada?

—Pásela, por favor.

Oyó apenas:

—Un rato después de salir del Parque Japonés... Imagino cómo te caerá la noticia... Encontraron el cuerpo en la gruta de las barrancas de la Recoleta.

—¿El cuerpo de quién? —gritó Arturo—. ¿Quién habla?

No era fácil de oír y menos de reconocer la voz entrecortada por interrupciones, que llegaba de muy lejos, a través de alambres que parecían vibrar en un vendaval. Oyó nuevamente:

—Después de salir del Parque Japonés.

El que hablaba no era Dillon, ni Amenábar, ni Arribillaga. ¿Salcedo? Por eliminación quizá pareciera el más probable, pero por la voz no lo reconocía. Antes que se cortara la comunicación, oyó con relativa claridad:

—Se pegó un balazo.

La señorita Mariana, de la red local, apareció después de un largo silencio, para decir que la comunicación se cortó porque los operarios de la Unión Telefónica se plegaron a la huelga. Arturo preguntó:

—¿No sabe hasta cuándo?

—Por tiempo indeterminado.

—¿No sabe de qué número llamaron?

—No, señor. A veces nos llega la comunicación mejor que a los abonados. Hoy, no.

Después de un rato de perplejidad, casi de anonadamiento, por la noticia y por la imposibilidad de conseguir aclaraciones, Arturo exclamó en un murmullo: “No puede ser Carlota”. La exclamación velaba una pregunta, que formuló con miedo. El resultado fue favorable, porque la frase en definitiva expresaba una conclusión lógica. Carlota no podía suicidarse, porque era una muchacha fuerte, consciente de tener la vida por delante y resuelta a no desperdiciarla. Si todavía quedaba en el ánimo de Arturo algún temor, provenía del sueño en que vio la cara de Carlota y oyó ese grito que pedía socorro. “Los sueños son convincentes”, se dijo, “pero no voy a permitir que la superstición prevalezca sobre la cordura. Es claro que la cordura no es fácil cuando hubo una desgracia y uno está solo y mal informado”. De pronto le

vinieron a la memoria ciertas palabras que dijo Dillon, cuando iban al Parque Japonés. Tal vez debió replicarle que el suicida es un individuo más impaciente que filosófico: a todos nos llega demasiado pronto la muerte. Recapacité: “Sin embargo fui atinado en no insistir, en no dar pie para que Dillon dijera de nuevo que pegarse un tiro era la mejor solución. No creo que lo haya hecho... Si me atengo a lo que dijo en broma, o en serio, podría pegarse un tiro después de perder en el hipódromo. Ayer no fue al hipódromo, porque no era domingo”. En tono de intencionada despreocupación agregó: “¿Qué carreterista va a matarse en vísperas de carreras?”

“¿Quiénes quedaban? ¿Amenábar? No veo por qué iba a hacerlo. Para suicidarse hay que estar en la rueda de la vida, como dicen en Oriente. En la carrera de los afa-nes. O haber estado y sentir desilusión y amargura. Si no se dejó atrapar nunca por el juego de ilusiones ¿por qué tendría ahora ese arranque?” En cuanto a Carlota, la única falta de coherencia que le conocía era Salcedo. Algo que lo concernía tan íntimamente quizá lo descalificara para juzgar. Si la imaginaba triste y arrepentida hasta el punto de suicidarse, caería en la clásica, y sin duda errónea, suposición de todo amante abandonado. Pensó después en Arribillaga y en sus ambiciones, acaso incompatibles: un perfecto caballero y un popular caudillo político. Por cierto, el más frecuente modelo de perfecto caballero es un aspirante a matón siempre listo a dar estocadas al primero que ponga en duda su buen nombre y también dispuesto a defender, sin el menor escrúpulo, sus intereses. Es claro que el pobre Arribillaga quería ser un caballero auténtico y un político merecidamente venerado por el pueblo y tal vez ahora mismo jugará con la idea de empuñar el volante de su Pierce Arrow y darse una vuelta por la fábrica de Vasena y aren-

gar a los obreros huelguistas. ¿Y Perucho Salcedo? “Supongamos que no fue el que llamó por teléfono: ¿tenía alguna razón para suicidarse? ¿Un flanco débil? ¿La deslealtad con un amigo? Birlar la mujer del amigo ¿es algo serio? Además ¿cómo opinar sin saber cuál fue la participación de la mujer en el episodio?” Se dijo: “Mejor no saberlo”.

A lo largo del día, de la noche y de los tres días más que pasó en el campo, Arturo muchas veces reflexionó sobre las razones que pudo tener cada uno de los amigos, para matarse. En algún momento se abandonó a esperanzas no del todo justificadas. Se dijo que tal vez fuera más fácil encontrar un malentendido en la comunicación telefónica del viernes, que una razón para matarse en cualquiera de ellos. Sin duda la comunicación fue confusa, pero el sentido de algunas frases era evidente y no dejaba muchas esperanzas: “Imagino cómo te caerá la noticia”, “encontraron el cuerpo en la gruta de la Recoleta”, “se pegó un balazo”. También se dijo que llevado por una impaciencia estúpida emprendió esa investigación y que más valía no seguirla. Quizá fuera menos desdichado mientras no identificara al muerto.

En la última noche, en un sueño, vio un salón ovalado, con cinco puertas, que tenían arriba una inscripción en letras góticas. Las puertas eran de madera rubia, labrada, y todo resplandecía a la luz de muchas lámparas. Porque era miope debió acercarse para leer, sobre cada puerta, el nombre de uno de sus amigos. La puerta que se abriera correspondería al que se había matado. Con mucho temor apoyó el picaporte de la primera, que no cedió, y después repitió el intento con las demás. Se dijo: “Con todas las demás”, pero estaba demasiado confuso como para saberlo claramente. En realidad no deseaba encontrar la puerta que cediera.



A la mañana le dijeron que se había levantado la huelga y que los trenes corrían. Viajó en el de las doce y diez.

Apenas pasadas las cinco, bajaba del tren, salía de Constitución, tomaba un automóvil de alquiler. Aunque nada deseaba tanto como llegar a su casa, dijo al hombre:

—A Soler y Aráoz, por favor.

En ese instante había sabido cuál de los amigos era el muerto. La brusca revelación lo aturdió. El chofer trató de entablar conversación: preguntó desde cuándo faltaba de la capital y comentó que, según decían algunos diarios, se había levantado la huelga, lo que estaba por verse. Quizás en voz alta Arturo pensó en el suicida. Murmuró:

—Qué tristeza.

No le quedó recuerdo alguno del momento en que bajó del coche y caminó hacia la casa. Recordó, en cambio, que abrió el portón del jardín y que la puerta de adentro estaba abierta y que de pronto se encontró en la penumbra de la sala, donde Carlota y los padres de Amenábar estaban sentados, inmóviles, alrededor de la mesita del té. Al ver a su amiga, Arturo sintió emoción y alivio, como si hubiera temido por ella. Trabajosamente se levantaron la señora y el señor. Hubo saludos; no palmadas ni abrazos. Ya se preguntaba si lo que había imaginado sería falso, cuando Carlota murmuró:

—Traté de avisarte, pero no conseguí comunicación.

—Creo que me llamó Salcedo. No estoy seguro. Se oía muy mal.

La señora le sirvió una taza de té y le ofreció tostadas y galletitas. Después de un rato anunció Carlota:

—Es tarde. Tengo que irme.

—Te acompaño —dijo Arturo.

—¿Por qué se van tan pronto? —preguntó la señora—. Mi hijo no puede tardar.

Cuando salieron, explicó la muchacha:

—La madre se niega a creer que el hijo ha muerto. Me parece natural. Es lo que todos sentimos. ¿Por qué no quiso vivir?

—Amenábar era el único de nosotros que no se permitía incoherencias.